

José Lillo Galiani

**8 RELATOS  
ENLAZADOS CON ARTE**

Nova Casa Editorial



## Cada mañana...

La saluda con un «Buenos días señorita, ¿cómo se encuentra hoy?». Pero ella nunca le responde, parece ignorarlo. La ve a diario pero no recuerda desde cuándo ¿ocho, diez días? Aún así, no sabe quién es aunque su rostro no le resulta totalmente desconocido. Siempre ataviada con la misma indumentaria: poquísima ropa, casi desnuda. Podría describirla de memoria, mecánicamente, sin mirar. Y esa mañana, deteniéndose más de lo acostumbrado, sin darse cuenta, recorre su cuerpo tratando de relatar sus hermosas formas, sus líneas sinuosas, sus volúmenes equilibrados; de manera poética. Aunque piensa entre conturbado y divertido que quizás ha entrado en un ámbito ajeno, maletilla lanzado a un ruedo desconocido. ¿Cómo podrás tú describir la belleza de esta valquiria, aun con tus conocimientos de anatomía artística, sin los ojos ni recursos de un poeta? ¡Entrometido!

Es verdad, no es lo mío, piensa por unos instantes... Pero, qué caramba, quién me lo va a impedir, quién pondrá puertas a mi mente, es un entretenimiento, solo unos minutos; además, qué y a quién importa el resultado... Y continúa buscando epítetos, metáforas, comparaciones, hipérbolos y otras figuras retóricas. Ella le deja hacer, o mejor mirar, sin inmutarse. Contraataca con un gesto provocador, sin mover un músculo, ni una parcela mínima de su voluptuosa anatomía, con total indiferencia.

Y comienza a explicar por el septentrión aquel cuerpo atractivo, seductor, dorado y caliente como las arenas de un desierto. La hermosa testa de cabellera rubia, cascada furiosa, alborotada, rebelde, despeñada sobre pulidos hombros cubiertos a medias de estas espumas doradas. El rostro muy bello, de gesto displicente sin llegar al enfado,

quizás un guiño de fastidio momentáneo de recién levantada. Ojos amelados, penetrantes, protegidos por los finos pinceles de sus cejas; pómulos algo prominentes, nariz pequeña, recta, de aletas palpitantes. De sus labios relajados y sensuales cuelga, o más bien se ase, un cigarrillo temeroso de caer de un momento a otro. Del extremo en combustión se elevan sinuosas y serpenteantes volutas de humo con la apariencia de un genio que comenzase a salir de su lámpara.

El cuello esbelto, grácil, columna alabastrina, como el de Audrey Hepburn. Los pechos desnudos, breves, turgentes, dos semiesféricas cúpulas coronadas, dos montículos, dos suaves dunas inamovibles al empuje de leves brisas o rugientes sirocos. En sus pequeñas cimas, estrechas y oscuras areolas circundando, protegiendo, demarcando, quién sabe, a los pezones erectos, diamantinos, provocadores, agresivos; minúsculos hitos que quieren escapar de sus llamativos círculos opresores; arrogantes desde sus atalayas como dos banderas vencedoras.

Los brazos torneados en palisandro, las palmas de las manos apoyadas en el borde de una mesa, los dedos armados de uñas largas y nacaradas, cuidadas en extremo, trabajo exquisito de manicura; diez apéndices ambivalentes, diez armas para lanzar peligrosos zarpazos de tigresa acosada o prodigar tiernas y suaves caricias.

Hacia el sur se extiende la planicie de suave terciopelo. En el centro de aquella llanura luminosa, un gracioso ombligo, levísima depresión, somero pozo, fuente de los deseos... Dejando el llano, aparece el monte venusino oculto en su desnudez. Unas leves braguitas negras cubren el sexo aunque la insinuante ventana central de encaje cual sutil celosía, deja entrever el otro lado. Y continúa su descripción porque intuye, supone y especula sobre aquella suave elevación que toma el nombre de la bella e infiel mujer del herrero mitológico. Pequeño delta, minúsculo trigal de finas y suaves espigas doradas, inclinadas por el empuje de un viento imaginario, confín y preludio del cálido túnel, sima misteriosa, lugar turbador, ¡Zona prohibida, pasar de largo!

Los muslos ardientes, las piernas sin término, columnas marmóreas talladas y pulidas, de tacto sedoso, como salidas del cincel de Bernini. Y al final los pies, pequeños, perfectos; diminutos dedos, diminutas uñas esmaltadas.

¿Y bien...? Nada, ya se dijo, es intrascendente. Luego piensa que, pensándolo bien, no es su tipo, no encaja en su modelo de mujer. Él las prefiere algo más llenitas... Le encantan las lozanas mozas del gran maestro del desnudo Celedonio Perellón. Y desentendiéndose del asunto, enciende un cigarrillo y se dispone a comenzar su jornada, o mejor, a continuar el trabajo del día anterior.

La mañana transcurre deprisa, enfrascado en su tarea mientras escucha la radio.

De súbito, lo inesperado... ¡Aquella mujer se está transformando en liviano pájaro de fuego! Su cuerpo está envuelto y devorado por las llamas, sus formas se diluyen por momentos, se esfuma hacia la nada. Realmente aterrado, mira a todas partes sin saber qué hacer. Luego, reaccionando, se dirige a una pared y descuelga una gran tela con la que intenta apagar aquel cuerpo en ignición. Aceleradamente se la echa encima con rapidez y tras no pocos esfuerzos consigue vencer al fuego devorador. Mas... es tarde. Solo puede observarla convertida en un montón pulverulento y grisáceo. Ave fénix sin posibilidad de resurgir de sus cenizas.

Ahora, más tranquilo y satisfecho de haber reaccionado a tiempo, no quiere ni pensar en las nefastas consecuencias de la incineración de aquel cuerpo. Porque el hecho en sí le importa un pito, un rábano, un bledo; nada en absoluto, ¡le trae al fresco! Sus miedos han respondido a la posibilidad de un terrible incendio en su taller de escultura. En él almacena resinas de poliéster, barnices, algunas tallas y troncos de madera bien seca y curada; amén de otros productos inflamables. Está preparando una exposición y vierte cera líquida sobre los moldes de silicona. De ellos surgirán figuras huecas en cera que enviará a la fundición. Estas, tras los trabajos pertinentes, serán transmutadas en bronce. Había cubierto el tablero de trabajo con hojas de periódico para evitar manchas y chorreones de esta cera roja, especial para trabajos de escultura y que calentaba en un cazo sobre un infiernillo de butano. En una de las hojas, a toda página, se mostraba la foto en color de aquella mujer.

Se había retirado al extremo del taller para trocear un bloque de cera con el que rellenar el cazo. Al volver hacia el tablero se ha topado con las llamas. Un cigarrillo en el cenicero, se ha ido consumiendo hasta desequilibrarse, ha caído de él y rodado unos centímetros hasta tocar una arrugada servilleta de papel empapada en disolvente. Lo demás ha sido rápido...

Con los esfuerzos por apagar el fuego, se ha derramado el cazo de cera hirviendo sufriendo leves quemaduras en las manos. Algunas figuras de este material, ya preparadas, han caído al suelo deformándose en algunas de sus partes. Calzado, guardapolvos y suelo se han manchado de rojo escandaloso. Ha tenido que limpiar, raspar, recoger y tirar. Ahora que todo ha quedado en orden, tras no poco trabajo, ha cubierto el tablero con nuevas hojas de periódico. Recuperadas algunas figuras tras retocarlas, con sumo disgusto ha tenido que desechar otras arrojándolas al cazo para fundirlas y vaciarlas nuevamente.

A los pocos días, la ve en un telediario. Dan la noticia de un desfile de moda, ¡es ella! Camina sobre una imaginaria línea recta; segura, arrogante, altanera, provocativa desde sus altísimos tacones de aguja. Las manos en las bamboleantes caderas, los pechos, que bien conoce, semidescubiertos y cascabeleros. Su mirada adusta, severa, de piedra; siempre se ha preguntado, al respecto, el porqué de aquellas jetas inexpresivas en unos cuerpos alegres y esculturales. Pregunta a su mujer: «¿Quién es esa chica?». Ella contesta: «Es Kate Moss, la top-model».

Ahora, cada mañana, desde una de las páginas cubrientes del tablero de trabajo, un político le mira con estudiada sonrisa, falsa como las lágrimas de una plañidera. El primer día pensó dirigirle el acostumbrado saludo sustituyendo, naturalmente, parte del contenido: «Buenos días ministro, ¿cómo se encuentra hoy?». Pero ya no saludará a nadie de papel. Además tiene un humor de perros, está intentando dejar de fumar...



## Las obreras artistas

En las gélidas noches invernales de tiempos pasados, cuando el ulular del viento amedrentaba los ánimos de los más pequeños, cuando la caja imbécil no estaba en las casas y, por tanto, no podía adormecer las diáfnas mentes infantiles con mensajes y programas cochambres que conducen a la estupidez, a la violencia, a la abulia y a otros destinos inquietantes e inciertos; aquellos niños escuchaban expectantes, con atención y asombro, los relatos contados por sus padres al calor de la estufa o del fuego de la chimenea. Aquellas historias que, aun cuando a veces encogían los inocentes corazones infantiles, ensanchaban sus mentes, daban rienda suelta a su imaginación y se enriquecían con aleccionadoras y sencillas moralejas.

Muchas de aquellas historias comenzaban con el consabido: “En los tiempos de Mari Castaña cuando los magos buenos andaban por el mundo...” Y, por supuesto, aquellos seres metamorfoseados en humanos, generalmente disfrazados de mendigos, buhoneros o cualquier otra apariencia insospechada, viajaban, no se sabe cómo, de acá para allá con la noble misión de impartir pronta y verdadera justicia, limpia de polvo y paja. Tanteaban las conciencias de los hombres, registraban en los bolsillos de sus corazones y de sus mentes, adivinando la bondad de unos y la iniquidad de otros. Premiaban la honradez, la honestidad, la nobleza y otros hábitos de bien obrar. Y, por supuesto, castigaban la ruindad, la vileza, la avaricia y las malas acciones.

Pero, qué fue de aquella estirpe legendaria, de aquellos no humanos, de aquellos seres míticos que tanta falta hacían. ¿Consideraron al “rey” de la creación irredento y se dieron por vencidos? ¿Se marcharon de este mundo? Y si fue así, ¿Hacia dónde partieron? ¿O, acaso, simplemente la raza se extinguió? Éstas y muchas preguntas más cabrían hacerse, pero no encontrarían respuestas admisibles o satisfactorias. Como

mucho, contestaciones dubitativas que dejarían suspenso y nebuloso el asunto: quién sabe, a lo mejor, quizás...

No obstante, la incertidumbre no es la negación absoluta ni la certeza tajante, por lo tanto, tal vez, es posible que... ¡Pues sí! Aquellos magos no se extinguieron y, si bien marcharon a otras dimensiones o mundos, algunos quedaron en este. Continúan por aquí, haciendo lo que pueden contra la erosión de los valores humanos y el desmoronamiento sistemático de los conceptos positivos considerados ya en desuso y carentes, para muchos, de significado. Aunque cansados de la estupidez humana, insisten y siguen en la brecha con la esperanza, no perdida, de poder reconciliarse con la humanidad. Adaptados, más o menos, a nuestros tiempos llevan a cabo misiones menos enjundiosas que antaño pero igualmente necesarias e importantes. Por descontado que son pocos los que creen en su existencia pero...

Es un barrio antiguo de aquella hermosa, milenaria y populosa ciudad, no muy lejos del centro pero tranquilo. En una de aquellas callejuelas angostas tiene su taller, se llama Geppetto, bueno, así le llaman cariñosamente sus amigos más íntimos e incluso, a veces, su mujer, como aquel carpintero de *Las aventuras de Pinocho* que él leyó cuando niño. El nombre fue evolucionando del suyo: José, Pepe, Pepete, Peppetto y Geppetto. Y para que este cuento sea más cuento, así seguirá llamándose. Porque a él no le importa, al contrario, y por eso sobre la puerta de su taller, perpendicular a la pared, cuelga de una palomilla de hierro forjado, un hermoso cartel tallado en madera de roble donde puede leerse en letra gótica: "Geppetto, trabajos en madera".

Es una mezcla de carpintero, ebanista y restaurador porque, como reza en el cartel, realiza toda clase de encargos, un artesano que lleva a cabo cualquier trabajo en este cálido material. Su taller es pequeño pero siempre está muy ordenado y pulcro. Cuando termina cada día, barre las astillas, serrín y virutas, y coloca las herramientas debidamente. Están dispuestas en las paredes colgadas en tableros, agrupadas por su utilidad. Todas tienen sus empuñaduras de madera lustrosas por el uso, y los aceros brillantes. Si son de filo, éstos se mantienen cortantes, asentados y a punto, si tienen dientes, están bien triscados. Cada una de ellas tiene su espacio silueteado y su nombre, así, cuando se devuelven al tablero después de su uso, es fácil encontrar el lugar que les corresponde, y si faltase alguna, la silueta vacía indica su ausencia. "Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio".

Geppetto se muestra orgulloso de su bien provisto herramental, gran parte heredado de su padre: juegos de gubias y formones, sierras y serruchos de rodear, de costilla, hachas y azuelas, barrenas, escuadras, cepillos, martillos de orejas y otras cabezas, gatos de husillo, prensas de banco, mazos y mazas de encina, compases de distintos tamaños, reglas, destornilladores, tenazas, alicates, limas planas, triangulares y redondas, escofinas... Y algunas ya en desuso como la garlopa, el berbiquí o el gramil que se utilizaba para trazar líneas paralelas en un larguero escuadrado. Esta herramienta hizo desistir al diablo de ser carpintero. Al parecer el maestro le estaba describiendo las características y misión de cada una de ellas y al llegar a ésta le indicó: «Esto es un gramil» y el diablo que ya estaba impacientándose con tanta herramienta

exclamó: «¿¡Que todavía quedan mill!?» Y dando rabotazos salió corriendo, como alma que él mismo se lleva, para no volver más.

También tiene nuestro artesano otras herramientas portátiles eléctricas como taladros, lijadoras, caladoras y otras que le facilitan el trabajo y ahorran tiempo. Las maderas las almacena bien secas y apiladas. Las porciones de tablas y largueros los coloca en una pared, de mayor a menor y de atrás adelante, de esta forma puede visualizar todo el material y tomar la pieza adecuada. En estanterías almacena cajas de herrajes, clavos, tornillos, alambres y otras pequeñas piezas de hierro que pueden serle útiles. Todo ello en recipientes de cristal para tener el contenido a la vista. En un armario guarda lijas de distinto grano, botes de cola, de pintura, barnices, ceras y trementina, junto con brochas y pinceles bien limpios y ordenados.

Pero al taller le faltaría algo sin la presencia de Virutas. Es el perrillo de la casa, se lo regalaron a Geppetto cuando era un pequeño oவில் que solo se alimentaba de leche. Es de color canela y no muy grande. En un rincón tiene su cajón de virutas donde se acurruca para dormir, descansar u observar a los clientes que entran en el taller. Es cariñoso, vivaracho, observador y muy inteligente. Ladra a los extraños pero se calla a una leve indicación de su dueño.

A Geppetto le gusta su oficio, transformar la madera en cosas útiles, cuando las cepilla o sierra, aspira sus fragancias y sueña con los lugares en donde fueron cortadas. Restaura pequeños muebles o los fabrica enteros. Si se los encargan, talla hermosos escudos heráldicos en madera de roble, castaño, nogal o tilo. Pero no desdeña tornear dos bolillos para un respaldo de silla o echar una pata a una mesa. Cuando la faena flojea, como ahora que arrecia una gran crisis, el sobrenombre de Geppetto toma aún más sentido, y realiza hermosos trabajos: marionetas, caballitos de balancín, gaviotas que mueven majestuosamente las alas, camiones, trenes, cofrecillos, arquetas para guardar secretos y otros ingeniosos juguetes. Muchos de ellos coloreados con pinturas brillantes, otros pulidos o tallados primorosamente. Los coloca en la ventana del taller que da a la calle y hacen las delicias de los niños y de los padres. Además es caritativo y generoso. Adivina en los ojos de un niño la ilusión de tener un juguete de los que él fabrica, pero también la tristeza en los de algunos padres por no poder comprárselo. Entonces Geppetto lo regala al pequeño y se considera pagado con creces al ver la alegría reflejada en su rostro cuando tiene en sus manos aquel juguete de auténtica y cálida madera, porque ellos también están cansados del vulgar y omnipresente plástico. Geppetto también es cumplidor, realiza sus trabajos para cuando promete. Es muy trabajador y honrado, cobra por sus trabajos lo razonable, nunca abusa de su clientela y si alguien no puede pagarle es paciente.

Nuestro artesano está casado y tiene un hijo, llamado Alonso, que no hace mucho acabó la carrera. El muchacho se enfrenta ahora al verdadero problema del trabajo, en estos tiempos muy difícil de conseguir. Por ahora tiene un contrato precario en otra gran ciudad. Geppetto también es ocurrente y cordial, en el barrio todo el mundo le aprecia, es muy conocido, ahora más todavía... también fuera de él. A veces algunos vecinos ociosos le acompañan mientras trabaja y les relata cosas que divierten y regocijan. Pero cuando los visitantes se marchan, Geppetto, de natural alegre, se queda muy serio y

pensativo porque la mejor historia se la guarda... Estos hechos extraordinarios solo los conocen, lógicamente, su mujer e hijo, ambos le han aconsejado que no los cuente, y él es consciente de que no debe hacerlo. Si los diera a conocer quizás le tomarían por loco, perdería la confianza de sus vecinos y a saber si seguirían confiando sus encargos a un chiflado. Es mejor dejar pasar el tiempo, que las cosas se normalicen y todo vuelva a ser como antes...

Cierto día calurosísimo de verano, hace poco más de cinco años, Geppetto trabajaba en el taller, en este no hace excesivo calor pues la vivienda ubicada encima del mismo lo protege bastante de las altas temperaturas exteriores. Estaba tallando la crestería de un espejo estilo Luís XV. La pieza a sustituir estaba totalmente agujereada por las carcomas. Mientras iba tallando con las distintas gubias las formas sinuosas de la pieza, su mente enlazaba una idea con otra. Las carcomas le daban trabajo porque al alimentarse de la madera, destruían piezas que él tendría que reparar. Pero enseguida se reprochaba el razonamiento ya que las carcomas son muy dañinas; una pata de silla carcomida es fácilmente sustituible pero no lo es tanto una magnífica escultura policromada de siglos pasados. A estas larvas xilófagas podría disculparseles por su desconocimiento sobre arte, pero estaba entrando en el terreno de lo absurdo. Porque también se le había ocurrido que aquellos bichitos comedores de madera, incluso las más duras, como la encina, podían ser útiles si se les pudiera dirigir. Cumplirían la doble función de alimentarse y realizar algún trabajo práctico. Abandonó la idea porque nuevamente se internaba en elucubraciones sin sentido.

Seguía tallando la pieza de caobilla y ahora pensaba cómo le hubiera gustado ser escultor, pero no tuvo oportunidades. El trabajo de talla ornamental no se le da mal: relieves vegetales, kerbschnitt, molduras, volutas, canecillos, zapatas, ménsulas, hojas de acanto, adornos, remates, rótulos en alto o hueco relieve, tallado de marcos etc. Pero trabajar una superficie o relieve más o menos profundo, son dos dimensiones. Nunca había realizado una talla exenta o de bulto redondo, es decir, una escultura que pueda observarse desde cualquier punto de vista, por detrás o por delante, a lo sumo algún muñeco toscamente tallado. Por eso le gusta visitar siempre que puede el Museo Nacional de Escultura de su ciudad. Allí admira las magníficas obras de Alonso Berruguete, Juan de Juni, Gregorio Fernández y otros escultores del Barroco español. Aquellos maestros que convertían un bloque de madera o tronco inanimado en expresiva imagen.

Quizás estos pensamientos le habían sustraído durante un rato del verdadero problema que le acuciaba. Su hijo comenzaba los estudios superiores y tenía algunas dificultades para costear los gastos. No le faltaba el trabajo pero quizás la situación empeorase. El chico lo merecía, era muy buen estudiante. Cuando estaba en casa, de vacaciones, le ayudaba y, a un tiempo, aprendía el oficio. Así, cuando acabase los estudios, tendría dos opciones. En caso de no poder ejercer su carrera, podría trabajar en el taller, pues el trabajo de la madera es tan digno como el que más y con él podría ganarse la vida. ¿Qué hay de malo en ser un carpintero culto? ¿Acaso el que va a dedicarse a un trabajo manual debe ser analfabeto? Por eso, antes debía adquirir cultura, conocimientos y buena preparación. En fin, mientras tuviera fuerza y trabajo su

hijo seguiría estudiando.

Una voz le sacó de sus cavilaciones.

—Buenos días, señor.

Dirigió su mirada hacia la puerta y pudo ver a contraluz la silueta de un hombre.

—Buenos días —dijo aún sin saber de quién se trataba.

—¿Puedo pasar? —preguntó ceremonioso aquel visitante.

—Sí, sí, pase —contestó curioso.

Virutas, que generalmente ladraba a los desconocidos, se irguió sobre las cuatro patas sin salir del cajón, estiró las orejas y levantó el pequeño rabo. Pero se quedó inmóvil, como una estatua, en silencio, rígido y expectante. Esta actitud no pasó desapercibida a su amo.

El hombre se dirigió al perrillo y, pasando la mano por su cabeza, lo saludó.

—Hola pequeño, ¿cómo te llamas?

Virutas se dejó acariciar mirando fijamente al extraño y enseguida volvió a tumbarse en el cajón, totalmente relajado, pero sin dejar de observarlo.

Geppetto, aprovechando esos instantes, pudo comprobar que se trataba de un vendedor ambulante, un inmigrante negro, más negro que el azabache, el carbón y el ébano juntos. Era alto como un ciprés y delgado, innecesario decir que tenía el cabello anillado y la nariz achatada. Su sonrisa dejaba al descubierto una dentadura blanquísima y perfecta. Su mirada, desde aquellos ojos que resaltaban en su cara, era dulce, su voz aún más. Vestía normal, una camisa floreada de manga corta y un pantalón vaquero sujeto con un cinturón de hebilla de bronce. Completaban el atuendo unas sandalias de cuero. Llamó su atención un collar ajustado al cuello de pequeñas cuentas de sándalo y en el centro una figurilla tallada en lapislázuli. Se veía cansado y sudoroso. Había dejado apoyada al banco su mercancía y con un pañuelo se secaba el sudor de la frente.

—¿Puedo sentarme?, por favor —preguntó sin desprenderse de su sonrisa.

—Claro, coge esa banqueta —ahora Geppetto le tuteaba, no por desconsideración sino porque era joven, quizás tuviera veintipocos años.

—Hoy hace muchísimo calor.

—Sí, pero... tú debes estar acostumbrado, quiero decir que en tu tierra... —comentó Geppetto.

—¿Perdón? Bueno... sí, aunque aquí también hace lo suyo. Por favor, podría darme un poco de agua.

Geppetto contestó afirmativamente con la cabeza y se dirigió a una habitación donde tenía un frigorífico. No le importaba dejar solo a aquel hombre, le inspiraba confianza. Salió con una botella y un vaso, una vez lleno, lo ofreció al vendedor.

—Toma, pero ten cuidado porque está muy fría —le dijo mientras observaba el agradecimiento reflejado en el rostro oscuro del vendedor ambulante.

—Muchas gracias, señor; es usted un buen samaritano —decía aquel hombre mientras tomaba, con placer, pequeños sorbos de agua fresca.

—No tiene importancia el agua es barata, por ahora —bromeó Geppetto.

—Es una suerte para ustedes —replicó el joven, sin dejar de sonreír.

Geppetto le observaba con curiosidad, aquel hombre tenía algo extraño, su corrección, su forma de hablar, aquella sonrisa limpia y cándida... En fin, era un joven inmigrante que vendía por las calles y nada más. En cuanto se bebiera el agua, trataría de venderle alguna de las baratijas que llevaba.

Efectivamente, el joven le devolvió el vaso y dándole nuevamente las gracias, cogió el bártulo y lo puso encima del banco de trabajo; acto seguido lo abrió. Eran dos grandes planchas rectangulares de panel a modo de gran carpeta con asa. En ambas caras interiores, mostraba cada uno de los objetos sujetos con gomas.

—¿Querría echar un vistazo, son cosas muy interesantes? —decía el joven mientras señalaba con sus largos dedos aquellas baratijas.

—No, no necesito nada —replicó Geppetto mientras miraba sin interés la muestra de fruslerías que ya había imaginado. Pero reparó en el meñique de la mano izquierda del joven; en este lucía una corona en relieve tallada en piedra negra y engastada en una sortija de oro.

—Hoy no he vendido nada y... Por favor, señor, mire detenidamente y cómpreme algo —decía el joven con voz entre seductora y triste.

A Geppetto se le llega con facilidad al corazón y aquella voz... Bueno, le compraría cualquier cosa barata y se lo quitaría de encima. Pero sobre la marcha le hizo una propuesta.

—Te compro la sortija y el collar que llevas puestos.

—No puedo, señor, lo siento. El collar me lo regaló mi madre, la sortija me la obsequió alguien hace mucho tiempo...

Geppetto no quiso insistir y mirando entre aquellos objetos vio una pequeña caja de cartón que contenía una cámara fotográfica. Quería comprar una que no fuese muy cara para fotografiar ciertos trabajos que fuera realizando y tener un archivo de ellos.

—¿Cuánto vale esta cámara?, pero te advierto que no tengo intención de perder el tiempo regateando ni de gastar mucho así que, pon un precio razonable.

—Es una buena cámara, digital y de fácil manejo, con ella hará fotos extraordinarias. Creo que no se arrepentirá de comprarla. Mire, yo soy nuevo en esto, llevo poco por aquí y tampoco se me da bien el regateo. ¿Qué le parece cuarenta euros?, aunque le aseguro que vale mucho más.

Geppetto sabía que las cámaras de ese tipo son más caras, por lo que ésta no sería muy buena. Pero para lo que él la quería era suficiente.

—De acuerdo —dijo el carpintero impaciente pues ya era hora de la comida.

—Muchas gracias señor, le aseguro que no se arrepentirá.

—Toma, cóbrate —y Geppetto le entregó un billete de cincuenta euros que había cogido de una pequeña caja que guardaba en un cajón del banco.

—Señor, no tengo para devolverle, ya le he dicho que hoy no he vendido nada. ¿No tendrá la cantidad justa, o quizás quiera otra cosa...? —dejó caer el joven con timidez.

—No tengo suficiente suelto ni creo que me interese nada más —decía Geppetto mientras rebuscaba en la caja.

—Por favor, señor, no quiero ser pesado pero vuelva a mirar mi mercancía, quizás

haya otra cosa que le guste —se atrevió a insistir con la misma sonrisa.

Geppetto volvió a remirar aquellas baratijas y reparó en un objeto. Una cartera que al cogerla en sus manos notó una extraña y agradable sensación táctil. Era de un cuero excelente, rojizo, lustroso, suave, bien cosido, bien rematado y con pequeñas figuras repujadas muy extrañas. La abrió y examinó sus compartimentos, era muy completa. Si no era muy cara, la compraría para su mujer.

—Es muy bonita, ¿verdad? —dejó caer el negro con tono seductor—. Se la podría dejar en quince euros, apenas le ganaré algo.

—Nada de eso, no pienso gastarme ni un euro más, si quieres me la dejas en diez, y ya estoy gastando demasiado —dijo Geppetto de buen modo pero tajante.

—De acuerdo señor, me ha tratado muy bien y quiero corresponderle, le dejo las dos cosas en los cincuenta euros —convino el negro contento.

Geppetto entregó el billete al vendedor. Este con su sonrisa permanente, dejó la cartera y la cámara en el banco y comenzó a cerrar el expositor. Pero antes tomó una cajita de hojalata y la entregó a Geppetto.

—Tenga, se la regalo por su buen corazón, es una caja sorpresa, luego la abre y comprueba lo que le ha tocado.

—Bueno, gracias —dijo Geppetto sonriendo.

Cuando el muchacho negro hubo cerrado el bártulo, tendió la mano al carpintero, este hizo lo mismo y las estrecharon. Geppetto sintió...

—¡Adiós señor José!

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó sorprendido.

—Bueno..., es que verá..., me he informado antes de entrar a su taller. No he querido tomarme la confianza de llamarle por el nombre que reza en el cartel: Geppetto. Por cierto, no le he dicho el mío, me llamo Demba. En fin, que tenga mucha suerte y gracias por todo, adiós —se despidió nuevamente y acercándose al perro le dijo acariciándole la cabeza—: Ya veo que te gusta descansar en las virutas, si fueras mío te pondría ese nombre, Virutas. Adiós perrito, sé bueno.

El animal se había puesto en pie, ahora le siguió hasta la puerta, miró unos instantes en la dirección que tomaba el negro y le lanzó un ladrido, como despidiéndose. Luego tranquilo, volvió a su cajón. El maestro carpintero quedó confuso y pensativo, aquel inmigrante... que por cierto, en ningún momento dijo que lo fuera, ni concretó su procedencia.

Al tiempo Laura, su mujer, entraba en el taller por la puerta que daba a la vivienda.

—Era un vendedor ¿verdad? Ya veo que le has comprado varias cosas, enseguida te dejas convencer —le dijo, comprensiva, moviendo la cabeza—. Anda vamos a comer.

—Es una buena cartera, la he comprado para ti —dijo Geppetto al tiempo que la entregaba a su mujer.

—¡Muchas gracias! Es cierto, muy bonita —convino con su marido tras examinarla. Y agregó, mostrándole el billetero abierto—: Ya veo que la has estrenado metiendo un billete.

Geppetto lo cogió, era de cincuenta euros. Apesadumbrado, corrió a la calle y miró a todos lados; el sol caía a plomo, inmisericorde, no se veía a nadie. Mientras cerraba

el taller pensaba confuso ¿Cómo era posible aquello?... aquel pobre muchacho echaría de menos el billete... Laura se le acercó.

—Pero, ¿qué pasa?, ¿ha ocurrido algo con ese vendedor? —le preguntó preocupada.

—No, no es nada, te lo contaré en la comida —contestó Geppetto tranquilizándola, mientras dejaba la cajita sorpresa en un estante por considerarla de poca importancia.

Durante el café de sobremesa, Geppetto relató a su mujer lo ocurrido con aquel inmigrante negro.

—No estés preocupado, cuando eche de menos el billete, seguro que vendrá a reclamarlo, se lo entregas y arreglado el asunto. En cuanto a que parecía algo extraño y misterioso, serán cosas tuyas, le das mucho a la cabeza. Era un inmigrante, buena persona según tú, pero nada más —dijo Laura zanjando el asunto.

—Bueno, de acuerdo, pues a ver si es verdad que vuelve. Mientras tanto, no estaré tranquilo, ese pobre muchacho necesitará el dinero. Llevaré el billete al cajón del taller y allí permanecerá hasta que venga a por él.

—¿Qué es lo otro que has comprado? —Preguntó Laura señalando la caja.

—Es una cámara fotográfica, la podemos utilizar los dos. Además he dejado en el taller una cosa que me ha regalado, pero seguro que es alguna tontería.

—No será muy buena, sobre todo por lo que me has dicho que te ha costado —dijo su mujer mientras sacaba el aparato de la caja y lo examinaba.

—Bueno, para lo que la quiero valdrá. Me dijo que su manejo era fácil, échale un vistazo a ver cómo funciona. Utilízala tú y luego me enseñas. En fin, ya es la hora —comentó Geppetto poniéndose en pie, bostezando, estirando los brazos y dirigiéndose a la escalera para bajar al taller.

Su mujer se quedó en la mesa examinando la cámara. Efectivamente era muy sencilla, tenía poquísimas funciones. No sería ningún problema porque sabía manejar la de su hijo que era mucho más compleja. Un interruptor, en la parte superior, desplazaba el objetivo telescópico adelante y atrás. Al mismo tiempo, la pantalla de la parte posterior se iluminaba, mostrando el campo de imagen. El disparador, como en todas, presionado a medio camino, enfocaba con nitidez el modelo, apretando a fondo abría el obturador y hacía la foto. Dos botones indicaban la opción de flash y borrado; otro, deslizante, para ver las fotos realizadas. En la cara inferior reparó en un minúsculo interruptor cuadrado, también deslizante, con una pequeña letra grabada al lado. Pero no lo consideró importante, luego consultaría las instrucciones de manejo, que hasta ahora no le habían hecho falta, para informarse de aquella función. Mirando en todas sus caras buscó la marca, pero no apareció por ningún lado. En caso de avería, no podría dirigirse a ningún fabricante. A saber qué fotos se obtendrían con aquella cámara de cuarenta euros —pensó Laura escéptica—, mientras bajaba al taller.

—Ya sé más o menos cómo funciona, voy a hacer unas fotos de prueba —dijo Laura mientras enfocaba a su marido.

—De acuerdo —respondió Geppetto, que seguía tallando el adorno para el espejo.

—No te muevas, ¿vale? Espera, así... —indicaba Laura mientras cambiaba de posición como si de una profesional se tratase—. Vamos a ver cómo han salido.

Laura deslizó el botón correspondiente y en la pantalla posterior iban apareciendo, una a una, las fotos realizadas. Estaban muy bien, cosa que la satisfizo mucho, arrepiñándose de su injustificada opinión anterior sobre la cámara y mostrándolas a su marido.

—Ya me aseguró Demba que haría buenas fotos...—comentó ufano Geppetto

—¿Quién has dicho? —preguntó Laura curiosa.

—Bueno... es el nombre del muchacho negro, me lo dijo antes de marcharse.

—Lo dices como si le conocieras de toda la vida.

—No, pero es un nombre sonoro y fácil de recordar: Demba.

—Si tú lo dices...—comentó su mujer mientras se dirigía a la vivienda.

Geppetto siguió trabajando hasta terminar la jornada vespertina sin dejar de pensar en el vendedor. Durante la noche, soñó cosas extrañas que hacían referencia a la visita del muchacho negro.

A la mañana siguiente, Laura tenía que salir de compras. Cogió su cartera vieja y sacó el contenido de la misma: billetes monedas, el carné de identidad, algunas tarjetas y fotos de la familia. Acto seguido, lo fue metiendo todo en la nueva. Las monedas sueltas en el monedero, las tarjetas en su lugar correspondiente, las fotos en los dos compartimentos transparentes. Al introducir algunos billetes menores en el billetero, comprobó extrañada que ya había uno de cincuenta euros. Bajó al taller para preguntar a su marido.

—¿Geppetto, sacaste ayer el billete de la cartera?

—Sí, ¿por qué? —contestó con curiosidad.

—Se te olvidaría hacerlo, porque el billete sigue aquí.

—Pero, ¿qué dices? lo tengo en el cajón.

—Por favor, déjate de bromas, este billete no lo he metido yo.

Geppetto abrió el cajón del banco y, removiendo unas carpetas y papeles, sacó el billete.

—Mira, este es el que había en la cartera, escribí en él, con lápiz, el nombre del muchacho negro: "Demba". Si tú no lo has metido, yo tampoco porque, excepto este, no tengo otros de cincuenta. Puede que... haya aparecido en la cartera, ya te dije que ese vendedor ambulante... —comentó, misterioso, Geppetto.

—Pero, ¿qué quieres decir? ¿que el billete ha salido de la nada, por arte de magia? Ya estoy cansada de tus tonterías —replicó Laura molesta.

—¡Pues ese billete no lo he metido yo! Así que, dame tú una explicación —protestó Geppetto enfadado.

—De acuerdo, ahora resulta que esta cartera es la gallina de los huevos de oro —dijo Laura mientras salía a la calle.

Pero al día siguiente, y al otro, y al otro... Un nuevo billete apareció en la cartera, acompañando a los que hubiera en ella o solitario, si no había ninguno. Cincuenta euros diarios de curso legal, porque nuestro carpintero cabal, honrado y temeroso de posibles falsificaciones, había instado a Laura para que los comprobarse en varios establecimientos donde tenían máquina detectora de billetes falsos: ¡todos eran auténticos! Geppetto estaba exultante.

—¡Lo sabía, lo sabía! Lo sospeché enseguida, su sonrisa misteriosa, sus maneras, su educación... Aquel negro, Demba, era... ¡es un mago! Sí, ya sé que parece increíble, pero aquí está este bendito billete diario, ¡contante y sonante! —exclamaba Geppetto excitado.

Laura se mantenía en silencio, pero su escepticismo no tuvo más remedio que rendirse a la insólita y sorprendente evidencia.

—¿Qué haremos con este dinero? —se preguntaba sin salir aún de su desconcierto.

—¿Qué haremos? No te das cuenta, es un sueldo fijo, Demba sabía de nuestras estrecheces. ¡Con él podremos costear con desahogo los estudios de Alonso! —exclamaba alborozado Geppetto.

—Y, ¿no nos pasará nada? Tengo miedo...—titubeaba Laura recelosa.

—Pero, ¿qué dices?, no hacemos mal a nadie, la cartera es tuya, yo te la compré. Además, seguro que el mago, bueno... Demba, ya tenía todo previsto. —aducía el carpintero para tranquilizar a su mujer.

—De acuerdo, quizás lleves razón, la verdad es que ese dinero vendrá muy bien para Alonso, él se lo merece... Y tú también, Geppetto, porque eres bueno, trabajador y honrado —decía Laura cogiendo el brazo a su marido, más tranquila y algo conmovida.

—Anda, anda, no exageres, tú te ocupas de la casa y administras muy bien el dinero. El esfuerzo es de los dos —contestaba el artesano, orgulloso de su mujer, de su hijo, de su oficio y contento por lo que le estaba sucediendo.

Al cabo de algunos días, se acostumbraron al prodigio, maravilla o hecho raro que ellos no sabían como llamar. Diariamente, Laura retiraba el billete y lo guardaba aparte, utilizando este fondo para los estudios de Alonso. El muchacho tardó mucho en dar crédito a lo que le contaban sus padres, hasta que, convencido, tuvo que darlo por cierto.

Cuando las faenas de la casa se lo permitían, Laura fotografiaba las plantas del patio o la terraza. Geppetto lo hacía con determinados trabajos; también sacaba fotos a Virutas tumbado en su cajón, erguido en posición de firmes o tumbado en el suelo haciéndose el muerto. Estas habilidades y otras, se las había enseñado su dueño, para diversión de la casa, de los niños y vecinos o conocidos. Laura pasaba las fotos al ordenador de Alonso, y las archivaba en carpetas. Llevaba a un fotógrafo la tarjeta de la cámara o un lápiz de memoria con las fotos elegidas y se las imprimían en papel.

Un domingo después de comer, manipulando Geppetto la cámara, reparó en el minúsculo botoncito cuadrado de la cara inferior que Laura había olvidado y, por lo tanto, no sabía su utilidad. Miró con detenimiento la letra grabada en aquel botón e identificó una doble uve. Lo comentó a su mujer y ésta sacó la caja, que no había tirado por previsión, donde estaban las instrucciones. Extendieron la hoja doblada en múltiples pliegues comprobando que venían, como suele ocurrir, en varios idiomas pero con letras pequeñísimas. En dos esquemas de la cámara, en distintas posiciones, se indicaban con flechas la misión de cada botón, pero estas indicaciones venían en inglés. El correspondiente a la "W" aclaraba: "WOOD" y las consabidas posiciones, "OFF" y "ON". Aunque no acababa de entender la función del minúsculo interruptor Geppetto pensó hacer varias pruebas. Accionó el botón de apertura de la cámara y colocó el de la "W" en posición de encendido. Enfocando a Laura le sacó varias fotos. Luego bajó al taller

para hacer algunas a Virutas. El animal, ya acostumbrado a la cámara, posaba con toda naturalidad.

Pero al deslizar la opción de ver las fotos, éstas perdían algo de nitidez. Activó la función de flash, por si hiciese falta más luz, e hizo algunas más, obteniendo los mismos resultados. Lo comentó a su mujer y se dirigieron a la habitación de Alonso. Laura pasó la tarjeta al ordenador para ver las fotos en grande, pero aparecían como detrás de un cristal ligeramente esmerilado, como si la pantalla tuviera vaho. Algo en ellas suscitaban curiosidad, el deseo de poder descorrer aquel velo sutil que las cubría. Geppetto comenzó a sospechar...

—Creo que... ¿No te parece raro esto?

—¿Qué insinúas? —le cortó Laura intranquila.

—Vale, no digo nada, pero estas fotos tienen algo sospechoso. Y ya sabes... después de lo que está ocurriendo...

—¡Por Dios, Geppetto! Son fotos algo borrosas y nada más.

—De acuerdo, pero mañana llevas dos o tres a imprimir, a ver cómo salen.

— ¿Y cómo han de salir?, pues como las ves en la pantalla, con falta de nitidez.

Al día siguiente, Laura llevó cuatro fotos a imprimir, dos de las que había hecho Geppetto a ella, de frente y de perfil y dos de Virutas. El fotógrafo introdujo el lápiz de memoria en su ordenador y al ver las fotos comentó.

—Se ven un poco borrosas, no merece la pena sacarlas.

—Ya lo sé, pero, de todas formas, quiero verlas en papel.

—Está bien, enseguida las imprimo.

Tras las operaciones correspondientes, la impresora comenzó a expulsar las fotos en papel fotográfico.

—Qué raro, la pantalla del ordenador muestra las fotos borrosas, sin embargo en papel salen completamente nítidas. Tendré que llamar al técnico —comentó extrañado el fotógrafo—. Y agregó—: Tenga, son dos trabajos en madera muy bien hechos.

Laura cogió las fotos y tuvo que hacer un esfuerzo para que no le temblaran las manos. Pagó y salió a la calle estupefacta, respiró hondo y caminó a toda prisa hasta llegar al taller. Una vez allí, sin pronunciar palabra entregó las fotos a su marido como si le quemaran en las manos. Este, preocupado al ver su expresión, extrajo las fotos del sobre... Los ojos de Geppetto se abrieron desmesuradamente.

Las fotos de Laura mostraban una talla en madera de su fisonomía, un retrato perfecto. En las de Virutas se veía al perrillo en su cajón convertido en una figura, igualmente de madera.

No salían de su asombro, ¿qué estaba pasando? Anulada la opción "WOOD", las fotos eran normales, pero en esta posición siempre ocurría lo mismo, a cualquier fotógrafo que las llevaran: nubladas en el ordenador y totalmente nítidas en el papel fotográfico, pero como si hubiese sido tallado en madera todo aquello que se pusiese delante del objetivo. Si se trataba de un paisaje, este aparecía como un relieve elaborado con minuciosidad.

Informado telefónicamente del suceso a Alonso, se le ocurrió que le mandasen dos fotos por correo electrónico a su ordenador portátil. Pero una vez recibidas, observó que,

efectivamente, también él las veía borrosas. Las copió en su lápiz de memoria y las llevó a un fotógrafo para imprimirlas. Su sorpresa fue menor porque ya estaba informado. En las fotografías, los rostros de sus padres se mostraban como ya le habían advertido: aparecían esculpidos en madera. Les comunicó su comprobación confirmando los mismos resultados, aconsejándoles que volvieran a revisar las instrucciones de la cámara.

Retomaron el papel de las instrucciones y volvieron a mirar los esquemas de la máquina. Pero solo indicaba lo que ya había visto Laura, la palabra “WOOD” con una flecha hacia el botón cuadrado. Había consultado antes en Internet esta palabra el significado de la misma podía ser madera, bosque, leña, y otros, dependiendo del contexto en que se encontrase, lo cual no aclaraba nada. Consultaron el texto en español y cuando llegaron a las explicaciones referentes al interruptor “WOOD”, una vez más, quedaron extrañados al leer: “Esta función está estrechamente relacionada con las explicaciones de la caja sorpresa, consultar la misma”.

—¿La caja sorpresa? —preguntó Laura, con extrañeza.

—Debe referirse al regalo que me hizo el muchacho negro. Pero no sé que tendrá que ver la máquina de fotos con la caja.

—¿Dónde la tienes, no la habrás tirado?

—Ya no me acordaba de ella, la dejé en un estante del taller, voy a traerla.

Geppetto bajó y miró en el estante donde la había dejado, la caja estaba detrás de otras cosas que había colocado después por lo que, al dejar de verla, la olvidó por completo. De vuelta al comedor, se la dio a Laura que retiró el papel que la envolvía y la dejó encima de la mesa. Se quedaron observándola, pensando qué nuevo misterio encerraría. Su tamaño aproximado era de diez por seis por cinco centímetros, en sus dimensiones de largo, ancho y alto respectivamente. En todas sus caras, excepto en la base, tenía dibujadas mariposas multicolores y gusanos que recordaban a los de la seda. La caja, en sí, ya era bonita para colocarla de adorno. Ninguno se atrevía a abrirla y, al fin, Laura se decidió a hacerlo. Levantó la tapa lentamente como quien abre un cofre que contenga un misterioso e indescifrable arcano... pero la decepción de ambos fue mayúscula. La cajita contenía un taco de madera que ocupaba todo el interior. Laura lo sacó y, tras observarlo unos instantes, se lo entregó a su marido, el verdadero experto. Este lo examinó por todos lados y no descubrió nada; las caras eran planas con algunas grietas muy estrechas. Aquel pequeño bloque ortoédrico era de color claro, ni pesado ni liviano, no tenía olor y carecía de vetas, características éstas por las cuales, un entendido puede reconocer una clase de madera. Era muy difícil de identificar aunque este particular, para ellos, carecía de importancia. Las explicaciones venían en el fondo de la caja y, al igual que las de la cámara, en varios idiomas. Buscaron la traducción en español que indicaba como en todas: “Leer detenidamente las siguientes instrucciones”.

“La porción de madera de esta caja, contiene en su interior Obreras Artistas. Son capaces de realizar sorprendentes trabajos en madera. Pero antes deberán tenerse a punto todos los requisitos requeridos para que puedan trabajar con eficiencia”.

Geppetto y su mujer se miraban extrañados, aquellas instrucciones no tenían sentido.

“Deberá prepararse una mesa cuyo tablero cuadrado tendrá unas medidas

aproximadas de ochenta centímetros de lado. Se rodeará de un borde o tabique de unos diez centímetros de altura. Dicho tablero y tabique deberán fabricarse en chapa metálica, formica o cualquier material excepto madera maciza. Puede ser válido el tablero aglomerado de viruta prensada con cola. Sobre la altura de la mesa no son necesarias medidas específicas”.

Laura, siempre escéptica, estuvo a punto de hacer un ovillo con el papel y tirarlo. ¿Construir una mesa con tablero que no sea de madera? Pero, ¿para qué? Ellos buscaban respuestas para aquellas fotos misteriosas, y estas explicaciones eran totalmente absurdas. Dejó sobre la mesa el papel y miró interrogante a Geppetto.

—Todo esto es muy raro —comentó este—. Pero a mí me cuesta poco trabajo hacer una mesa como dice ahí...

—Pero si estas explicaciones son tonterías sin sentido —protestó ella.

—No importa, ahora me acuerdo que tengo una mesa vieja para echar al fuego, le quitaré el tablero y le pondré otro con las características que dice ese papel —dijo Geppetto y agregó censurando a su mujer— ¿Cómo es posible que con lo que nos está sucediendo sigas siendo tan incrédula? Anda, continúa leyendo.

Así lo hizo Laura con desgana.

“Cuando se disponga de la mesa, preparar las fotos realizadas previamente con la cámara, imprescindible que haya sido tomada con la opción “WOOD” en funcionamiento. Para la realización de un retrato, serán necesarias tres fotos de la persona, una de frente y dos de ambos perfiles.

“Preparar un bloque de madera en el cual las Obreras Artistas reproducirán lo representado en las fotos. La figura realizada adoptará unas dimensiones en función del tamaño del bloque. Antes de continuar, es importante disponer de los tres elementos: mesa, fotos y bloque”.

“Un insecto xilófago especial depositó en las rendijas de la madera contenida en la cajita sorpresa minúsculos huevos de Obreras Artistas. Para el desarrollo rápido de estos huevos, humedecer con una esponja las caras del taco de madera. A continuación, introducirlo en un microondas durante un minuto, preferible menos que más. Depositar la madera en una caja, imprescindible metálica, mayor que en la que venía, y guardar ésta en una habitación tranquila. Esperar cuarenta y ocho horas, pasadas las mismas las larvas se habrán desarrollado”.

Tras breves consideraciones, decidieron llevar a cabo todo lo que se indicaba. El artesano preparó la mesa, tres fotos suyas, pues su mujer no quiso prestar su rostro para el experimento, y un bloque de abedul con las dimensiones algo superiores a una cabeza de tamaño natural. En una caja metálica del tamaño de una de zapatos, introdujeron la pequeña madera ya humedecida y pasada por el microondas. La dejaron en la cocina de la planta baja. Allí había chimenea, un frigorífico y otros enseres. De vez en cuando, sobre todo los fines de semana invernales, los pasaban allí y cocinaban en la lumbre. Aquel sería un buen sitio para llevar a cabo la prueba.

Mientras se producía la eclosión de las larvas, leían las indicaciones siguientes para ir llevándolas a cabo. Deberían colocar el bloque de madera a trabajar, en el centro de la mesa. Estas larvas xilófagas eran muy voraces, según se explicaba. En cuanto

salieran empezaría a comer madera. Cuando transcurrió el tiempo indicado, Geppetto acompañado de Laura se acercaron con sigilo a la caja. Nuestro carpintero levantó la tapa y quedó sorprendido aún sabiendo lo que encontraría. Su mujer lanzó un grito de miedo y repugnancia. El pequeño ortoedro de madera había desaparecido, las larvas lo habían convertido en fino polvo. En su lugar, un montoncito de gusanos blancos se movían como una masa viviente. Geppetto tranquilizó a su mujer, eran, ni más ni menos, carcomas aunque en las instrucciones se refirieran a ellas como Obreras Artistas. Mucha gente solo las conocía por el ruido y el polvillo. Él, en cambio, sabía como eran, oía con frecuencia su *raac raac* cuando el taller estaba en silencio. A veces cortaba transversalmente una pieza carcomida y la golpeaba levemente contra el banco. Del interior podían salir media docena de larvas blanquecinas de hasta un par de centímetros de longitud. Sus cuerpos son blandos pero pueden excavar galerías, barrenando con sus duros picos. No obstante, Geppetto nunca había visto tantas carcomas juntas, ciertamente resultaban un tanto desagradables. Pero debían seguir adelante.

Colocó la foto, tomada de frente, delante del bloque, las de los perfiles frente a las caras laterales. Provisto de guantes y sin tocarlas, según se indicaba, vació el contenido de la caja sobre las tres fotografías, aproximadamente un tercio sobre cada una. Comprendió el por qué del aglomerado o cualquier otro material que no fuera madera para el tablero de la mesa. Así solo se centrarían en el bloque preparado para el trabajo. El reborde del tablero impediría que las larvas cayeran al suelo. En cuanto a que la caja fuera metálica, así no podían dañarla. Las larvas no debían ser molestadas pero sucumbieron a la tentación de observarlas durante unos minutos.

Las larvas “comemadera” comenzaron a reagruparse, como dirigidas por una orden o impulsadas por una fuerza extraña. Cada grupo exploraba toda la superficie de su foto. Levantaban la cabeza y la volvían a pasar por el papel fotográfico cual escáner que recogiera información sobre la cara de Geppetto, representada en la fotografía. Al cabo de cinco minutos, unas cuantas carcomas de cada lado se distribuyeron por sus caras correspondientes del bloque y comenzaron a horadar en lo que serían las partes más salientes de la talla: nariz, parte alta de la cabeza, pómulos, orejas y barbilla. Al poco tiempo, las demás treparon para introducirse por aquellos pequeños orificios por los que solo ellas podían pasar. Cuando no quedó ninguna fuera, se hizo el silencio durante unos eternos instantes. De pronto, comenzaron a oír los sonidos característicos de las larvas taladradoras por todas las caras del bloque con ecos estereofónicos: *raac, raac, raac*. Geppetto observaba, o mejor, escuchaba maravillado, Laura asustadísima.

Abandonaron la habitación tras cerrar cuidadosamente la puerta. Deberían esperar hasta que las carcomas terminaran, cosa que podría ocurrir en ocho o diez días. El tiempo estaba supeditado al tamaño del bloque. Transcurridos seis días, Geppetto visitaba curioso e impaciente a las carcomas cuando finalizaba la jornada. Exteriormente el bloque parecía intacto, excepto los orificios de entrada que conservaban el mismo tamaño. Eso sí, alrededor del bloque se elevaban montecillos de madera pulverizada.

Pero al noveno día, viernes, Geppetto se acercó sigilosamente a la mesa. El bloque no había cambiado de aspecto pero los montones habían aumentado de tamaño. Las

carcomas habían salido del bloque y se habían agrupado en un rincón, sobre una lámina rectangular de plástico que el maestro carpintero había dispuesto previamente. Se puso los guantes y, con delicadeza, depositó las larvas en la caja de lata, la cerró y la dejó en el mismo rincón en la mesa de trabajo, después de limpiar el tablero concienzudamente. En aquella caja, que había contenido dulce de membrillo, había practicado en la tapa varios agujeros con un clavo para airear el interior. Recordó su niñez cuando guardaba huevos de gusanos de seda en una cajita metálica de pastillas laxantes “Laxen Busto”. Las de parches para las recámaras de motos o bicicletas, marca “Samí”, ya venían provistas de una pequeña parte agujerada para raspar la superficie del pinchazo adhiriéndose, así, mejor el parche; a éstas, lógicamente, no era necesario agujerearlas. Cuando los gusanos eran mayores, se trasladaban a una caja de cartón. Allí continuaban el proceso de la metamorfosis. Segregando un interminable hilo de seda, se encerraban en un hermoso capullo que podía ser de color naranja, amarillo y, en algunas ocasiones, verde. Después lo perforaban para salir convertidos en mariposas blancas con más cuerpo que alas, éstas ponían cientos de huevecillos sobre trozos de papel de periódico, colocados en el fondo de la caja y morían, cerrando así su ciclo vital. Se guardaban estos huevos y al año siguiente volvían a iniciar el proceso. En cierta ocasión dejó olvidada la caja metálica en el patio y cuando volvió a la noche siguiente, para sustituir las hojas de morera, el calor de junio había asado al horno a los gusanillos tejedores.

Pensó en manipular inmediatamente el bloque pero la tarde declinaba y decidió hacerlo al día siguiente, con buena luz. Nuestro maestro carpintero apenas durmió y durante el desayuno informó a su mujer de sus propósitos.

—En cuanto baje, me pongo con la cabeza.

—Hoy es sábado, deberías esperar a la tarde que no abres el taller, o mañana por la mañana. —le aconsejó su mujer—. Te lo digo porque puede llegar algún cliente y a ver cómo le explicas...

—Tienes razón, lo haré esta tarde, ya estoy impaciente por ver lo que han hecho estas carcomas bueno, las Obreras Artistas.

Geppetto Había colocado el bloque de madera encima del banco y preparado algunas gubias y formones, además de una pesada maza de encina. Su mujer observaba expectante y se preguntaba qué saldría de aquel bloque porque, aparentemente, solo tenía unos cuantos agujeros. El maestro carpintero colocó un formón bien afilado en la parte superior, junto a una cara lateral del bloque y, acto seguido, golpeó con la maza el puño de madera de la herramienta. Sonó un chasquido y una grieta longitudinal comenzó a abrirse de arriba a bajo. Sacó el formón y lo colocó, en la misma línea, cerca de la cara opuesta. De nuevo la herramienta se introdujo en la madera, casi hendiéndola en dos partes. Con el mismo formón, apalancó en la grieta y, con poco esfuerzo, se desprendieron dos partes, trasera y delantera, como dos cáscaras de nuez; la cabeza apareció cual almendra interior.

Las carcomas habían comido o mejor, tallado, los volúmenes de la cabeza desde el interior. De hacerlo desde fuera, habrían tenido que triturar todo el excedente del paralelepípedo hasta llegar a las formas definitivas, aspecto este inusual en estas larvas

que siempre trabajan en el interior de las maderas. Geppetto colocó nuevamente las envolturas en su lugar, pero a la parte delantera le cortó la mitad. De este modo, la cabeza podía verse, parcialmente, en el interior. Se observaba el espacio vacío de seis milímetros entre la superficie de la cabeza y la cáscara de madera. Era la anchura necesaria para que las carcomas trabajaran cómodamente.

El retrato estaba trabajado al más mínimo detalle, con un parecido, nunca mejor dicho: fotográfico. Parecía como si Geppetto hubiera posado para un experto escultor. Además no solo era el parecido, sus rasgos psicológicos afloraban con toda claridad a la superficie de la madera. Alguien que no supiera de nuestro carpintero, hubiera conocido inmediatamente su carácter, su temperamento y forma de ser al presentarle este retrato. Geppetto miraba pasmado el bloque de abedul que él había preparado, este se había convertido en una escultura hiperrealista, fiel reflejo de su personalidad. No sabía cómo expresar o definir aquel sorprendente trabajo. Quizás podría ser válida aquella frase de Inocencio X al contemplar su retrato realizado por Velázquez: «¡Troppo vero!» (demasiado verdadero).

Y como ocurrió con la cartera, se fueron acostumbrando a estas Obreras Artistas, que Geppetto gustaba de llamar “carcomas mágicas”, y a sus hechos extraordinarios. Hasta Laura llegó a tenerles simpatía y se prestó para que le hicieran un retrato, del cual quedó satisfechísima. También llevaron a cabo uno de Alonso que no salía de su asombro con lo que estaba sucediendo. En un principio mantuvieron los retratos en secreto pero Laura y Alonso, más prácticos, pensaron, no sin razón, que el mago negro había entregado a Geppetto, por sus merecimientos, aquellas maravillas para que se beneficiara de ellas. Por lo tanto, le aconsejaron que se arrogara los trabajos de las carcomas y aceptase encargos de retratos si se los hiciesen. El maestro carpintero, que entre sus buenas cualidades no le faltaba la humildad, se negó en un principio. Él no era capaz de realizar aquellos trabajos y no iba a apropiarse de méritos que no eran suyos, ni siquiera los de unas carcomas. Pero tras la insistencia y ruegos de su familia pensó que, al igual que con la cartera, no haría mal a nadie y podría ganar algún dinero extra con aquellas fantásticas larvas.

Los vecinos se sorprendieron de que el maestro hubiera mantenido en secreto aquellas aptitudes artísticas, éstas se extendieron allende del barrio. De vez en cuando, algún pudiente le encargaba un retrato que pagaba, naturalmente, a precio de obra de arte. A Geppetto le encantaban las tallas de niños muy pequeños, las Obreras Artistas reflejaban en ellas la inocencia y sonrisas, resultando unos trabajos encantadores. Incluso de fuera de la ciudad le llegaban encargos. El maestro carpintero, ahora también escultor, había impuesto ciertas condiciones inflexibles en su trabajo, cosa lógica... Las personas retratadas deberían pasar obligatoriamente por el taller. Allí posarían para hacerse las fotos con la cámara “especial”. Si alguien le visitaba para ver el proceso de ejecución, alegaba que prefería trabajar solo para, según él, concentrarse totalmente en el proceso de talla. Una vez que las carcomas acababan un trabajo, Geppetto lo sacaba al taller para repasar con la lija alguna aspereza o, si era el caso, teñir la madera y darle cera o barniz. Cuando se trataba de una persona fallecida deberían entregarle fotos lo más nítidas posible. Alonso conseguía en el ordenador las mismas dimensiones para los frentes y

perfiles, si las fotografías eran de distinto tamaño. Geppetto las reproducía, a su vez, con la cámara. Los resultados no eran tan exactos como los de las fotos directas, pero argumentaba que al no conocer a la persona fallecida no podía realizar un trabajo más perfecto; razonamiento lógico y aceptado por los clientes. Deliberadamente daba una fecha de entrega más larga de lo que en realidad necesitaban las carcomas para así, dar más énfasis e importancia a su trabajo. Si así lo prefería el cliente, el original de madera podía ser enviado a la fundición, encargándose ésta del resto del proceso para la obtención de un retrato en bronce.

Las Obreras Artistas, al parecer, estaban muy satisfechas de cumplir su misión, comían y realizaban un trabajo útil, sin pedir nada más a cambio. Geppetto, por un lado, estaba encantado, pero un ligero desasosiego le hacía permanecer siempre consciente de no ser autor de aquellos trabajos, por lo que siempre mantenía una actitud humilde, que era muy valorada por todos, ante las muestras de admiración hacia él y su obra. Al acabar un trabajo, las carcomas debían descansar un periodo igual al empleado en el mismo pero no podían estar inactivas más de ese tiempo. Geppetto, para entretenerlas si no tenía encargos, fotografiaba a los amigos más íntimos o a niños del barrio, y les regalaba la escultura. A veces si salían al campo tomaban fotos de animales, aves o mamíferos de cualquier tamaño. También se divertían fotografiando objetos cotidianos o curiosos como un par de botas viejas, un bolso, frutas, la estufa del taller o un bocadillo. Luego preparaba tacos de tamaños adecuados que eran tallados igualmente y con la misma minuciosidad por aquellos gusanillos laboriosos. Los colocaba en la ventana expositora y gran parte de ellos los vendía a precios asequibles. Algunas de las instrucciones reflejadas en el papel ya eran conocidas por Geppetto, experto en su oficio. Por ejemplo, a las larvas no les importaba la dureza de las maderas pero sí ciertas características de la mismas. No trabajaban sobre el pino excesivamente resinoso ni maderas olorosas o incorruptibles como el enebro, la sabina, el ciprés o el cedro; precisamente éstas se emplearon para forrar el interior de los arcones donde se guardaba la ropa, así eran protegidas de carcomas y polillas además de exhalar un delicado perfume. Por lo tanto, nuestro carpintero nunca les daba a tallar esas maderas. En cambio les preparaba bloques de una pieza o dos encoladas de haya, abedul, tilo, olmo, castaño, caoba, roble y otras, e incluso tacos de dura encina.

Los trabajos de las obreras sin sueldo, como también las llamaba, le reportaban un importante complemento económico que ahorraba. Los estudios de Alonso los había costado sobradamente la cartera. Pero nunca hicieron ostentación de ningún tipo ni cambiaron su modo de vida.

Así pasaron cinco años, de tarde en tarde le visitaba algún mendigo, inmigrante o no, para pedir una ayuda, Virutas le ladraba unos instantes. Geppetto abría el cajón del banco y, en silencio, le tendía un billete de cinco o diez euros, según tuviera. El indigente con cara de asombro se marchaba sin dar la espalda a su benefactor pero sí miles de gracias. Si tú supieras..., se decía el carpintero, satisfecho de poder compartir algo de su buena suerte, cosa que ponía en práctica si se presentaba la ocasión y mientras ésta le durara. Al mismo tiempo evocaba a Demba... Bendito muchacho, ¿dónde estaría ahora?

Con el paso del tiempo Geppetto se sintió cada vez más incómodo, los trabajos de

la carcomas no le reportaban ninguna satisfacción personal ni profesional. Cobraba el dinero pero no se sentía satisfecho, en el fondo le parecía un engaño al cliente, aun sin perjudicarlo. Él seguía sin saber tallar retratos; cada día le costaba más el arrogarse los trabajos de aquellas larvas. Y estas disquisiciones morales que cada vez con más frecuencia mantenía consigo mismo, como si algo o alguien las hubiese percibido, obtuvieron respuesta...

Un día en que Laura realizaba unas fotos, el piloto indicador de la batería comenzó a oscilar y, a los pocos segundos, la cámara se apagó. Y ya no hubo manera de ponerla en funcionamiento nunca más. Intentaron comprar un cargador, porque la cámara no lo traía, o batería de sustitución. Pero fue imposible, en ningún sitio de la ciudad ni fuera de ella encontraron una que pudiera adaptarse a la cámara ni cargador que se acoplase a la pequeña batería. Los vendedores se extrañaban de aquel modelo tan raro y sin marca. Al fin desistieron de seguir buscando. Pero eso no fue todo... El día que se agotó la batería, los billetes dejaron de aparecer en la cartera.

Geppetto colocó en la mesa un taco y unas fotos de Virutas que había realizado anteriormente sin la opción WOOD. Tras breves momentos de rastrear el papel fotográfico, las carcomas se introdujeron anárquicamente en la madera y comenzaron a hacer ruido. A los tres días, pues el bloque era de dimensiones reducidas, fue a comprobar qué había ocurrido. No había ninguna carcoma en la mesa, tras seccionar la madera en dos partes observó infinidad de galerías horadadas desordenadamente. En el interior de las mismas, las larvas se habían convertido en crisálidas, luego en diminutos escarabajos de ambos sexos. Tras ser fecundadas, las hembras depositaron allí mismo los huevos y murieron. De esta forma habían completado el ciclo de su metamorfosis en poquísimos tiempo.

Geppetto, naturalmente, tuvo que rechazar encargos, alegando que se había cansado de realizar retratos, que se aburría, que prefería volver a sus otros trabajos menos enjundiosos pero más satisfactorios, aquellos que había hecho toda su vida. Todo esto y otras excusas sorprendían a unos y suscitaban la incredulidad de otros, aunque al maestro carpintero no le importaban lo más mínimo. Estaba contento porque se había liberado de algo que venía desasosegándolo tiempo atrás.

Semanas después, una fría mañana de diciembre, en vísperas de navidad, la nieve caía en diagonal sobre aquella ciudad, empujada por el viento. Las calles y tejados mostraban un grueso manto blanco y las ramas de los árboles se inclinaban ejecutando obligadas reverencias por el peso de los copos. El barrio aparecía silencioso y solitario y Geppetto trabajaba confortablemente en el taller calentado por la estufa de leña donde quemaba los restos de madera que almacenaba para el invierno. Virutas, en su cajón cercano a la fuente de calor, dormitaba apaciblemente. Mientras reparaba un pequeño mueble antiguo escuchaba la radio. En un rincón del taller había colocado un nacimiento con figuras talladas por las obreras artistas. De vez en cuando ponían villancicos, ahora sonaba uno que hablaba de un hermoso niño con mucho frío a la puerta de una casa y la niña que vivía en ella informaba a su madre de su presencia, ésta apremiaba a la hija para que hiciese pasar al pequeño:

*«...pues dile que entre*

*se calentará  
porque en esta tierra  
ya no hay caridad...»*

Pero Geppetto no se deja arrastrar demasiado por el ambiente un tanto artificial y consumista de esas fechas, aunque acepta de buen grado, y desde otro punto de vista, esta ocasión anual en la que los hombres pueden limar asperezas entre ellos y ser un poco mejores. Conviene en que sin fiestas navideñas no habría tiempo, momento ni ocasión para hacerlo. Él estaba muy contento porque Alonso vendría a pasar esos días con ellos.

De pronto, la puerta del taller se abrió y dos figuras pasaron al interior acompañadas de un remolino de copos. Cerraron y se sacudieron la nieve, eran un adulto y un niño. Virutas se puso en pie, estiró las orejas y puso su corto rabo erecto. Al cabo de unos segundos salió de su cajón y se dirigió a olisquear a los recién llegados pero, cosa extraña, sin emitir un solo ladrido. El mayor, con voz sonora y agradable, saludó a Geppetto y preguntó si podían calentarse, no le molestarían mientras él trabajaba. Naturalmente el carpintero le contestó que podían hacerlo todo el tiempo que quisieran. El niño ya extendía las manos frente a la estufa y se dejaba inspeccionar por Virutas. Geppetto continuó en su trabajo pero levantaba la cabeza de vez en cuando para observar a los dos visitantes. El mayor era alto y fuerte, de unos cuarenta años, pelo abundante y agraciado de cara. Sacudía el ala del sombrero mojado por la nieve. Al desabrocharse el largo y usado abrigo, dejó ver un pantalón de pana, un jersey de pico y una camisa con el cuello desabrochado; las recias botas de cuero estaban muy agrietadas, como las que pintara en varias ocasiones el desafortunado e incomprendido Van Gog. El niño, posiblemente su hijo, aparentaba ocho o nueve años y vestía, igualmente, ropa usada. Se había despojado de un gorro de lana verde con una gran borla. Sus rasgos faciales no indicaban que fueran inmigrantes.

Al cabo de poco tiempo y reconfortados por el calor de la estufa, se acercaron al maestro. El mayor mantenía una sonrisa sincera y agradable, el niño, en cambio, se mostraba serio y circunspecto. Para romper el silencio, el carpintero se dirigió a él.

—¿Qué tal, pequeño?, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Manuel, señor —respondió el niño con porte de persona mayor.

—Y ¿qué edad tienes? —volvió a preguntar Geppetto, intentando ganarse al pequeño.

—Más de la que aparento, señor.

—Pero seguro que no pasas de ocho o nueve años, ¿verdad?

—Sí señor, los paso con creces —dijo el niño con extraña seriedad.

—Bueno, pues dime ¿cuántos son?

—Tengo arcaicuentra secuatre espacios, señor —contestó el pequeño.

—¿Me tomas el pelo chaval, qué edad es esa? —preguntó Geppetto desconcertado.

—Jamás haría yo eso, señor.

El maestro carpintero, incrédulo y sintiéndose burlado miró interrogativamente al

mayor, este sonreía regocijándose de la situación y para cambiar de tema, se acercó a una cabeza de madera que había en una repisa.

—¿Me permite que la vea con detenimiento? —solicitó mientras señalaba aquel trabajo.

—Claro, por supuesto.

El desconocido colocó la talla encima del banco y comenzó a examinarla. Comprobó que se trataba del retrato de Geppetto. Al pasar la mano izquierda por la superficie de la madera, el carpintero clavó los ojos en el dedo meñique. El mendigo llevaba un anillo con una corona en relieve tallada en piedra negra y engastada en una sortija de oro. Instintivamente miró a su cuello al tiempo que este inclinaba la cabeza para examinar la textura de la madera. Entre la camisa asomó un collar de cuentas de sándalo con una figurilla a modo de colgante tallado en lapislázuli. Geppetto sobresaltado se dirigió al mendigo.

—Conocí a una persona que llevaba un anillo y un collar como esos —logró decir con voz entrecortada.

—No es posible, son únicos y siempre me han pertenecido —adujo el mendigo sin dar importancia al comentario, y sin dejar de observar la cabeza agregó—: este trabajo es bueno, de gran calidad, el parecido físico es asombroso, diría que fotográfico y la ejecución impecable.

—¿Entiende usted de arte?

—Digamos que entiendo de todo un poco, pero sí, me gustan las cosas bellas... ¿Ha tallado usted este autorretrato?

—Sí...bueno...el caso es que... resultaría complicado de explicar... —balbuceó Geppetto.

—¿Qué quiere decir?

—Que no me creería si le dijese la verdad sobre esa cabeza.

—Al contrario, yo puedo creer las cosas más increíbles.

—¿De veras? Está bien, fuera de mi familia, es la primera persona a quién le cuento esto, quizás me sirva de desahogo y espero que no me tome por loco. Yo preparé el bloque de madera y...

—Y el resto del trabajo lo realizaron unos bichitos muy especiales ¿verdad? —dijo el mendigo mirando sonriente a Geppetto.

El maestro carpintero sintió tal estremecimiento que tuvo que apoyarse en el banco mientras miraba al visitante. Aquella sonrisa, el collar y el colgante, el anillo... ¡No, no era posible que estuviera sucediendo!

Entonces el mendigo levantó la mano izquierda mostrando el anillo en su meñique y con la derecha se tocaba la minúscula talla en piedra azul colgada del cuello.

—Ya veo que los recuerdas, quisiste comprármelos. —dijo tuteando a Geppetto y, observando su rostro desencajado, continuó— Tranquilízate, soy Demba, bueno... así me hacía llamar cuando te visité. Solemos adoptar distintos nombres según nuestra apariencia física que también puede ser cambiante. Ahora soy Hipólito el mendigo.

—Pero, pero...entonces sabes lo de las carcomas...Ya no funcionan...y la, la,

cartera tampoco —dijo atropelladamente sin salir de su asombro.

—Lo sé, lo sé, pero, ¿no te has dado cuenta? Sus propiedades cesaron cuando tu hijo terminó sus estudios. Ante tu preocupación por sacar adelante su carrera, decidimos ayudarte, pero ahora vivirás de tus manos, como antes.

—Claro, no me importa, salvo estos cinco años siempre me he ganado la vida únicamente con mi trabajo de carpintero que además me encanta, puedo seguir haciéndolo. —dijo Geppetto más calmado, y a continuación preguntó tímidamente— ¿Te devuelvo la cartera y la cámara de fotos?

—No es necesario, consérvalas y ellas te recordarán que nuestra ayuda se debió a tus buenas acciones. Y otra cosa, el taco de madera en el que actuaron por última vez las carcomas, arrójalo al fuego porque si no lo haces, los pequeños huevos depositados en su interior eclosionaran y las larvas se extenderán por el taller, actuando como verdaderas carcomas devoradoras de madera.

—Así lo haré... En fin, ¿cómo puedo agradecer tu ayuda?

—Ya te he dicho que te lo debes a ti mismo, por tus buenas cualidades, sigue siempre así. Ahora debemos partir —dijo el mago mientras se abrochaba el abrigo y se calaba el sombrero. El niño hizo lo mismo con su gorro de lana.

—Oye... el collar y la sortija... llamaron mi atención la primera vez que los vi —dijo Geppetto intentando retenerlos algún tiempo más.

—El collar me lo colgó mi madre al cuello cuando nací, ella fue una maga poderosa y buena, la figurita de lapislázuli es el símbolo de nuestra estirpe. La sortija me la regaló un rey hace mucho... muchísimo tiempo, en agradecimiento a un favor que le hice.

—Y este niño tan serio, ¿qué jerga ha empleado para decir su edad, o acaso bromeaba?

—Arcaicuentra secuatre espacios, es su edad y nuestra forma de medir el tiempo. Traducido al tuyo serían algo más de diez siglos. Ahora adopta esta forma para acompañarme como si fuera mi hijo, le cuesta adaptarse y mantiene la actitud de un mayor, pero pronto se acostumbrará y acompañará su edad aparente con un comportamiento más infantil.

—Y tú... ¿qué edad tienes?, si puede saberse —preguntó Geppetto pecando de indiscreción.

—Bueno... digamos que soy bastante mayor que él, pero eso carece de importancia —contestó el mago mirando a su compañero y sonriendo enigmáticamente.

—En fin, Manuel, —dijo Geppetto dirigiéndose al pequeño—. Yo pensaba regalarte un par de juguetes, pero ya veo que a tu edad no tendrás tiempo ni ganas de jugar, ¿verdad?

—Cierto Geppetto, ¡ahora has dicho algo acertado sobre mí! —contestó el mago con aspecto de niño. Y comenzó a reír de buena gana y de forma tan contagiosa que fue acompañado por el mago mayor y Geppetto. Luego quedaron en silencio.

—¿Cómo te llamas en realidad? —preguntó serio el carpintero.

—Mi nombre es difícil de pronunciar y lo olvidarías fácilmente, recuérdame como Demba, el muchacho negro que se ganaba la vida vendiendo baratijas. Que así sea si te parece bien.

—Así será, Demba.

—¡Adiós Geppetto! Con hombres como tú el mundo sería otra cosa. ¡Suerte! — exclamó el mago mientras estrechaba fuertemente su mano.

—¡Adiós Demba, gracias siempre! —correspondió el carpintero embargado por la emoción y sintiendo la calidez de aquel apretón.

Luego estrechó la del mago con apariencia de niño y los dos se dirigieron a la puerta, no sin antes dirigir unas palabras cariñosas a Virutas y acariciarle la cabeza que había mantenido erguida durante la visita. El perrillo les acompañó hasta la puerta y les despidió con dos ladridos; luego se acercó a Geppetto mirándole con la cabeza torcida y, por último, volvió a su comfortable cajón de virutas junto a la estufa.

Había dejado de nevar. En la radio volvió a sonar otro villancico. Geppetto cogió los dos pedazos de madera destrozados por las carcomas y los echó en la estufa. Extendió las manos para calentárselas y quedó sumido en aquellos acontecimientos extraordinarios e increíbles. Nunca olvidó a aquellos seres benefactores que siempre caminaron, caminan y caminarán al margen de las leyes de los hombres, porque las suyas son mejores y más justas.



## Trafalgar

El lienzo claveteado y tenso en su bastidor descansaba horizontal sobre el suelo del taller. En el blanco ahuesado de la tela destacaban multitud de trazos a carboncillo. Un entramado de líneas que de por sí ya componían un soberbio dibujo. Aquel lienzo rectangular de tres por dos metros, parecía una hoja de cuaderno de apuntes aumentada diez veces. Algunas manchas básicas de color ya estaban distribuidas sobre la superficie textil, pero aún no pasaba de ser un boceto de lo que resultaría un magnífico paisaje urbano. Una calle concurrida de una ciudad de provincias, en la que destacaba la fachada de un edificio que el pintor conocía bien... Esparcidas sobre el gastado parquet unas fotografías en color de dicha calle. La cámara fotográfica supone una ayuda inestimable para trabajos de taller y soluciona, al menos en parte, los problemas de encuadre, color, distribución de masas, etc. Por otro lado, sería muy llamativo e inusual llevar a cabo un trabajo del natural con tales dimensiones; además, en este caso debería atenerse bastante a otras fotos antiguas en blanco y negro.

Alrededor de la tela, y algunos sobre la misma, había botes de pintura cerrados y abiertos, gruesos tubos, trapos, latas de disolvente y multitud de pinceles de distintos tamaños y formas. Un posible visitante al taller, por poco observador que fuese, habría reparado en algunos de aquellos pinceles cuyos mangos habían sido sustituidos por otros excesivamente largos, y no menos extraña una silla con asiento de enea a la que se le había aserrado el respaldo y cuyas patas, muy cortas, acababan en ruedas de doble giro.

La forma de trabajar del artista era un tanto peculiar y atípica. En los primeros pasos de un trabajo tan grande como aquél, colocaba el lienzo en el suelo y sentado en su baja "silla de ruedas", moviendo los pies, se desplazaba alrededor de la tela distribuyendo las primeras masas de color con los pinceles de mango largo. Después colocaba el trabajo vertical sobre dos sillas arrimadas a una pared y continuaba pintando sentado en taburetes de patas largas o cortas, según la zona a trabajar en cada momento. De esta forma evitaba estar de pie largos periodos de tiempo, nada

beneficioso para su espalda.

Hacia poco que Agustín había llegado a los sesenta. No muy alto pero bien proporcionado y de facciones agradables. Sus ojos, ayudados de grandes lentes redondas, vivos, observadores y de mirada inteligente. Poblada cabellera antaño rubia, ahora matizada de blanco por el tiempo. Salvo leves dolores de espalda que le hacían caminar apoyado en un bastón, su salud era buena. Siempre recordaba las palabras de su admirado impresionista Auguste Renoir, quien postrado en silla de ruedas por un reumatismo deformante, seguía pintando aunque para ello hubiesen de atarle los pinceles a sus anquilosados dedos; superando su penosa situación con voluntad de bronce. Y, aún así, por poder seguir haciendo lo que más le apasionaba de este mundo que era pintar, además de verse rodeado y querido por los suyos, agradecido a la vida exclamaba: «Después de todo, soy un tipo afortunado»

En el caso de Agustín la vida no le había tratado mal; movía los dedos con agilidad y comprobando que aún podía sujetar los pinceles con suavidad o firmeza, se decía: «Realmente, yo sí que soy un tipo afortunado». Menos rodeado de los suyos porque no tenía hijos. Pero como Dios no se los había dado el diablo le endilgó algunos sobrinos, aunque el de los cuernos y rabo también fue benevolente porque las dos hijas de su hermana y el del hermano de su mujer eran buenas personas, le querían, respetaban y admiraban, pensando de paso, pues a nadie le amarga un dulce, que algo heredarían del tío artista.

Y en éstas se encontraba, enfrascado en sacar adelante aquel enorme lienzo. Era para él un trabajo especial. Ni más ni menos que un cuadro de la sucursal bancaria donde había trabajado durante largo tiempo. Un trabajo en el cual se esmeraría, más aún, por ser un encargo hecho por la Central. Un lienzo que representaría la fachada antigua de su antiguo lugar de trabajo; con el aspecto, por tanto, anterior a las dos remodelaciones que posteriormente se habían llevado a cabo en el exterior de la sucursal. De ahí el porqué de aquellas fotos en blanco y negro sobre el tablero de dibujo, él mismo las había hecho cuando era joven; en ellas aparecía en la puerta del banco, solo y con sus compañeros. Un material gráfico que le vendría muy bien para su proyecto. Mientras miraba aquellas fotos Agustín evocó, en un rápido paseo mental, aquellos años pasados; meditando sobre la rapidez con que la vida se consume, de cómo el tiempo es un tirano inflexible que pasa cual caballo desbocado.

Cuando tenía catorce años, por mediación de un tío suyo, entró de botones en el banco. No dijo ni sí ni no, si le parecía bien o mal, simplemente lo aceptó como su primer trabajo porque tenía que ayudar a la familia; por otro lado era mejor que el oficio de su padre, empleado en una tienda de zapatos y con un sueldo que solo permitía estrecheces.

En su recién estrenado empleo, la primera faena del día era llevar el café y la prensa a D. Aresio, joven que doblaba la edad al muchacho pero, a la sazón, a él le parecía una persona muy mayor. En el trayecto del quiosco al despacho del director se había acostumbrado a echar una ojeada al periódico adquiriendo con ello cultura y conocimiento de lo acaecido cerca y lejos. Recordó con una sonrisa cuando, el primer día de trabajo, uno de los empleados le mandó al sótano a por “la máquina de cuadrar

balances” para llevarla al director. Entre la multitud de trastos viejos, encontró un cajón de madera con un rótulo indicando que aquel aparato, desconocido por Agustín, se encontraba dentro. Al cogerlo comprobó que pesaba endiabladamente, pero haciendo un gran esfuerzo subió las escaleras y la llevó al despacho del director. Este muy serio, le indicó que en aquel momento no le hacía falta, que la llevase de nuevo a su sitio y le quitase el polvo. Así lo hizo Agustín resoplando, mas cuando abrió la caja se dio cuenta de la “muy pesada” broma: el contenido no era otro que macizos ladrillos. Encajó bien el trance y las risas de todos, dado su buen carácter; al mismo tiempo, las palmadas en la espalda le indicaban que era aceptado en aquella oficina. Simpático, avisado, detallista y servicial, sin llegar a servir ni pelota, eran sus cualidades más apreciadas por el jefe de la sucursal y demás compañeros.

Trascurrieron los años y, aunque no era ambicioso, ascendió en el escalafón ocupándose de asuntos mas enjundiosos y propios de empleado de banca. Hubiese llegado más lejos pero no quería ser trasladado a otro sitio y se estancó en su puesto cosa que, por otra parte, nunca le importó lo más mínimo. Porque hacía tiempo que, como segunda profesión, ya se dedicaba a pintar cuadros.

De siempre visitaba la exposición anual de pintura celebrada en su localidad acompañado de Juanita, su entonces novia, y después mujer; ésta siempre le animaba a retomar su afición y buena disposición para el dibujo. Y siguiendo, por fin, los consejos de su compañera, a los treinta años ya casado, Agustín comenzó a dibujar y pintar ayudado de un curso por correspondencia del cual se había informado en un periódico. No era lo ideal pero un buen comienzo cuando no se tiene a un profesor cercano. Recibía el material periódicamente y las instrucciones de su tutor desconocido, este le animaba y celebraba en exceso los trabajos enviados al centro académico, quizás para que no abandonara el curso. Pero él se lo tomaba con filosofía y al cabo de dos años recibió un diploma con la calificación de excelente. Nunca lo enmarcó, utilizando su trasera para hacer un retrato a carboncillo de Juanita.

No admitía alabanzas de amigos, vecinos o familiares porque, naturalmente, todo lo que hacía, según ellos, era estupendo. Crítico feroz de sí mismo, no consentía opiniones si no eran de alguien que verdaderamente entendiese, aunque fueran negativas. Juanita siguió esa tónica y llegó a saber tanto como él del arte pictórico. Aceptaba de ella sus autorizadas opiniones porque sabía que era su más estricta jueza. En sus visitas a la exposición anual comentaban los cuadros de aquellos artistas que habían pasado la criba para poder colgar sus obras en aquel certamen que cada vez gozaba de más prestigio. De vez en cuando, en fines de semana, se desplazaban a la capital para visitar exposiciones de grandes maestros, anunciadas en prensa.

Al cabo de algunos años, lleno de miedo y responsabilidad, Agustín llevó a cabo su primera exposición. Vendió algunos lienzos y sin echar campanas al vuelo, quedó relativamente satisfecho. Como el horario de su trabajo se lo permitía, empleaba todas las tardes en su taller. En los comienzos le costaba dinero su afición, después salía “comido por servido”, pero pasado el tiempo, Agustín comenzó a ganar más que en su trabajo principal. Siempre tenía encargos pendientes y esto le producía gran placer no tanto por el dinero sino porque sus pinturas eran apreciadas y solicitadas. Pero aquella

situación le estresaba porque primero debía cumplir con el trabajo insoslayable del banco y por las tardes atender su arte. Había comenzado a plantearse la posibilidad de abandonar su actividad bancaria para dedicarse enteramente a lo que realmente le apasionaba que era la pintura. Pero a la vez sentía temor de dejar un sueldo seguro.

Cuando el director de la sucursal se jubiló, Agustín le expuso la idea que venía rumiando; él siempre le había apoyado en su actividad artística y para entonces ya eran buenos amigos. Le aconsejó que esperase algún tiempo y podría hacerlo con una prejubilación negociada con la empresa, sin necesidad de abandonar el empleo de manera unilateral.

D. Aresio fue sustituido en la dirección por una compañera muy joven. Agustín, que había pensado tomar como pretexto para marcharse los posibles cambios de trabajo llevados a cabo por la nueva directora, se sintió muy a gusto con Elena, que así se llamaba. Rápidamente se ganó la estima y confianza del personal de la oficina, sobre todo de Agustín, porque además de muy preparada, eficaz, responsable, campechana y simpática, era aficionada a la pintura. A los dos años, la directora fue trasladada y Agustín, que no quiso conocer a otro nuevo director, dejó el banco para dedicarse enteramente a su arte.

Y tras aquel fugaz recuerdo el artista volvió a la realidad de su estudio. Hasta entonces había llevado a cabo infinidad de exposiciones individuales en galerías de arte y salas de ayuntamientos de mayor o menor importancia. Había conseguido más de medio centenar de premios en exposiciones colectivas de todo el país y algunas en el extranjero. Sus lienzos colgaban en muchos museos, colecciones de entidades públicas, privadas y particulares y siempre tenía encargos. Su situación económica era inmejorable, aunque necesitaba poco para vivir. Además, y sobre todo, tenía a su querida Juanita, dos años más joven que él y dos centímetros más alta; aún conservaba gran parte de su belleza pretérita. Tenía estudios de magisterio y música pero no había ejercido. Amable, bondadosa, inteligente y lectora voraz; también escribía poemas y relatos que, si sus ocupaciones se lo permitían, leía a Agustín mientras este pintaba, emulando al maestro del Barroco Pedro Pablo Rubens, que se hacía leer por un muchacho las obras de Plutarco cuando trabajaba en su taller. En otras ocasiones le amenizaba el trabajo tocando el viejo piano, colocado en un rincón del estudio. Para envidia de los amigos, todos bebiendo los vientos por ella, fue él quien la conquistó, sobre todo, con la seducción de sus palabras. Compañera, confidente, consejera, secretaria, musa y en ocasiones modelo, brazo derecho, izquierdo y todo lo demás; le quería, le cuidaba, le mimaba, ¡Qué sería él sin ella! Realmente Agustín era feliz. En correspondencia, salvando los despistes, ensimismamientos, estados de vena creadora o inspiración y los pequeños e inevitables egoísmos de todo artista, Agustín le correspondía con igual cariño, y con su verbo fácil la colmaba de requiebros y halagos que Juanita aceptaba con fingida indiferencia y a los cuales respondía: «Anda, anda, zalamero»

Ya no participaba en los eventos de pintura, hacía años que dejó de estar dispuesto a que su trabajo fuera examinado por críticos de nariz elevada y mirada prepotente. Durante muchas ocasiones había presentado cuadros en su ciudad y siempre fueron

admitidos pero nunca premiados. Allí, los eventuales y autóctonos miembros del jurado, impuestos algunos para tal fin por los conocimientos que sobre arte les proporcionaba su cargo político, se dejaban llevar, sin criterio propio, de sesudas y doctas opiniones foráneas. En aquella ciudad de siempre y en todos los aspectos se elevó al cubo el refrán "Nadie es profeta en su tierra". Es que, claro, Agustín había trabajado en un banco y por las tardes se entretenía pintando. Era autodidacta, no tenía estudios superiores de arte, su nombre no figuraba en una cartulina sellada oficialmente donde se dijera que los tenía; bueno sí, había estudiado por correspondencia pero... no era lo mismo. Ignoraban aquellos ignorantes que el talento, la sensibilidad, la vocación, la predisposición, el tesón, la posible genialidad y otros aspectos inherentes al verdadero artista, no se aprenden ni los da ninguna academia si no lo acompañan de antemano. También desconocían la pléyade de pintores autodidactas con lugares preeminentes en la Historia del Arte. Él sí, los había seguido y estudiado en la íntima y abultada biblioteca de su estudio. Admiraba a los extraordinarios paisajistas ingleses John Constable y William Turner, al holandés Vincent van Gogh, al francés Paul Gauguin y al albacetense Benjamín Palencia que junto al toledano Alberto Sánchez, escultor también autodidacta, fundaron la Escuela de Vallecas. Paradójicamente, el ayuntamiento le había adquirido varios cuadros que ornaban algunas dependencias y un mural para el salón de plenos.

Su obra era admirada dentro y fuera. Espléndidos paisajes urbanos, relajantes, bucólicas y apacibles vistas rurales, sugestivos bodegones de frutas o cachivaches antañones y espeteras donde brillaban cobres y latones. No desdeñaba la figura humana en cualquier actitud y temática: tiernas maternidades, certeros y expresivos retratos y hermosos desnudos. Sus lienzos mostraban el dominio del color y la forma con maestría y verdad. Sus cuadros eran fragmentos de poesía y esperanza, ventanas que alegraban la vista y ensanchaban el alma. Pero Agustín no opinaba, nunca malgastó un solo minuto en defender su obra, ella lo hacía por sí sola, lo suyo era crear con los pinceles; lo demás le traía al fresco.

Durante años, la exposición local fue una extensa muestra de óleos, acuarelas, dibujos, grabados y otras técnicas pictóricas, fuente de inspiración, escuela de autodidactas así como deleite y tertulia de los amantes del arte. Los formatos de los lienzos no eran muy grandes y muchos coleccionistas adquirían obra no premiada. Agustín siempre vendía sus lienzos. Con el tiempo las cosas fueron cambiando en aquel certamen, había que insuflarle nuevos aires... Se aceptarían, además de unos pocos trabajos convencionales, todo tipo de aventuras y propuestas revolucionarias, búsquedas, encuentros y elucubraciones con destino a lo imposible, a lo vacío y absurdo, provocando en muchos casos el hastío, desdiseño o irritación del paciente espectador cuya única intención era recrearse en lo amable, bello y asequible; con ningún otro propósito que no fuera el de recibir claramente el mensaje que, en una obra de arte en cualquiera de las "Bellas", debe expresar el artista.

Los premios fueron aumentando su cuantía, los formatos de los cuadros, naturalmente, tenían que estar a la altura y aumentaron desafortunadamente. Pero ningún particular de a pie compraba un lienzo porque ni sus bolsillos lo permitían ni las paredes de sus viviendas podían dar cabida a tamañas superficies. La exposición alcanzó el

súmmun, mucho espacio, pocos cuadros. La dotación económica del premio había llegado a una cantidad altísima. ¡Qué bien se dispara con pólvora del rey, cuando sobra la pólvora con que disparar! Se premiaban sesudas ocurrencias y estudiadas banalidades o, como en román paladino decía Agustín: gilipolleces. Ante la estupidez de muchos que alababan las excelencias del vestido del rey él, como en el relato de Andersen, era el niño que señalando al monarca exclamaba: ¡Pero si el rey está desnudo!

Se levantó del taburete con una de aquellas fotografías en la mano y sin dejar de mirarla, se dirigió hacia el enorme lienzo. Sin darse cuenta tropezó con una lata de aguarrás y, trastabillando estrepitosamente, cayó de bruces en medio del enorme lienzo. Quedó tendido sin saber qué había pasado, más abrumado por la aparatosa caída que por otra cosa. Al oír el ruido Juanita, alarmada, llegó en segundos. Ante el panorama, comenzó a gritar asustadísima. Agustín en cambio se carcajeaba de sus exagerados aspavientos y exclamaciones, aunque al moverse emitía un leve ¡ay! Preocupada Juanita pensó que su marido había perdido el juicio pues reía con la cara ensangrentada. Con gran esfuerzo le ayudó a levantarse, algo agobiado por la preocupación excesiva de su mujer. Se palpó el cuerpo encontrando todo en su sitio. La sangre del rostro no era tal sino óleo rojo de un enorme tubo que el artista había reventado con un pómulo; el envase de plomo amortiguó el golpe y evitó daños mayores en la cara. La caída, salvo leves magulladuras, no tuvo mayores consecuencias para Agustín. Acompañado por su mujer, el pintor salió del taller para cambiarse de ropa pues olía fuertemente a trementina. Siempre bromista ante cualquier situación, comentaba:

—Juanita, si me arrimas una cerilla duro meno que una lumbre de virutas.

—¡Calla Agustín, por Dios, no digas tonterías! —exclamaba ella horrorizada.

Normalizada la situación, Agustín volvió preocupado e impaciente al taller para comprobar los posibles desperfectos en el lienzo ocasionados por la caída. Dando vueltas alrededor de la tela examinaba los estragos en la misma. La trementina, además de mancharle a él, se había extendido por el lienzo, los colores con los que entró en contacto, se habían difuminado tomando formas raras, manchas sin sentido. El trabajo era irrecuperable y solo cabía una solución: cubrir la tela con selladora y comenzar de nuevo. Pero ni siquiera optó por este extremo, las manchas podrían aflorar y habría que taparlas otra vez. Decidió que, a grandes males, grandes remedios. Comenzaría el trabajo estrenando otro lienzo; el manchado después de trocearlo iría al punto limpio.

Colocó el cuadro en posición vertical y tomó un cúter. Pero cuando el filo acerado de la cuchilla rozaba el lino, la retiró de golpe como si hubiese recibido un calambrazo. Quedó pensativo unos segundos con el cúter en alto como una estatua de yeso y, de pronto, se dirigió a una pared y comenzó a mirar los grandes números en negro de un almanaque colgado de un clavo. Acto seguido rebuscó en un cajón las bases de la exposición local que siempre le mandaban. Cuando las encontró, miró el plazo de admisión; disponía de tiempo suficiente. Había tenido una idea, más bien una travesura: mandaría el lienzo, tras unos “retoques”, al certamen. El encargo del banco no tenía fecha de entrega y, total, perdería muy poco tiempo en preparar el cuadro para la exposición anual.

Tumbó nuevamente el cuadro y se puso manos a la obra. Recordaba al extravagante Dalí llevando a cabo las mayores perrerías en varios de sus cuadros, tales como azotar el lienzo con un látigo impregnado en pintura o extender los colores, previamente, para que una bailaora flamenca patease a su antojo la superficie. Él haría algo parecido...Colocó en uno de los lados menores del rectángulo cinco pequeños botes de pintura medio llenos, sin tapa y colocados en formación como los cañones de un bergantín. A cada uno le atizó tal patada que echaron a rodar, uno tras otro, por el lienzo desparramando y mezclando sus chillones contenidos. Cubrió sus zapatillas con trapos viejos y se colocó encima del lienzo. Con una fregona vieja, pero limpia y bien seca, a guisa de gigantesco pincel, restregaba y bailaba en determinados espacios. Algún tubo de pintura negra destripado deliberadamente con el pie, era extendido de la misma manera y ahínco del que ha pisado un excremento de perro y quiere desprenderse de él. El siguiente paso consistió en rasgar con el cúter determinadas partes del lienzo y, seguidamente, coserlas groseramente con bramante grueso. El trabajo no le llevó más de una hora. Juanita, presente en el "proceso creativo", tomaba imagen...y daba a su marido por majara.

Una vez terminado, firmó con trazos apenas legibles, alrededor del bastidor clavó unos listones y en la trasera escribió unos datos de autor que no eran los suyos. Su intención era quedar en el anonimato, presentando el trabajo con nombre y dirección imaginarios. Cumplimentó el boletín de inscripción con los mismos datos del lienzo; según hacía constar era un pintor con domicilio en la capital: Julio O. Nitsuga. En el apartado correspondiente al título había escrito: *Trafalgar*, quizás porque más que un cuadro aquello era un jirón de vela procedente de un buque cañoneado salvajemente en una terrible batalla naval. Puro arte conceptual y demás zarandajas. El extenso currículo sí fue verdadero. Esperó un par de días a que se secase la pintura y embaló el cuadro con plástico de burbujas. Cuando todo estaba dispuesto llamó a la agencia de transportes con la que trabajaba habitualmente. Indicó al operario, que conocía desde hacía mucho tiempo, que entregara el cuadro en el punto de recepción junto con otros que llevaba de distintos orígenes. A la hora de la devolución del lienzo, Agustín le recordaría aquellos datos falsos para traérselo de nuevo. Cuando el furgón se alejaba, se sintió algo arrepentido de su broma aunque convencido de que su trabajo sería rechazado sin más. No volvió a acordarse del asunto y se enfrascó en los nuevos prolegómenos del cuadro del banco. También ultimaba los detalles para una exposición individual que llevaría a cabo en la galería de una ciudad costera. Juanita era la encargada de escoger los marcos idóneos para las obras pues, según ella, al igual que un vestido elegante resalta la belleza de una mujer, un marco adecuado es el complemento de un buen lienzo, y los de su Agustín eran muy buenos.

Una mañana mientras matizaba el tronco de un retorcido y rugoso olivo, entró Juanita al taller para entregarle la correspondencia. Una de aquellas cartas era de su hermana, residente en la capital. Se imaginaba el contenido porque cuando envió el cuadro a la exposición, le informó de sus intenciones, advirtiéndole que recibiría en su domicilio una carta dirigida a una persona que ella desconocía, remitida por la concejalía de cultura. Le rogó que no la rechazase sino que se la reenviara a él. Efectivamente,

rasgó el sobre encontrando otro cerrado de la citada concejalía. Aunque realmente le daba igual la admisión o rechazo de aquel trapo sucio, sentía cierta curiosidad por el veredicto e incluso preguntaba a Juanita. Ella mirando con interés el sobre dijo que, dadas las características del cuadro, de haber sido ella del jurado lo habría enviado a la hoguera; apremiándole para que abriera el segundo sobre. Así lo hizo Agustín parsimoniosamente, colmando la paciencia de su mujer...

Extrajo la misiva de aquel sobre con membrete de la concejalía y, tras la lectura de los primeros renglones, la cara de Agustín se tornó lívida y el papel se le escurrió de los dedos yendo a caer a los pies de Juanita. Asustada tomó la carta y leyó bisbiseando, pero al llegar a determinadas líneas elevó, angustiada, la voz: "...y tras las deliberaciones del jurado, este acuerda concederle, por unanimidad, el primer premio de la exposición por su obra titulada *Trafalgar*. Trasladándole mi más sincera felicitación...". Se hizo un silencio sepulcral en el taller. Agustín abrumado y balbuceando acertó a decir: «No, no es posible... pero, si yo solo quería...»

Transcurrida una semana, repuesto de la noticia y armándose de valor, visitó al concejal de cultura para comunicarle que él era el autor del cuadro premiado. El edil quedó como disecado y Agustín, sin esperar respuesta, le contó en pocas palabras cómo se le ocurrió la idea y el envío del cuadro al certamen. En el caso de solo habersele admitido, se habría colgado en la exposición hasta el día de la clausura y después devuelto a su casa sin que nadie hubiese sabido nada. Pero la cosa no fue así... Y para demostrar su autoría, los datos del falso autor tenían significado: "Julio" era el mes de recepción de las obras, "O" era ocho, el día en que terminaba el plazo de admisión y "Nitsuga" era el nombre de Agustín al revés. El concejal abrió los ojos desmesuradamente y el pintor, para rematar la faena y por si había dudas, sacó un sobre del bolsillo, extrajo unas fotografías y las extendió sobre la mesa. Éstas describían el proceso de ejecución del cuadro. Juanita se había encargado de fotografiar al artista mientras lo pintaba, o mejor mientras lo destrozaba. Agustín se despidió del concejal y este, inmóvil como un gato de cartón, solo acertó a levantar una mano levemente.

Se deliberó, se sopesó, se discutió, se pensó, y despechados por haber tragado el anzuelo decidieron, en principio, descalificar la obra, despojar a Agustín del premio, aun a sabiendas que el autor del lienzo era él indiscutiblemente. Pero al final se llegó a la conclusión de que el tema de los datos falsos era secundario, el jurado había premiado aquel lienzo fuera quien fuera el que lo había, nunca mejor dicho, ejecutado. Firmar una obra con seudónimo no era motivo para revocar un premio. Se comunicó a Agustín que podía recoger el premio pero, eso sí, conociendo su nulo afán de protagonismo, debería estar presente el día de la entrega.

Es sabido que en todo certamen si el artista decide renunciar al metálico del premio, puede mantener la obra en propiedad junto con la medalla o diploma que le acredita como ganador. Y en este punto había comenzado el calvario del pintor porque él no tenía claro si recogería el metálico del premio. Aquello comenzó como un juego y acabó en algo serio. Otro, con menos escrúpulos, hubiera estado encantado, recogería la pasta, se reiría del jurado por lo bajinis y presumiría a más no poder. Pero no era el caso de Agustín, él era serio en su trabajo y la cosa no era tan sencilla para el artista porque

la flauta le había sonado por casualidad. Juanita, fiel consejera siempre, comprendió que en esta ocasión debía dejar a su marido toda la responsabilidad, no por abandonarle en aquella tesitura sino porque hay decisiones que deben tomarse de manera muy personal.

No dormía pensando en la situación en que se encontraba por su inocente ocurrencia. El dinero no le importaba en absoluto pero si lo cogía le quemaría en las manos. Podría donarlo a una institución benéfica pero aun así no quedaría tranquilo consigo mismo porque daría la razón al jurado. Los organizadores de la exposición nunca le habían premiado su verdadera obra; ahora no quería un galardón con un trabajo que no sentía como suyo, no tenía valor alguno, bueno...ahora sí...y bastante pero solo monetario. Su cuadro quedaría en el museo, entre las obras premiadas, pero no se sentiría representado con aquella tela que él consideraba una burda pantomima. Por fin tomó una decisión y se la comunico a Juanita. Ella le miró a los ojos, con añeja ternura, y cogiéndole las manos le dijo: «Si es eso lo que has decidido me alegro, ahora puedo decirte que coincido con tu decisión».

En el acto de apertura de la exposición, se dio lectura al acta del jurado. Para recomponer un poco la situación, se dijo que la obra premiada había sido firmada con seudónimo pero que el autor era un conocido pintor local. Al escuchar su nombre y los aplausos de los asistentes, Agustín sintió rabia y vergüenza. Se ponderó la obra con palabras huecas que en nada coincidían con los pensamientos del autor. Si la gente supiera... Y cuando llegó el momento de su intervención, tras los saludos de rigor, algo nervioso pero con voz firme y contundente continuó: «...y si el jurado ha considerado que mi obra merece ostentar el primer premio de la exposición, contradigo el fallo y no me siento alagado lo más mínimo, muy al contrario, porque yo, como autor de la misma, también me he reunido con un jurado compuesto por mi honradez, mi ética profesional, mi credibilidad y mi honor. Tras las correspondientes deliberaciones, hemos decidido, también por unanimidad, que la obra *Trafalgar* no merece el más mínimo respeto puesto que yo no se lo tengo, es un bodrio, una broma, un trapajo sucio, una obra bastarda que nació de un accidente que no voy a contar aquí. Por lo tanto, rechazo el premio crematístico y cualquier otro galardón, para conservar el cuadro y hacer de él lo que yo, como autor y propietario del mismo, estime conveniente... Seguiré pintando lo que siempre pinté, lo que siento, lo que sé hacer, mi obra verdadera, la que me gusta, la que amo, por la que vivo y soy conocido, reconocido, considerado y respetado. Así pienso y así actuaré mientras me queden fuerzas para sostener en mi mano un pincel, muchas gracias”.

Las autoridades, con cara de circunstancias, echaban mano mentalmente a la frase que en tales casos viene al pelo: ¡Tierra trágame! Ningún miembro del jurado estaba presente, nunca bajan al ruedo, quizás por éstas u otras cosas, improbables pero no imposibles, que pudieran ocurrir. A los pocos segundos se rompió el silencio y comenzaron a oírse murmullos de sorpresa. Casi nadie sabía de qué iba el asunto. Agustín, serio y erguido, abandonó el acto acompañado de Juanita que, henchida de orgullo, caminaba cogida de su brazo mientras eran taladrados por multitud de miradas interrogantes.

La noticia, como suele decirse, corrió como reguero de pólvora encendida. En los

siguientes días la asistencia a la exposición fue masiva; la gente se fue enterando de lo ocurrido con el cuadro de Agustín. *Trafalgar* se hizo famoso, todos querían verlo y hablar de él. Para unos era un bodrio, opinión que nada añadía a las declaraciones de su autor; para otros una obra maestra, dijera lo que dijera el artista. La situación se hizo insostenible en casa del pintor acostumbrado a la paz y el sosiego. El teléfono ardía colmando la paciencia de la paciente Juanita que al final acabó contestando lo mismo: a la clausura de la exposición, su marido concedería una rueda de prensa, pero nada más. Mientras tanto, marcharon a la casita de campo obviando las llamadas de móvil con números desconocidos.

El día de la clausura, domingo, numerosos asistentes visitaban la exposición y gran número de periodistas esperaban impacientes la llegada del pintor y su prometida rueda de prensa. Al medio día Agustín y Juanita entraron en la sala ante la expectación del público. Ambos sabían que no podía retirarse un cuadro hasta clausurado el certamen pero, al ser el último día, se autorizaba a ello. Agustín pidió a un conserje que se lo descolgase, no quería exhibir ni un minuto más aquel cuadro que había turbado el devenir de su placentera existencia.

Una vez en el suelo y apoyado a una pared, Juanita sacó del bolso un cúter y se lo entregó al artista. Agustín hizo varios cortes verticales en la tela, desde el borde superior al inferior; a continuación cortó el lienzo alrededor del bastidor; de esta manera quedó seccionado en varios trozos. Con los mismos, se dirigieron al centro de la placita formada, entre otros, por el edificio de la exposición, seguidos por los asombrados asistentes. Juanita sacó un pequeño recipiente de plástico que contenía líquido inflamable, entregándolo al pintor. Este roció los pedazos de lienzo amontonados en el suelo y mirando a su mujer, con una sonrisa de complicidad, le indicó: «Envíalo a la hoguera». Juanita encendió una cerilla y la arrojó al lienzo troceado. Inmediatamente comenzó a arder ante los ojos del numeroso público y los objetivos de las cámaras. Fortísimos aplausos acompañaban la danza de las llamas devorando rápidamente el lienzo; se escucharon numerosos ¡Bravo! y hasta un ¡Olé tus cojones!

Sentado en un banco, respondió a no pocas preguntas, exponiendo detalladamente la génesis y el proceso de ejecución de la polémica tela, así como anécdotas, incidencias y detalles acaecidos en aquellos días. Una televisión de ámbito nacional le había ofrecido una respetable cantidad por asistir a un programa basura. Varias galerías se interesaron por su verdadera obra, ofreciendo sus salas en condiciones ventajosas. Un marchante de arte le garantizó la venta segura de todos los lienzos que pintara, eso sí, con las características de *Trafalgar*. Nuevos clientes deseaban adquirir sus cuadros. Comentó haber recibido, como en el arte taurino, división de opiniones, fue aplaudido y denostado, le dijeron de todo; entre otras cosas, le tacharon de extravagante y loco, de tonto por no coger el dinero; pero una gran mayoría calificó su actitud de valiente y honrada. Todos querían, solicitaban, pedían, le sugerían... Agustín solo deseaba que le dejaran en paz, por eso advirtió a los reporteros que el cuadro ya no existía, había perecido en llamas y no volvería a hablar más del asunto ni concedería más entrevistas.

Al tiempo de exponer en aquella hermosa ciudad, pasaban unos días descansando en la misma. Las ventas no iba mal, durante la primera semana se habían vendido diez

lienzos de los veintidós expuestos. A distintas horas del día el pintor sacaba fotografías y tomaba apuntes de paisajes marinos. Con este material, al volver a casa, pintaría docena y media de acuarelas que la dueña del hotelito, donde se hospedaban, le había encargado; ésta quería ornar sus dependencias con pinturas de Agustín tras la remodelación del establecimiento. Admiradora del artista, ya poseía dos magníficos óleos suyos.

Cuando la tarde declinaba, Agustín y Juanita caminaban por la playa, luego, sentados en un bar del paseo marítimo, degustaban un excelente café. Les encantaba disfrutar, si las brumas no lo impedían, del sol marchándose al otro lado del mar, tiñendo sus aguas de púrpura y bermellón. Aquella tarde podían admirar el espectáculo, no por repetido menos grandioso. Juanita, ensimismada, mirando al horizonte comentaba como si estuviera sola:

—El mar... pasado, presente y futuro de la humanidad. Cuántas soledades, secretos, esperanzas, nostalgias, angustias, tragedias, grandes gestas, grandes desastres...

—Es cierto —interrumpió Agustín con una sonrisa burlona y con intención patosa de romper el encanto de aquel momento—. Y también grandes batallas... como la de Trafalgar...



## La señora del desierto

Muy a menudo soñaba con ella y acababa despertándome, abría los ojos desmesuradamente y la veía flotando en la oscuridad; su figura blanquísima y fosforescente se me presentaba como en una aparición. Para mí no fue una pesadilla, muy al contrario, me agradaba volver a verla, observarla hasta que se desvanecía... Y luego volvía a dormir plácidamente, sin sobresalto, tranquilo. Con el tiempo dejó de visitarme pero nunca la olvidaré, su recuerdo será imperecedero y permanecerá en mi mente por los años que viva. Siempre comprenderé a los que dicen haber presenciado las evoluciones de un ovni. Si lo cuentan nadie les cree y sufren la incompreensión de quienes les escuchan. Nunca compartí con ellos esa pesadumbre porque a pocos lo conté y no me importa en absoluto si me creyeron o no. Yo sé lo que vi, mejor dicho, lo que vimos y tocamos porque no fui solo. Ha transcurrido el tiempo suficiente para mirar con tranquilidad, sin el apasionamiento de lo reciente, pero con los recuerdos decantados y sin perder un ápice de exactitud porque en mi mente los hechos permanecen imborrables, como si hubiesen ocurrido ayer. Y quizás por la carta que ahora tengo en mis manos, me he decidido a escribir esta historia inverosímil. Mi única intención será dejar constancia escrita de lo acaecido como desahogo de mi espíritu y para que no se enmohezca en mi interior. Así ocurrieron los hechos que presencié como participante, por no decir, pecando de inmodestia, protagonista en aquella excavación arqueológica. Cada cual que saque sus propias conclusiones.

El Museo del Louvre fue para mí uno de los lugares favoritos de mis juegos de infancia. Casi todo el personal de recepción, seguridad, administración y, sobre todo de conservación, me conocían como "le petit François". Mi abuelo trabajó casi toda su vida en este departamento, en los talleres de restauración. Después de su jubilación seguían consultándole en trabajos delicados o especiales como reputado especialista en pintura

italiana; pero él solo se consideraba un sanador de cuadros. Yo le acompañaba en cuanto podía, fuera de mi tiempo escolar, para observar su trabajo o escaparme a recorrer los pasillos, salas y corredores, subiendo y bajando escaleras entre la multitud de visitantes. A veces mi abuelo me llevaba por almacenes, sótanos y otros lugares vetados al público. Fuera de horarios o en días de cierre, me mostraba sus cuadros y esculturas favoritas aunque yo tenía mis preferencias. *La Gioconda* me brindaba, solo a mí, una sonrisa especial. Me sentaba en el suelo ante el gigantesco lienzo *Las bodas de Caná* para recorrer visualmente sus más de sesenta y cinco metros cuadrados de tela. Yo estaba seguro que si este banquete realmente se llevó a cabo no fue con la fastuosidad descrita por su autor, El Veronés. Nunca supe quienes fueron los novios porque la mesa está presidida por Jesucristo y su madre, la Virgen. Creía percibir las notas de los cuatro músicos amenizando aquella fantástica fiesta de casamiento: el autor del lienzo, autorretratado, tocando la viola de gamba y sus amigos Tiziano el violonchelo, Tintoretto el violín y Bassano la flauta.

Me sobrecogía el dramatismo de *La balsa de la Medusa* de Géricault y la fuerza de *La Libertad guiando al pueblo* de Delacroix. Me acostumbré a los desnudos en pinturas y esculturas pero me llamaba la atención *El baño turco*, de Ingres, por la gran cantidad de mujeres sin ropa reunidas en aquel lienzo circular. Pasaba mis manos por los dos *Esclavos* marmóreos de Miguel Ángel y percibía la energía del Terrible. También saludaba a la acéfala *Victoria de Samotracia* y a la *Venus de Milo* sin esperar que la primera girase su cabeza ni la segunda levantara sus manos para corresponder a mi saludo.

Coleccionaba en mis cuadernos, debidamente fechados, los apuntes y bocetos que continuamente realizaba. Con el paso del tiempo fueron ganando en calidad y observándolos cronológicamente mostraban la evolución positiva de los mismos. El arte acumulado en el museo, para mí más importante del mundo, lo fui percibiendo con perspectivas y capacidades analíticas más profundas. Mi afición temprana en todo lo referido al arte es lógica, no he comentado que también mi padre trabaja en el Dorsait. Entre otras obras, están a su cargo la colección de los impresionistas: Monet, Renoir, Casat, Morisot, Degas y otros tantos, de los cuales no sé decir cual es mi preferido porque me apasionan el color, la luz y la belleza de todos ellos.

Pero no era mi intención ser pintor. Visitaba con frecuencia las plantas bajas del museo para admirar las culturas mesopotámicas, babilónicas, egipcias y otras del Oriente Próximo. Me entusiasmaban los relieves asirios, el impresionante *Código de Hammurabi*, las esfinges y retratos egipcios tallados en granito, basalto, diorita y otras durísimas piedras; pero no con la mirada del escultor sino del arqueólogo. Quería dedicarme a estudiar los vestigios que a lo largo de la historia va dejando el ser humano y que dan una idea más o menos exacta de sus civilizaciones. Quizás algún día yo pudiera descubrir como un Howard Carter mi particular tumba de Tutankamón.

Tras el bachiller no tuve dificultad para ingresar en la Escuela del Louvre. Cumplía los requisitos exigidos y el informe de la comisión evaluadora y de admisión fue muy favorable. Me avalaron, por encima de todo, mis buenas notas en las pruebas oral y escrita. Los conocimientos empíricos adquiridos a lo largo del tiempo en el Museo me

servieron de gran ayuda; además mi abuelo fue profesor y yo conocía a muchos compañeros suyos, todavía en activo, que como él alternaban el trabajo en el Museo con las clases, como profesores, en este prestigioso centro de enseñanza superior donde puede estudiarse Historia del Arte, Arqueología, Historia de las Civilizaciones y Museología, entre otras ciencias.

Paralelamente a mis estudios en el tercer curso, realicé las gestiones para participar en alguna excavación arqueológica durante el verano. El Louvre lleva a cabo investigaciones en distintos países. Los trabajos de campo aportan nuevas informaciones y, si es posible, hallazgos que completan sus colecciones. Estos trabajos se realizan gracias al patrocinio de distintos organismos públicos y privados. Con frecuencia se excava en el mítico Valle del Nilo, en territorios de Egipto y Sudán; también en países del Próximo Oriente.

Yo quería colaborar en alguna campaña en la zona del Mar Muerto, aunque me habían informado que el Museo no tenía previsto trabajar en esos territorios. Estaba vivamente interesado en aquellos lugares porque había leído algo sobre nuevos descubrimientos en Israel, en el desierto de Judea cerca de la mítica Massada que yo había visitado en compañía de unos amigos. En aquella impresionante elevación, los judíos zelotes resistieron heroicamente ante la inevitable toma de la fortaleza por los romanos. En tan dramática situación prefirieron darse muerte a caer en manos del enemigo, de manera parecida a lo ocurrido dos siglos antes en la ibérica Numancia frente al mismo invasor. Así que, influenciado por mi estancia en aquellas tierras y las informaciones recientes, comencé a leer el Antiguo Testamento sin saber la intención ni qué buscaba. Simplemente me atraían aquellas zonas inhóspitas y desérticas, algunas no tanto en tiempos remotos y en las que, según el texto bíblico, ocurrieron cosas extraordinarias pero sobre las cuales era necesario echar mucha luz. Conseguí una plaza en una pequeña excavación pero no en Israel sino al otro lado del Mar Salado, en Jordania.

A primeros de julio tomé un avión en el aeropuerto Charles de Gaulle que me llevaría directamente al Queen Alia, bautizado con este nombre en memoria de la bella egipcia tercera esposa del ya desaparecido rey Hussein, Fallecida muy joven en un trágico accidente de helicóptero. Se encuentra a treinta kilómetros al sur de Amman, capital del reino jordano. Durante el vuelo de cuatro horas y media dormí algo, leí y medité sobre mi decisión; quizás me había precipitado pues desconocía muchos detalles sobre aquella excavación. Me documenté sobre el país pero no pude recabar información sobre la misma ni dónde se encontraba exactamente. Sabía que los trabajos estaban dirigidos por el profesor alemán Holtzmann, al parecer un personaje de reconocido prestigio pero del que apenas pude encontrar información. En fin, no podía volverme atrás y aquello tenía el aliciente de lo desconocido. Según instrucciones, sería recogido por alguien de la excavación, eran las primeras horas de la tarde. Durante el tiempo que tardé en recoger el equipaje y comer algo en una cafetería pude observar el continuo tránsito de viajeros. Este aeropuerto mantiene vuelos con todo Oriente Medio, países árabes de África y capitales de Europa.

En la salida de pasajeros había, como es normal, varias personas portando carteles

con nombres de agencias de viajes para recoger a los clientes y llevarlos a sus correspondientes hoteles. Eran hombres morenos, de no mucha estatura y algunos con el hatata y el brin que es como llaman al pañuelo de cuadritos y la cinta que lo sujeta en la cabeza. Un hombre joven destacaba de todos ellos porque no era árabe, mostraba un folio en el que podía leerse en letras manuscritas: "Monsieur Bouvier". Me hizo gracia el tratamiento de señor y me acerqué a él, nos saludamos y comencé a hablarle en mi idioma pero me contestó en inglés indicándome que no hablaba la lengua de Víctor Hugo. Así es que, en adelante, nuestro medio de comunicación sería la de Shakespeare que, se quiera o no, es la más internacional de todas. No se me daba mal puesto que, paralelamente a mis estudios, la había estudiado. Se presentó como Hendrik y era ayudante del profesor Holtzmann.

Llegamos a un destartalado todoterreno cubierto con una vieja lona al tiempo que un hombrecillo sacaba medio cuerpo del motor y cerraba el capó, al parecer había estado revisándolo. Era diminuto y esmirriado, de rasgos orientales y con una sonrisa que mostraba sus grandes dientes de mula. Comenzó a hablarme en su lengua, sin entenderle una palabra, al tiempo que me cogía el equipaje y lo cargaba en la trasera del enorme vehículo junto a varios fardos y bidones. Hendrik me lo presentó, era Cheung el cocinero chino. Habían estado toda la mañana aprovisionándose de víveres y combustible en Al Jizah, pequeña población junto al aeropuerto. Hendrik se puso al volante y me invitó a sentarme en el asiento del acompañante, aquel trasto no tenía más; Cheung se acomodó entre los fardos y partimos hacia la excavación. Comenzaba mi aventura.

Salimos hacia Madaba, situada al oeste, por una carretera secundaria bien asfaltada que al bordear esta gran ciudad, famosa por sus mosaicos árabes y bizantinos, nos conducía hacia el sur. Pude observar pequeños terrenos agrícolas de secano como el trigo y el olivo. Al llegar a una pequeña población llamada Libb giramos a la derecha por otra carretera en peor estado que nos conducía en dirección sudoeste. Había parajes rocosos y abruptos por lo que la carretera tenía que atravesar pequeños desfiladeros. Hendrik conducía atento y apenas hablaba, lo comprendí pues iba pendiente de las numerosas curvas, pero de vez en cuando me miraba sonriente y me hacía algún leve comentario sobre los lugares por los que pasábamos. Tendría unos treinta años, alto, de pelo rubio y tez clara aunque podría resumir la descripción diciendo que era un alemán de "pura cepa" como suelen decir los españoles al referirse a algo auténtico y genuino. De pronto, en una de las curvas y desde nuestra posición, se divisó el Mar Muerto. Yo me había bañado el año anterior en aguas israelíes comprobando la conocida alta densidad de las mismas debido al exceso de sal y, como consecuencia, la facilidad de flotación de los que en ellas se bañan, aparte de sus muy comentadas cualidades terapéuticas por otros minerales disueltos en las mismas. Ningún animal marino puede sobrevivir en sus aguas por la citada concentración salina y de ahí su nombre. El sol comenzaba a declinar frente a nosotros y pintaba aquellas tierras de tonos encendidos de rojo, luego se escondería tras las aguas de aquel lago, mal llamado mar porque no llega a ochenta kilómetros de largo y quince de ancho, también es el lugar mas bajo del mundo. Ahora descendíamos en dirección a él. Pero ante mi

sorpresa, la carretera terminaba en una explanada. Hendrik la atravesó y siguió por un estrecho, reseco y polvoriento camino, luego sorteamos un serpenteante desfiladero. Me miró sonriente y me dijo que ya faltaba poco y que habíamos recorrido desde Al Jizah aproximadamente setenta kilómetros, más los tres o cuatro que nos faltaban por recorrer; a mi se me hicieron una eternidad. El todoterreno se deslizó por tramos llanos, diminutas colinas y mesetas. A lo lejos divisamos el campamento y el corazón comenzó a latirme algo acelerado.

Al llegar, tres hombres jóvenes y morenos se acercaron a nosotros y con un movimiento de cabeza, como saludo, comenzaron a descargar diligentemente los bidones de combustible y los fardos de víveres. Cheung les indicaba dónde debían colocar aquellos bultos. Hendrik me pidió que esperase y se dirigió a la tienda donde se encontraba el señor Holtzmann. Mientras esperaba eché un vistazo rápido al ordenado campamento que adoptaba la forma de una minúscula plaza cuadrada. En uno de sus lados se había instalado un amplio chamizo rectangular con estructura de tubos metálicos desmontables, la techumbre a dos vertientes y las caras verticales estaban cubiertas con hojas de palmeras. Contiguo a este, un gran contenedor cúbico, en él habían venido todos los materiales sobre un tráiler y en el mismo volverían al acabar la campaña. En el lado derecho dos tiendas grandes, en el izquierdo dos pequeñas y enfrente, cerrando el cuadrado, una pequeña cisterna para el agua y una tienda mediana que era la que ocupaba el director. Las tiendas pequeñas estaban ancladas con gruesos vientos de cuerda y recias estacas de madera, las grandes tenían los faldones sujetos con piedras. Todas ellas eran viejas pero de recias y resistentes lonas pintadas de camuflaje como las del ejército. A poca distancia se apreciaba una pequeña extensión mostrando las cuadrículas efectuadas en la misma. Protegida del sol, toda ella estaba cubierta con lonas de malla sostenidas con puntales de madera.

Hendrik salió de la tienda y se dirigió al cobertizo, enseguida volvió dirigiéndose hacia mí. Cuando se me acercó percibió mi contrariedad y leve disgusto por no haber sido recibido y me pidió disculpas, al parecer el profesor Holtzmann se encontraba cansado y como seguía el horario de Alemania se acostaba muy temprano; al día siguiente lo conocería. No obstante, él se ponía a mi disposición para informarme de cuanto quisiese. Luego me ofreció una de las dos bolsas de plástico que traía. Ambas contenían un bocadillo, cinco dátiles y una pequeña botella de agua. Aquella era la cena que tomaríamos mientras charlábamos dando un paseo; como Cheung no había podido cocinar, todos habían tomado fiambre.

Comenzamos a ascender por una cuesta abandonando la llanura hasta llegar a una pequeña meseta desde donde se divisaba el mar. No muy lejos pude observar algunas zonas removidas, como si ya se hubiera trabajado en ellas, pero semicubiertas por la arena. Ahora Febo se retiraba a descansar, podía mirársele de frente cosa que nadie osaría hacer en horas anteriores. Las aguas enrojecieron ofreciendo un espectáculo bellísimo como en el lienzo de Monet *Impresión sol naciente*, y cuyo título fue el origen del denostado, en un principio, movimiento impresionista; con la salvedad de que aquí el sol era poniente. Hendrik me dejó observar unos minutos y luego interrumpió mi ensimismamiento.

—¿Verdad que es magnífico? Pero tendrás tiempo de contemplar la puesta todas las tardes, también las amanecidas son impresionantes. Ahora quisiera ponerte al corriente sobre lo concerniente a la excavación y podrás preguntarme, al respecto, todo lo que consideres oportuno.

Le comenté con sinceridad que me sentía algo decepcionado, había visto el terreno cuadrulado y ya habían empezado a trabajar. También le dije que había visto poca gente, la excavación sería muy pequeña. Me contestó que llevaban pocos días, que no hacía falta mi presencia desde el primer momento pues casi todo el tiempo se había empleado en llevar a cabo los preparativos; me habría aburrido. En cuanto al personal, efectivamente, eran pocos: tres obreros, el cocinero, el profesor Holtzmann, él y yo, siete personas en total. Al parecer el profesor no quería barullos, se trabajaba más concentrado y a gusto con grupos reducidos, sin estorbarse unos a otros, reduciendo así los costos y obteniendo los mismos o mejores resultados. Mientras hablábamos caminando comíamos el contenido de la bolsa. Me indicó que se podían tirar los restos orgánicos como las pieles de frutas y huesos, los animales darían cuenta de ellos pero los plásticos, latas, vidrios y otros despojos del comedor se depositaban en un pequeño contenedor que luego sería retirado.

Las primeras estrellas comenzaban a ocupar el firmamento y decidimos desandar los dos kilómetros de paseo, mientras me informaba de otros detalles de menor importancia. Al llegar de nuevo al campamento me mostró la función de cada una de las dependencias. Mi tienda sería una de las dos pequeñas, la más cercana al cobertizo, él dormía en la otra. Una de las grandes albergaba a los tres obreros y la más próxima al cobertizo era el almacén, allí se guardaban carretillas, palas, picos, aciches, cuerdas, tablas y otras herramientas apropiadas para la excavación. El cocinero dormía en un camastro en la misma cocina. En la trasera del cobertizo había un generador de electricidad para alumbrado y un pequeño depósito de propano, cubierto con lonas, para enfriar un gran arcón frigorífico en el que se guardaban alimentos perecederos y bebidas.

—Nos levantamos antes de que salga el sol para que a las primeras claridades ya estemos trabajando, así aprovechamos las horas de más frescor, de todas formas alguien te avisará por si te duermes. Bienvenido, que descanses y hasta mañana —se despidió Hendrik mientras se dirigía a su tienda.

Descansé algo y dormí poco. Cuando oí que me llamaban, ya estaba despierto y vestido. Salí de la tienda, todavía de noche, y me encontré con Hendrik que me ofreció una diminuta palangana; me indicó que tomase agua de la cisterna para mi aseo y luego me acercase al cobertizo. Aquel espacio hacía de cocina, comedor, sala de reuniones y otras funciones. Había una mesa rectangular y un banco a cada lado para tres personas. Sobre dos grandes tableros, colocados horizontalmente sobre borriquetas plegables de madera, había algunos utensilios para limpiar piezas, también era el lugar de estudio y análisis de los materiales recogidos. Los tres jóvenes trabajadores ocupaban un banco, sentado frente a ellos estaba Hendrik, saludé a todos y me senté junto a él. Mientras tomábamos el desayuno, servido por Cheung, me los fue presentando.

—Este es Mesut, el año pasado ya estuvo con nosotros. Trabaja de camarero en la

cafetería de nuestra facultad y le gusta acompañarnos en el verano, es muy trabajador, nació en Alemania pero sus padres son emigrantes turcos por lo que también habla árabe y, aparte de pequeñas variaciones en el idioma, se entiende muy bien con las gentes de por aquí, nos ayuda como traductor. Este es Zaquib, y su hermano Rawi, son beduinos y conocen el territorio a la perfección, su familia vive en un pequeño poblado cerca de aquí y me han invitado a visitarlos, si quieres podemos ir un día que descansemos. A Cheung ya le conoces, nos es muy útil porque sabe de todo un poco, mecánica, carpintería, cocina, además de otras tantas habilidades. Ha trabajado en distintos lugares, entre ellos los pozos petrolíferos del Golfo, pero es muy inquieto y, según nos ha contado, no dura mucho tiempo en ningún sitio, aunque nos ha prometido que permanecerá con nosotros el tiempo que dure la campaña. Siempre está alegre pero afirma con sinceridad que no le interesa lo más mínimo nuestras actividades, dice que somos tontos o estamos mal de la cabeza porque buscamos cosas viejas o vasijas rotas y luego intentamos limpiarlas y recomponerlas; siendo tan fácil comprarlas nuevas en cualquiera de las tiendas que sus compatriotas tienen repartidas por todo el mundo. Habla pasablemente árabe e inglés pero cuando comenta algo en voz alta sin dirigirse a nadie, como hace con frecuencia, utiliza su lengua natal y entonces nadie le entiende.

—¿Cuál es tu misión?—pregunté a Hendrik.

—Bueno, yo también llevo a cabo actividades diversas, hago de secretario, ayudante y administrador, me encargo del personal, solicitudes, permisos de excavación y demás burocracia, amén de otros problemas que puedan surgir. Este año he terminado el doctorado en Historia General del Arte. También he sido *Hilfswissenschaftler* del profesor —cuando sonriendo terminó de pronunciar aquella palabra interminable, me aclaró— Quiero decir que he sido su colaborador o profesor adjunto desde que acabé la carrera.

—¿En qué universidad?

—En la *Freie Universität* de Berlín donde ha ejercido como catedrático de Historia, Cultura y Arqueología de Oriente Próximo. Al finalizar este curso se ha jubilado tras varios años de prórroga, pero está muy interesado en esta zona y es la tercera campaña que venimos excavando.

—¿El señor Holtzmann no desayuna? —aproveché para preguntar por él ya que lo había mencionado.

—Ya lo ha hecho y se ha marchado, se encarga de examinar el terreno.

—¿Está prospectada la zona?

—Sí, bueno... él nos va indicando dónde trabajar.

—Las zonas excavadas que observé ayer durante el paseo, han sido abandonadas —le comenté.

—Es que...—dijo con leve reticencia—. Según el profesor, carecen de interés.

Acabado el desayuno nos dirigimos al terreno entoldado dispuestos a comenzar la jornada. Las capas superficiales eran de arena arrastrada por los vientos desde el mar. Pero a medida que se excavaba aparecían estratos cenicientos y zonas ennegrecidas, como si hubieran estado sometidas a tales temperaturas que algunos puntos aparecían como vitrificadas. Raspando horizontalmente se iban retirando los materiales por capas.

Los peones llenaban las espuestas de goma con la tierra y arena extraída, las echaban en carretillas y las transportaban a cierta distancia del yacimiento.

Casi al mediodía yo me encontraba agachado en una cuadrícula en el borde del gran rectángulo entoldado. Estaba ocupado en recuperar una vasija enterrada casi totalmente y había comenzado a retirar la tierra de alrededor con una pequeña paleta. Abstraído en el trabajo no percibí su presencia, ignorando cuanto tiempo estuvo junto a mí. Al reparar en sus enormes zapatos junto a mi cabeza, levanté la vista con sobresalto y me puse en pie. Él me tendió la mano y yo hice lo mismo, sentí su fuerza y oí unas palabras atronadoras sin comprender nada. Hendrik se había acercado y nos presentó haciendo de intérprete. Me daba la bienvenida y deseaba que me encontrara a gusto en la excavación, dentro de lo que fuera posible. Yo contesté azorado dándole las gracias. Pero enseguida consultó la hora en un antiguo y labrado reloj de bolsillo sujeto a una gruesa cadena que debía ser, como el reloj, de oro; dio media vuelta y se alejó caminando parsimoniosamente con las manos a la espalda. Quedé nuevamente decepcionado pues apenas me prestó atención. Pero le observé con detenimiento. Era más alto y fornido que Hendrik, la cara colorada, nariz recta, el cabello escaso, rizado y rubio igual que sus cejas y pestañas; rubio igualmente era el enorme mostacho de guías retorcidas hacia arriba y tostado en el centro cerca del labio a consecuencia, como pude comprobar después, del humo de su cachimba de raíz de brezo primorosamente tallada en forma de cabeza de león con incrustaciones de plata. Llevaba gafas negras pero en un momento que se las quitó para limpiar sus cristales, no pude evitar un gesto de sorpresa, avergonzándome por ello: ¡era tuerto del ojo izquierdo! Además de las gafas, lo ocultaba con un parche de badana oscura, sujeto con una tira del mismo material alrededor de su cráneo. El ojo sano era de color zarco brillante, de mirada viva, penetrante e inquisidora. Vestía sahariana beige de manga corta, pantalón del mismo color hasta las rodillas, calcetines claros y zapatos de ante con suelas estriadas. Su testa la protegía del sol con un anacrónico salacot de corcho forrado en tela clara. Su presencia infundía temor y por su corpulencia, feroz aspecto y terrorífico vozarrón, pronto convine en llamarle, para mis adentros naturalmente, Polifemo, aquel Cíclope antropófago y sanguinario que se cobró la vida y cuerpos de algunos hombres de Odiseo en su atribulado y largo viaje de retorno a su querida Ítaca, tras la guerra de Troya. Pronto tuve ocasión de comprobar su fiereza...

En la jornada siguiente cuando me disponía a realizar unas fotos de las cuadrículas donde me encontraba trabajando oí un tremendo bramido de advertencia. Al levantar la cabeza el Cíclope me hacía señas desde cierta distancia. Rápidamente Hendrik se acercó a mí para disculparse por no haberme advertido que el profesor tenía prohibido terminantemente tomar fotos de nada. Solo podía utilizar la cámara si me alejaba de aquella zona. Todo el calor y sudor de mi cuerpo, que no eran pocos, se concentraron en mi cara pensando que por momentos me iba a estallar. Hendrik me dio varias palmadas de ánimo en la espalda y me dijo que siguiera trabajando, aquello no tenía importancia.

Pasaron algunos días durante los cuales fueron aflorando materiales interesantes. Vasijas rotas y enteras, algunas de las cuales contenían cereales de aspecto

carbonizado y que según me comentó Hendrik, de un tiempo aún sin determinar pero dentro del periodo Neolítico. También descubrimos algunos objetos de bronce como anillos, fíbulas y hebillas de cinturón, algunas parecían estar deformadas por el calor o envueltas en una costra cenicienta. Todo lo encontrado pasaba por las manos del Cíclope y era examinado con su ojo de águila para lo cual utilizaba una gran lupa. Luego en su cuaderno de campo dibujaba las piezas, con exactitud y sin necesidad de utilizar el conformador de vasijas. No dejaba acercarse a nadie, excepto Hendrik, a su tablero de trabajo situado en un rincón. Pero mi curiosidad me hacía observar con interés cuando pasaba cerca de él. Sobre el mismo, además de algunas piezas, tenía una pequeña y vieja Biblia con el lomo de cuero rojo y letras doradas, estaba muy desgastada por el continuo uso que de ella hacía. Entre las hojas había colocado muchas tiras de papel que asomaban con una señal; de esta forma se dirigía directamente a la parte que quería releer de nuevo. Cuando salía a explorar siempre la llevaba en un bolsillo para consultarla una y mil veces, anotando quién sabe qué en los bordes de las hojas con un lápiz. Pero además pude ver tres o cuatro libros extraños y antiquísimos además de varios pergaminos agrietados que también consultaba. Cualquier librero especializado le hubiera ofrecido una fortuna por aquel tesoro. Cuando se retiraba a su tienda, recogía todo y lo llevaba consigo. Si en algún momento estaba ocioso, cosa rara, tomaba su bloc de apuntes y dibujaba a los peones en actitudes de trabajo. Bocetos magníficamente realizados a vuelapluma, podía reproducir una cara con solo echarle un vistazo, su mente era como una cámara fotográfica y como ésta, él también tenía un solo objetivo, un solo ojo. Además plasmaba en el papel los magníficos paisajes de aquel singular entorno. Podría haberse ganado la vida como un excelente dibujante. Pero no dejaba a nadie ver sus trabajos, aunque pude admirarlos detenidamente días después... Igualmente yo también dibujaba cuando podía, casi los mismos temas que el Cíclope.

¡Cuánto hubiera podido aprender de aquel hombre! ¿qué cosas o aficiones tendríamos en común? Pensé que muchas; pero no fue posible. Era esquivo, intratable, huraño, hosco e inaccesible. Podría haberle admirado pero comenzó a caerme antipático y a veces pensé en abandonar el trabajo y marcharme. Por el contrario llegué a tener verdadero afecto a Hendrik que sentía lo mismo hacia mí. En nuestros paseos vespertinos yo le comunicaba mi parecer pero él lo disculpaba siempre.

—No es tan malo como parece —me decía—. Y creo que no debes juzgar a nadie por su apariencia, ya le conocerás mejor.

—Creo que ya le conozco, se comporta como un ogro insociable, nunca me dirige una palabra, me ignora, es como si yo no existiera. Si no fuera por ti ya me habría marchado.

—No digas eso François, te repito que no le conoces, él es así, es su carácter, pero no es mala persona.

—No lo demuestra. Y por otra parte, yo vengo a colaborar pero también a aprender y él no parece estar dispuesto a enseñar nada. Es un avaro de sus conocimientos.

—Pero si es igual, ¿acaso no te informo?, yo te enseño todo lo que él me comunica.

—Pero no es lo mismo...

—Mira, si quieres ignórale tú también —me decía Hendrik para animarme mientras nos dirigíamos, tras nuestro paseo, al campamento.

Y a pesar de mi rechazo hacia el Cíclope, seguía viéndolo un personaje interesante, misterioso que suscitaba mi curiosidad. Era el primero en levantarse, lo hacía siempre de noche y tras desayunar, solo, se marchaba para regresar, a veces, al medio día. Desde el techado yo le veía solitario en la lejanía y observaba sus movimientos. Vagaba por las colinas como un Moisés en el desierto. Unas veces miraba a través de los prismáticos y anotaba en su cuaderno de campo completando las observaciones con dibujos, otras consultaba la sobada Biblia. Siempre llevaba una vara con punta de acero en el extremo inferior, a guisa de pequeña lanza. En ciertas zonas se arrodillaba en el suelo y lo palpaba, o daba fuertes pisotones como si comprobara su consistencia; también clavaba la vara profundamente en la arena auscultándola, como si buscara algo... En ocasiones hacía señales luminosas con un espejo y rápidamente Hendrik se dirigía hacia donde él se encontraba con una pala en la mano, excavaba un poco en el terreno y volvía al yacimiento sin hacer ningún comentario. Luego regresaba el Cíclope y traía la cara roja como una cereza, sudando por todos sus poros. Sólo Hendrik charlaba con él, en una ocasión pude observar por parte de este un gesto inusual que a mí me pareció un tanto familiar, instintivamente había pasado su pañuelo por la frente de Polifemo.

Con el paso de las jornadas y a pesar de que el yacimiento estaba dando buenos resultados, el Cíclope parecía no estar conforme con lo descubierto, como si aquello no fuese lo que él quería. Comencé a intuir que buscaba otra cosa... Se mostraba impaciente, nervioso y de pésimo humor, gruñía o gritaba por cualquier nimiedad. Una mañana se presentaron dos periodistas para recabar información y los ahuyentó a pedradas mientras les daba grandes voces. Hendrik, sumamente paciente con él, le tranquilizaba. Los hermanos Zaquib y Rawi se asustaban con sus gritos, sin embargo, cosa que me extrañaba, Mesut sonreía por lo bajo, no le daba importancia, como si estuviera acostumbrado a aquellos accesos de ira.

Un domingo por la mañana fuimos a bañarnos al mar. En el campamento quedó Polifemo y Cheng, este lavaba la ropa de los dos. Los demás hacíamos cada uno nuestra colada cuando lo considerábamos oportuno, al acabar la jornada. A mediodía nos dirigimos al cercano poblado de los beduinos que nos habían invitado a comer. Era una pequeña agrupación de casas pintadas de varios colores. En una estancia con suelo de arena y cañizo en el techo nos sentamos en unos poyos adosados a lo largo de las paredes. En cuencos colgados del techo tenían algunos alimentos. Al parecer a esa altura no llegan volando las moscas. Nos obsequiaron con chuletas de cabrito aderezadas con hierbas aromáticas del desierto, queso de sus cabras, varias frutas, dátiles y miel, también unas tortas de harina que los días de fiesta ellos mismos cuecen en un horno de arcilla. Luego nos sirvieron un té con hierbabuena cuya exquisitez y aroma nunca olvidaré y por el cual me aficioné a tomarlo dejando de lado el café. Pudimos comprobar la proverbial hospitalidad de estas gentes sencillas.

Zaquib y Rawi tenían dos hermanos mayores que trabajaban en Petra con sus caballos para trasladar a los turistas. Maryam, la hermana pequeña, era bellísima, de

unos diecisiete años, pelo y ojos de azabache. Lanzaba miradas furtivas a Mesut y este le correspondía con una sonrisa. Los padres eran muy mayores y el abuelo más aún, al parecer cumpliría dentro de poco ciento tres años. Era menudo, enjuto, de barba blanquísima, de ojos pequeños y escrutadores y una mente muy lúcida para su edad. Vestía chilaba y se tocaba con el hatata de cuadritos rojos y blancos. Se acercó a nosotros y comenzó a hablarnos. Mesut traducía al alemán y Hendrik me lo comunicaba en inglés. Nos habló de sus hábitos ancestrales, de la vida al aire libre a merced del sol y del viento y de cómo con el tiempo fueron perdiendo sus costumbres nómadas de trasladar los ganados de acá para allá y plantar sus tiendas de pieles donde más les acomodara, como hicieran en aquellas tierras los pastores bíblicos. Luego, cambió de tema y nos dijo que él conocía al “Hombre Gigante”. Cuando salía en busca de leña o a apacentar las cabras lo veía caminando por los llanos, colinas y dunas. Pero siempre lo veía de lejos, nunca se atrevió a acercarse a él, le causaba un gran respeto y casi temor. De pronto se puso muy serio, enigmático, y sin mirar a nada ni a nadie dijo con la vista perdida:

—Escudriña y mira incansablemente... Y yo sé porqué... Pero no debería hacerlo, podría acarrear...

Noté inmediatamente en Hendrik un estremecimiento, se puso tenso y muy pendiente de lo que decía el anciano.

—No debería encontrarse con...

Y pronunció una palabra que Hendrik no me tradujo, este interrumpió al anciano casi con descortesía.

—Lo siento pero se nos hace tarde, tenemos que marcharnos, muchas gracias por la hospitalidad que nos han brindado, tal vez volvamos en otra ocasión.

Mesut les tradujo aquella fórmula de agradecimiento y despedida y dijimos adiós a aquellas gentes acogedoras. Guardé en mi memoria la palabra con intención de averiguar su significado.

Al día siguiente Hendrik se mostró esquivo conmigo dando muestras de estar muy ocupado, tal vez no quería que yo le preguntase sobre la visita al poblado y la conversación con el anciano beduino. Aprovechando su actitud, cuando se encontraba en el almacén, me dirigí a la cocina para preguntar a Cheung en inglés qué podría significar aquella palabra. Se la pronuncié varias veces con algunas variaciones. Al final Cheung, titubeando, dijo que podría significar mujer, ama de casa, hembra, u otra cosa, pero no estaba seguro. Tales explicaciones no me aclararon nada y aumentaron mi confusión. Por otra parte, estaba yo descubriendo en Hendrik nuevos gestos de familiaridad hacia Polifemo e incluso llegué a pensar si no serían parientes. En un boceto que hice de Hendrik de memoria, le resté pelo del cráneo, le puse un bigote retorcido y le coloqué un parche en el ojo izquierdo... No era muy bueno el apunte pero mis sospechas fueron más reales, y confirmando éstas cuando en otra ocasión, tras el desayuno, sacó un reloj de bolsillo para consultar la hora y ¡resultó ser el del profesor! Ante mi mirada insistente, lo guardó con rapidez, se levantó y se dirigió a la zona de excavación.

Por la tarde me aproximé a él para charlar, como hacíamos siempre, sobre los

resultados de la jornada. Así lo hicimos pero enseguida fui al grano.

—Hendrik, —le dije muy serio—. Pienso que por nuestra incipiente amistad y cierto grado de confianza, que creo nos profesamos, no merezco que se me oculten algunos aspectos que no tengo muy claros.

—Tú dirás —me contestó con sonrisa forzada—. Aunque me esperaba que en cualquier ocasión quisieras preguntarme sobre esos aspectos.

—Bien, aunque no sea de mi incumbencia, ¿qué parentesco te une al profesor?

—Es mi tío, mi tío Hendrik —contestó con rotundidad al cabo de pocos segundos.

—¿Por qué me lo has ocultado?

—No me lo preguntaste y no lo consideré necesario ni de interés para ti.

—¿Por nada más?

—Bueno... para serte sincero también pensé que si me identificaba no querías intimar conmigo, oculté mi relación familiar para que te sintieras más a gusto y pudieras contarme libremente tus opiniones, de otra forma no te habrías mostrado tan abierto. En años anteriores, dado el carácter del profesor y sabiendo mi parentesco, los jóvenes estudiantes colaboradores se mostraban reticentes, por si yo transmitiese a mi tío lo que comentaban de él. De esta forma no tenía a nadie con quien departir exceptuando, claro está, al profesor; me sentía algo solo. Ni tú me hubieras mostrado tus quejas sabiendo que era sobrino de Polifemo.

—¿Cómo dices?, porque...

—En una ocasión —comentó sonriente—, refunfuñaste lo suficientemente alto y claro para que yo entendiera lo que decías.

—Perdona yo... ¿no le habrás...?

—No te preocupes, no le he dicho nada y aunque te parezca imposible quizás le hubiera hecho gracia. Bueno, ¿qué más quieres saber? —y volvió a ponerse serio.

—Pues verás —le expuse con franqueza—. Referente a la excavación... Vengo observando a tu tío, quiero decir al profesor. Se comporta de una manera extraña, parece no estar interesado en los resultados obtenidos. Le veo nervioso, irascible, como si no encontrara lo que realmente busca, va a la deriva, no espera a realizar ninguna cata o trinchera, escarba aleatoriamente; en fin, actúa sin reglas de ningún tipo. No quiero pasarme de listo pero he llegado a la conclusión de que los trabajos en nuestra excavación, lo mismo que las zonas abandonadas, son la excusa o pretexto para encontrar algo que no logro imaginarme...

Se hizo un denso silencio entre nosotros. Hendrik, casi siempre sonriente, se puso serio como nunca lo había visto, su cara parecía tallada en piedra. Pasaron unos segundos interminables e intentando recobrar la sonrisa, dijo:

—Eres muy inteligente François, y por eso sabía que esta situación no duraría mucho más tiempo, pero... no puedo...

—¿Que no puedes? Mira, los peones ganan un sueldo y les da igual lo que se descubra, pero yo no soy uno de ellos sino un estudiante, tengo derecho a saber en qué estoy colaborando. No quiero ser comparsa en una excavación cuyos fines desconozco. Por eso, Hendrik, quiero hacerte dos preguntas muy claras y concretas. ¿Qué quiso decir el viejo beduino? ¿Qué busca realmente tu tío con tanto afán?

Tardó bastante tiempo en contestarme, como si le costara horrores darme una respuesta. Y al fin habló.

—Mira François, podría darte rodeos, o pretextos, pero no voy a hacerlo porque no mereces que te mienta y sería inútil. Comprendo tu extrañeza y desazón por ciertas actitudes, pero a pesar de que puedas retirarme tu confianza, tu amistad y tu afecto, voy a decirte que no tengo respuesta que darte, mejor dicho, no puedo dártela. Me costó mucho arrancar a mi tío el secreto de su búsqueda. Tras insistir y amenazarle con no acompañarlo en esta campaña, me reveló sus intenciones. Pero con una dura y severa condición: que no dijera a nadie el propósito final de la excavación. Se lo prometí y cumpliré mi palabra, mi tío se merece eso y mucho más. Por otra parte, si te dijera la verdad la creerías aún menos. Por ahora solo puedo esperar que confíes en mí, te ruego tengas paciencia. Pronto daremos con el objetivo y entonces lo sabrás todo, te lo prometo. Él está seguro de que estamos muy cerca, lo intuye, lo percibe... y yo le creo.

—Me dejas peor de lo que estaba pero entiendo que quieras mantener la palabra dada a tu tío —acepté resignado mientras continuábamos el paseo.

Al medio día siguiente y antes de la comida, estaba realizando un boceto de Cheung mientras colocaba la mesa. Vi como se aproximaba el Cíclope acompañado de Hendrik. Ambos habían estado parte de la mañana investigando cerca del campamento. Polifemo, ante mi sorpresa, venía hablando muy alto como de costumbre pero no gruñía, al contrario, sonreía con Hendrik. Traía en bandolera la mochila donde guardaba su bloc de dibujo, cuaderno de campo y otras pertenencias. No se dirigieron a la mesa del Cíclope sino a donde yo me encontraba sentado. Cerré mi bloc y me puse en pie algo nervioso. Polifemo señaló con el dedo mi cuaderno.

—Darf ich sie sehen?

Tras unos segundos miré a Hendrik, este sonreía viendo mi apuro.

—Dice que si puede ver tus dibujos.

Tragué saliva, aguanté la mirada de su ojo inquisidor y señalando a su mochila le contesté:

—Puede verlos con la condición de que me deje ver los suyos.

No supe si entendió mis palabras pero comprendió mi gesto porque, sonriendo, abrió la mochila, sacó el bloc y me lo entregó. Yo hice lo mismo con el mío. Observó mis dibujos con detenimiento e igualmente hice yo con los suyos. De pronto, lanzó una carcajada de sorpresa al observar un boceto en el que yo le había dibujado mientras él tomaba apuntes. Me indicó que hojease su bloc hasta llegar a un dibujo en el que él me había tomado en la misma actitud. Cuando terminó de verlos todos me entregó el bloc mientras me decía, según Hendrik.

—Son muy buenos.

A lo que yo contesté al entregarle el suyo.

—Los de usted son mejores.

Luego se marchó hacia su tienda. Hendrik se quedó con nosotros para comer, lo miré interrogativamente y me contestó con una sonrisa que decía mucho. El motivo del cambio de actitud del Cíclope no podía ser otro que la conversación que Hendrik habría mantenido con él después de la que nosotros sostuvimos la tarde anterior. Y nos

dispusimos a comer lo que Cheung nos había preparado aquel día. No podía decirse que fuese un gran cocinero pero con los medios de que disponía, sus platos era bastante aceptables. Charlamos durante la comida sin sospechar que muy pronto daríamos con el hallazgo tan esperado por el Cíclope Polifemo, quiero decir por el profesor Hendrik Holtzmann.

Transcurridos dos días de este hecho y tres semanas de excavación, a hora muy temprana me alejé del campamento. El disco rojo comenzaba a desperezarse emergiendo entre dos colinas impregnando de tonos calientes aquellas tierras. Mi intención era realizar las lógicas necesidades naturales, para lo cual disponíamos de todo el territorio. Eso sí, portando siempre una pequeña pala ya que el profesor tenía prohibido totalmente dejar señales de nuestras evacuaciones, no quería verlas cuando deambulaba por los alrededores, aun cuando las altas temperaturas descomponían rápidamente toda materia de desecho. Subí a la pequeña meseta, cercana al campamento y me agaché tras un macizo de arbustos espinosos, cuando hube acabado me dispuse a tapar mis residuos metabólicos. Estaba en ello cuando percibí un ruido a dos metros en el borde de los arbustos y me acerqué para inspeccionar. Hurgué con la pala entre las ramas y... lancé un grito de terror al tiempo que saltaba hacia atrás como un resorte y se me erizaban los pelos del cogote: una serpiente erguía su cabeza amenazante, o al menos a mí me lo pareció. Quedé muy quieto y en guardia, tratando de sobreponerme mientras observaba que el reptil tenía algo en la boca a medio tragar. Quizás asustado por mi presencia comenzó a expulsar aquello que resultó ser un roedor y cuando acabó de hacerlo emprendió una zigzagueante huida entre las matas por el extremo opuesto a donde yo me encontraba. Al parecer estos animales cuando se encuentran en tal situación, se sienten indefensos con la boca ocupada y actúan como lo hizo aquél. Después el Cíclope me informó que aquel reptil no muy grande, sí era altamente venenoso. Cuando me tranquilicé totalmente, me aproximé al sitio donde había visto a la serpiente. Descubrí un pequeño agujero que agrandé con la pala, y cuando había escarbado unos treinta centímetros de profundidad la herramienta dio con un suelo duro. Despejé una pequeña superficie pétrea y comprobé que ésta se extendía por debajo de los arbustos. Continué cavando y de pronto caí en la cuenta de que estaba actuando solo, que debía comunicarlo, además tenía miedo de que saliera otro repelente reptil como el anterior. Corrí al campamento y dirigiéndome a Hendrik le comuniqué lo que había descubierto. El Cíclope, que no había salido aquella mañana, se acercó a nosotros al advertir mi excitación. Tomaron sendas palas pequeñas y los tres nos dirigimos al lugar. Yo había cogido de la mesa de trabajo una gruesa brocha de cerdas y otra más pequeña de pelo muy suave. Una vez allí comenzamos a arrancar los arbustos cuyas raíces no eran muy profundas porque la superficie dura les había impedido crecer hacia abajo. Pero los tres recibimos múltiples pinchazos de aquellas plantas resacas y con púas. Ayudados de las palas retiramos la arena y tierra de aquella zona y luego terminé de limpiar con la brocha de cerdas. En media hora teníamos ante nosotros cinco placas de piedra de un metro de largas y de distinta anchura y grosor. Habían sido colocadas unas junto a otras como las teclas de un piano y ocupaban una superficie aproximada de dos metros y medio por uno. Sus formas eran irregulares y no

mostraban señal alguna de haber sido modificadas con herramientas de cantería. El Cíclope se reprochaba no haber dado con las placas, había pasado muchas veces por aquel lugar pero los arbustos espinosos habían crecido encima y le habían despistado totalmente. Luego tío y sobrino comenzaron a discutir, el Cíclope me miraba, movía la cabeza negativamente y gritaba: «¡Nein! ¡Nein! ¡Nein!»). Enseguida comprendí que pretendía que me marchase de allí, no quería que yo estuviese presente en lo que acaecería después. Pero Hendrik que nunca le había contradicho se le enfrentó enérgicamente, como nunca lo habría imaginado, y al final Polifemo, de mala gana, aceptó mi presencia.

Comenzamos a levantar las placas con algún esfuerzo y las volteamos a varios metros para que no estorbasen. Recibimos otro pequeño sobresalto cuando varios roedores saliendo debajo de las piedras y huyeron a toda velocidad. Entonces supe dónde había cazado la serpiente su presa. Cuando acabamos quedó al descubierto una especie de fosa cuyas dimensiones interiores eran de un metro y noventa centímetros de longitud por ochenta centímetros de anchura. Había sido construida con piedras de distintos tamaños sin ningún tipo de argamasa. Encontramos ramillas, pequeñas hojas, plumas, diminutos excrementos y otros materiales que formaban parte de lo que eran o habían sido varios nidos de roedores. Pero cuando retiramos todo aquello la fosa parecía estar ocupada por arena. Polifemo se mostraba nerviosísimo, como si supiese con certeza que allí se hallaba lo que había buscado durante tanto tiempo. Hendrik le aconsejó que se mantuviese a un lado y se tranquilizase aunque él también daba muestras de excitación. Pero se negó a ello arrodillándose con nosotros al borde de la fosa. Con sumo cuidado comenzó a pinchar con la hoja de una pequeña navaja por la costra de arena mezclada con tierra. Cuando retiramos esta capa raspando horizontalmente con una pala comenzó a aparecer arena muy fina y limpia. El profesor nos indicó entonces que solo utilizásemos las manos. Comenzamos a hundir los dedos en la arena para sacarla poco a poco. De esta forma el tiempo se nos hacía interminable pero había que obrar con sumo cuidado por si topábamos con algo. Habíamos retirado veinte centímetros de espesor y parecía que la fosa solo contendría arena hasta su fondo. De pronto lancé un grito, mis dedos habían palpado algo duro. Seguimos trabajando con más rapidez y al fin, en el centro de la fosa, apareció una superficie blanca. El Cíclope tenía las ropas empapadas y no por el calor que ya comenzaba a hacer. Tembloroso, la arena se le escurría entre los dedos y no fue capaz de continuar. Lo hicimos Hendrik y yo, y al cabo de no sé cuánto tiempo teníamos ante nosotros un hallazgo insólito, espectacular, asombroso e inconcebible, al menos para mí... Pero no para el profesor porque esto era precisamente lo que buscaba. No se trataba de una momia o esqueleto, cosa que hubiese sido normal en lo que parecía ser un enterramiento, ¡era una escultura! ¡una estatua! ¡la figura de una mujer!

El profesor, inmerso en un extraño estado de excitación, reía estentóreamente, como un niño o un loco. Con suma delicadeza, acariciaba las superficies, con cuidado extremo le pasaba la brocha de pelo suave por el rostro para retirar los mínimos restos de arena. Le hablaba como a una persona de carne y hueso y no de piedra.

—Meine Dame, ich habe Sie so lange gesucht! —según Hendrik: «¡Señora cuanto

tiempo buscándola!»

Luego noté el cambio de modulación... Pronunciaba, para sí, palabras raras e incomprensibles, Hendrik me dijo en voz baja que él tampoco entendía lo que estaba diciendo porque utilizaba una lengua que podría ser hebreo antiguo.

Y mientras el profesor andaba totalmente abstraído con la estatua, comenté a Hendrik:

—Era esto lo que buscabais, ¿verdad?

—Efectivamente, he aquí el secreto, ya te dije que en su momento te enterarías.

—Así es, pero... recuerda las palabras del anciano beduino, ¿por qué intuía lo que buscaba tu tío?

—Quizás no lo sepamos nunca, le comenté aquella conversación y me dijo que él también le había visto en alguna ocasión pero nunca había hablado con el anciano, no obstante consideró la posibilidad de hacerlo como última baza en la búsqueda, aunque creo que ya no será necesario. De todos modos te diré que en términos arqueológicos hay muchos hallazgos por descubrir pero fuera de ámbito, el mayor de ellos está en la mente humana. Hay personas con extrañas cualidades perceptivas, el abuelo de Zaquib y Rawi podría ser una de ellas, mi tío seguro que lo es.

—Pero, —pregunté impaciente—. ¿Porqué habéis llevado la búsqueda tan en secreto? ¿porqué en estos lugares? ¿qué representa esa escultura? ¿cómo sabía tu tío que...?

—Alto, alto, François, más despacio —me interrumpió Hendrik—. Todo a su tiempo, lo importante es que la hemos encontrado. Debemos trasportarla al campamento, estudiarla y poco a poco te irás informando, posiblemente lo que viene a continuación pudiera sorprenderte muchísimo más que el propio hallazgo... Nuevamente te pido tengas paciencia, aún no estás preparado.

El Cíclope nos interrumpió y nuevamente comenzaron a discutir, él pretendía mantener en absoluto secreto el descubrimiento, no quería que lo supieran los peones y el cocinero. Hendrik tuvo que convencerlo de nuevo. Necesitábamos ayuda ya que la figura, de tamaño natural, no podríamos manejarla entre los tres. Una vez descubierta, mantener el silencio tenía menos importancia, ya estudiarían cómo actuar. Al fin se conformó y yo me acerqué al campamento para contar lo sucedido. Recogimos unas mantas de las tiendas y marchamos en el todoterreno conducido por Cheung. Cuando los peones vieron la escultura la miraron con suma atención y curiosidad, incluso el chino a pesar su proverbial desinterés por nuestro trabajo.

Para sacarla de su emplazamiento, los tres peones se colocaron a un lado de la fosa y en el opuesto Hendrik, Cheung y yo; Pero el diminuto chino poco podía hacer. El Cíclope apartó al pequeño cocinero y ocupó su lugar; de esta forma, las fuerzas quedaron equilibradas y aunándolas, fuimos sacando la figura fuera de su emplazamiento para depositarla horizontalmente en el suelo encima de las mantas. Los peones terminaron de retirar la arena que todavía quedaba en la fosa. Aún tuvieron que profundizar hasta veinte centímetros para dar con el fondo, este se encontraba cubierto de losas pequeñas e irregulares, la figura había estado preservada en toda su superficie por un envoltorio de arena. Pero no se encontró nada más. A continuación se colocó el

todoterreno a los pies de la escultura, ésta se cubrió con mantas y Cheung ató unas cuerdas alrededor. La depositamos con mucho cuidado y no poco esfuerzo en la caja del vehículo que previamente se había cubierto con arena y mantas. Hendrik condujo hacia el campamento con la lentitud que le permitía el motor para evitar los posibles golpes o vaivenes, y al fin lo detuvo en la puerta del almacén. Entre todos introdujimos la estatua en el interior. Habían transcurrido casi tres horas desde mi encuentro con la serpiente y aún quedaba mucha mañana.

Hendrik ordenó a Mesut retirar el todoterreno de la puerta del almacén y junto con Zaquib y Rawi limpiar bien de arena la caja del vehículo. Hendrik y yo nos dirigimos al cobertizo para recoger mi bloc de dibujo y su cámara fotográfica, Cheung se quedó desatando las cuerdas que había atado para sujetar las mantas a la estatua. Polifemo se unió a nosotros en el cobertizo tras recoger los útiles de dibujo en su tienda. Yo no podía hacer fotos porque la prohibición seguía vigente y ahora más, solo se me permitía tomar algunos apuntes de la estatua. Descansamos unos minutos mientras tomábamos unos sorbos de agua y volvimos al almacén. Cheung había retirado las cuerdas y descubierto la escultura. Hendrik comunicó a los peones que podían retirarse a descansar, posiblemente no se trabajaría en la excavación el resto de la jornada. A Cheung le comunicó que preparase la comida y, para celebrar el hallazgo, podía salirse del presupuesto con algo especial. Los cuatro marcharon contentos al cobertizo.

No sé cuánto tiempo nos mantuvimos en absoluto silencio contemplando la belleza de aquella escultura. La luz que penetraba por una de las ventanas cubiertas de plástico transparente, modelaba con toda nitidez los claroscuros de sus volúmenes, mejor que a plena luminosidad. Comencé a dibujarla tratando de describir sus formas en mi cuaderno. Acostumbrado a las cientos de estatuas clásicas del Louvre, nunca vi ninguna realizada con tal realismo, tampoco pude situarla en una época determinada.

Su altura sería de un metro sesenta centímetros. Se cubría con una vestimenta hasta los pies, encima una túnica por las rodillas, ambas ceñidas con un cordón y calzaba sandalias. Cubría la cabeza con un gran velo que sujetaba con la mano derecha para pegarlo alrededor de la cara. No sabía la edad que representaba, ni muy joven ni mayor. Pero lo que me atrajo de aquella estatua fue el enigma de su rostro. ¿Qué encerraba aquella mirada?, ¿Sorpresa, miedo, pasmo, asombro, incredulidad? Quizás una mezcla de todo.

Llevé a cabo varios dibujos sin llegar a plasmar todos los detalles porque hubiera requerido mucho tiempo, aunque me interesaba más captar lo enigmático de aquel rostro, cosa que no logré del todo. Hendrik había tomaba fotos desde distintos ángulos. No quería interrumpirlo pero en un momento que me miró sonriente, le pregunté sobre el material empleado para esculpir aquella estatua. Modulando su sonrisa me devolvió la pregunta y me invitó a que yo, por mi experiencia en el Museo, me pronunciase al respecto. Me sentí cohibido ante la presencia del profesor pero este continuaba dibujando en su bloc ajeno a nosotros. De manera que comencé a dar mi opinión aún cuando mis conocimientos de Geología no eran muy extensos.

Habría que tener en cuenta que cualquier material pétreo expuesto a la intemperie o enterrado, incluso envuelto en arena como encontramos la estatua, puede sufrir, por

distintos motivos y con el paso del tiempo, cambios superficiales de color e incluso textura, y al parecer en el caso de la estatua el tiempo transcurrido era mucho. Por lo tanto su aspecto no sería el mismo que cuando se esculpió y podría entorpecer el diagnóstico a simple vista. No obstante habría experimentado pocos cambios debido a la ausencia de humedad del terreno y su envoltura de arena seca. Por su apariencia podría haber sido labrada en mármol blanco, también alabastro o algún tipo de piedra caliza clara. De menor densidad son la esteatita, calcita o selenita, pero por la naturaleza de estas piedras, no hubiera sido posible conseguir un bloque sano de las dimensiones de aquella escultura para su realización. En definitiva no sabía exactamente de qué clase de piedra podría estar hecha aquella escultura que por otra parte tampoco había tocado. Estas últimas palabras las pronuncié con cierto énfasis, mientras gesticulaba con las manos como si intentara tocar la estatua. El Cíclope, que ya atendía a mis explicaciones, me miró con fijeza y movió levemente la cabeza hacia abajo, de manera afirmativa. Miré hacia la estatua, luego a Hendrik, y este, sonriente como siempre, me hizo el mismo gesto que su tío. ¡El Cíclope me daba permiso para tocarla! Algo turbado extendí mis manos y palpé aquella superficie sedosa, sentí una extraña y agradable sensación de calidez y no la frialdad de la piedra o el mármol, quizás se debía a que el calor del mediodía se iba adueñando del ambiente. Pero enseguida Polifemo levantó una mano y comprendí que debía retirarme de la escultura. Hendrik me indicó que habría tiempo de averiguar más cosas de ella y que debíamos abandonar el almacén. También me comunicó, muy divertido por mi sorpresa, que su tío comería con nosotros.

En principio todos estábamos algo cohibidos con la presencia de Polifemo, pero enseguida el ambiente se distendió. Con el hallazgo, el Cíclope estaba contento y nos sorprendió con alguna broma. Cheung le secundaba haciendo divertidos comentarios. Estaba pletórico porque a todos nos encantó su comida. Nos había preparado, para comenzar, crema de tomate. Después lonchas de berenjena zanahoria, calabacín, cebolla y espárragos, todo a la plancha y aderezado con sal gorda. Y como plato fuerte, cordero asado aromatizado con hierbas y toques de sal y miel. Tanto las verduras como la carne tenían un sabor especial, muy exquisito. En los postres no pudo lucirse, ateniéndose a las existencias: piña y pera en almíbar y los consabidos dátiles, eso sí, muy grandes y dulces. A cada plato, todos aplaudíamos a Cheung que con las palmas de las manos juntas inclinaba la cabeza y sonreía divertido mientras pronunciaba repetidamente una frase que nadie entendíamos.

Acabada la comida y un poco de sobremesa, Hendrik envió a Mesut y Rawi a fregar los cacharros y a limpiar y ordenar la cocina porque Cheung iba a realizar otro encargo. Ayudado por zaqib debería hacer un embalaje para guardar provisionalmente la estatua. El polivalente chino se puso manos a la obra para construir la envoltura de madera cuyas dimensiones deberían exceder en quince centímetros todas las correspondientes a la escultura. En los espacios sobrantes se introducirían materiales aislantes para preservarla de roces o golpes. Al anochecer Cheung terminaba el trabajo a falta de la tapa que construiría al día siguiente. Había preparado un sólido cajón cuyas gruesas tablas de cantos bien ajustados había reforzado con travesaños claveteados transversalmente. Colocado en horizontal en un rincón del almacén se cubrió su fondo

con una gruesa capa de hojas de palmera y sobre ésta una manta doblada. Y como si de un cadáver muy pesado se tratase, la estatua fue depositada en el interior de aquel recio arcón.

El sol se había escondido en el horizonte sin ser visto porque el cielo estaba nublado, pero lejos de hacer menos calor, era sofocante. Cheung solo tuvo tiempo de preparar una sopa de verduras con un sabor especial, muy bueno. Al retirarnos a descansar soplaban una ligera brisa, los hermanos beduinos comentaron que era muy probable que lloviera durante la noche, ellos lo percibían.

No sé cuanto tiempo estuve pensando en el hallazgo, en la escultura, en su mirada. Al fin tuve una idea descabellada. Me levanté en silencio, asomé la cabeza al exterior y no percibí movimiento alguno. Descalzo me dirigí al almacén, el sonido de mis pasos apenas se oían amortiguado por la arena. Una vez dentro encendí la linterna de la que me había provisto y me arrodillé junto a la estatua. Proyecté el haz luminoso sobre la superficie y sus rayos penetraron hasta cierta profundidad como en el alabastro o el mármol pentélico. Con sumo cuidado, como si fuera a dañarla, pase las yemas de mis dedos por aquella figura, totalmente abstraído. De pronto noté una mano sobre mi hombro... Recibí tal impresión que se me hizo un nudo en la garganta impidiéndome gritar. Volví la cabeza aterrado pero la luz de una linterna cegó mis ojos mientras pensaba que Polifemo me había descubierto. Pero cuando pude reponerme del susto y la ceguera comprobé que era Hendrik, había tenido la misma idea que yo. Le reproché su excesivo sigilo y continuamos por unos momentos observando la enigmática escultura. Enseguida Hendrik dijo que nos marchásemos por si su tío se despertaba y nos descubría, quizás se enfadara por nuestra visita furtiva. Como apoyando su decisión, comenzaron a caer gruesas gotas que ampliaban el sonido al estrellarse en el techo de lona. Rápidamente nos retiramos a nuestras tiendas.

Un fuerte viento comenzó a soplar, se produjo un gran destello e inmediatamente un seco y potentísimo trueno estremeció el suelo, la tormenta estaba encima de nosotros. Supuse que el campamento se había despertado, efectivamente vi como en las tiendas todos estaban pendientes de la lluvia que arreciaba cada vez más. Y como si se hubiesen desatado todas las furias del averno, sobrecogedores relámpagos cubrían la zona de luminosidad cegadora, acompañados de los horribles e interminables bramidos de los truenos. El viento soplaban con suma violencia, la puerta del almacén se removía como si tuviera vida propia, no la habíamos amarrado al salir porque no imaginamos lo que ocurriría. Unas veces se pegaba como una ventosa empujada por el viento y otras se levantaba violentamente. Al final fue arrancada y desapareció como una hoja otoñal. Libre el hueco de entrada, el almacén comenzó a inflarse como un castillo infantil hinchado por una bomba de aire. Y en una de las arremetidas el potente vendaval arrancó con violencia la gruesa y pesada lona que salió volando como un horrible y gigantesco murciélago, envuelto en la lluvia y la oscuridad de la noche. Inmediatamente pensé que nuestras tiendas correrían la misma suerte. Pero tras mi temor, quizás Eolo se cansó de fustigarnos y ordenó a sus vientos la retirada porque comenzaron a amainar hasta desaparecer. Mas no mejoró la situación porque la lluvia fue sustituida por una gran y terrible granizada. Las piedras comenzaron

a aumentar de tamaño hasta llegar muchas al de huevos de gallina y mayores. No sabía cuanto podrían aguantar las lonas de nuestras tiendas a los impactos de aquellos peligrosos proyectiles. De pronto, escuché potentes voces, se trataba del Cíclope que gritaba a Hendrik señalando el almacén. Este le contestó igualmente a gritos moviendo los brazos negativamente como indicándole que bajo ningún concepto saliera de la tienda. Quizás Polifemo pensaba que la escultura, expuesta a la lluvia y, sobre todo, a los impactos de aquellas enormes piedras, sufriría daños irreparables. Los techos de las tiendas comenzaban a abombarse peligrosamente, aunque sería una temeridad aventurarse a salir y exponerse a los golpes de aquellos fragmentos de hielo. Pero como si estas consideraciones no hubieran sido meditadas por el Cíclope, a la luz de un relámpago lo vi correr hacia el almacén sujetándose el salacot con ambas manos. Hendrik, horrorizado, le gritó desesperadamente y salió tras él, pero antes de que pudiera detenerlo, un enorme granizo golpeó la cabeza del Cíclope. Se derrumbó como el gigante Goliat, aquel filisteo abatido por la piedra que el joven David le lanzó certeramente con su onda. Cogí dos mantas, me las eché encima y corrí hacia ellos. Los tres peones que estaban observando, siguieron mi ejemplo y salieron para ayudar. El Cíclope había quedado boca abajo, con suma rapidez le dimos la vuelta para colocarlo en una manta extendida a su lado. Entre todos la cogimos por los bordes e intentamos levantarlo. Hendrik miraba a todos lados para decidir a dónde dirigimos cuando oímos a pocos metros los gritos de Cheung que se había refugiado en el contenedor. Arrastramos con la manta el pesado cuerpo de Polifemo y nos introdujimos todos en el habitáculo. Lo colocamos en el suelo con una manta doblada bajo la cabeza y otra cubriéndolo. Los enormes granizos se estrellaban con violencia contra el techo metálico produciendo un ruido ensordecedor. Temíamos que algún rayo alcanzase nuestro refugio, aunque ningún sitio era seguro porque las tiendas medio aplastadas y húmedas podrían igualmente ser el blanco de una descarga eléctrica. El Cíclope había recuperado la consciencia, afortunadamente el salacot había amortiguado parte del impacto. Hendrik le examinó la cabeza con una linterna que Cheung se había llevado de la cocina, en la parte derecha del cráneo tenía un enorme chichón cuya moradura se extendía hasta la oreja. Todos nos palpamos descubriendo alguna magulladura o cardenal pero ninguno de gravedad.

Poco a poco el granizo dejó de caer pero volvió la lluvia con renovadas fuerzas. Los cielos abrieron sus compuertas para descargar agua, parecían enfurecidos quizás por haber turbado el intemporal sueño de aquella figura pétreo. Me acordé de ella tumbada boca arriba en su caja de madera y a merced de los elementos, a pocos metros de nosotros. Polifemo, que parecía haber pensado en lo mismo, se puso en pie para dirigirse al exterior, Hendrik lo sujetó con fuerza pero no la suficiente para poder detenerlo, nos pidió ayuda y entre todos conseguimos sentarlo en el suelo. Pero no dejaba de señalar hacia el cercano almacén. Pasado no sé cuánto tiempo, comenzó a decrecer la intensidad de la lluvia hasta que dejó de caer como si huyera de las primeras luces del amanecer. Al fin de nuestro particular diluvio, abrimos la puerta del arca de hierro y comprobamos que el campamento se hubiera anegado totalmente de haber seguido lloviendo.

Hendrik mandó a Cheung inspeccionar su cocina y preparar caldo caliente para todos. A los peones les mandó recomponer las tiendas. Polifemo salió aceleradamente hacia lo que quedaba del almacén con las protestas y desaprobación de Hendrik mientras le seguía, yo hice lo mismo. El suelo estaba encharcado y aún quedaban gruesos restos de granizo esparcidos por doquier. Nos aproximamos a la caja de madera que no se había movido de su sitio, estaba enrasada de agua. En la superficie aun flotaban piedras de hielo. Las gruesas tablas bien unidas por Cheung se habían hinchado no dejando escapar el agua recogida. El Cíclope introdujo las manos hasta los codos y comenzó a moverlas con una excitación que llegó al paroxismo. Luego desplazándose de un lado a otro miraba por todos lados y gritaba como un poseso mientras removía con violencia los materiales y herramientas. Hendrik tenía el rostro lívido, temiéndose algo nefasto e irreparable, yo nunca le había visto tan rígido. El ojo del Cíclope estaba inyectado en sangre. Al fin, sin poder contener su ira, se acercó al cajón, introdujo las manos en el borde inferior y, con un alarido y el ímpetu de un verdadero Cíclope, comenzó a levantarlo. A medida que perdía el agua disminuía su peso, con lo que Polifemo logró volcarlo totalmente. El contenido desparramado por el suelo, era solo agua... ¡De la estatua no había ni rastro! ¡¿Dónde estaba?! ¿Se la habían llevado...? Quedamos en silencio y el Cíclope se sentó en el cajón. Entonces se produjo en él un cambio que jamás yo hubiese esperado. Su rostro pasó de la ira a una tristeza infinita. Se mostró derrumbado, abatido, destrozado, indefenso. Con la barbilla clavada en el pecho se lamentaba desconsoladamente, emitía quejidos lastimeros, luego miraba interrogante a Hendrik como un niño desamparado. Pero este, que siempre le había tranquilizado, no tenía ahora palabras de consuelo. De pronto cruzó su mirada con la mía y quedé sobrecogido de pena: una lágrima, de brillo diamantino, fluía de su ojo y se deslizaba por la mejilla hasta ocultarse bajo el bigote. Desde aquel momento dejé de llamarlo, como había hecho hasta entonces mentalmente, el Cíclope o Polifemo; para mí volvía a ser el honorable Profesor Holtzmann.

Hendrik me pidió ayuda para llevarlo a la tienda, en principio se resistió pero quizás por el dolor de cabeza del golpe, el tremendo disgusto y el cansancio, depuso en su actitud y se dejó llevar. En la tienda le vendamos la cabeza, se tomó un analgésico con el caldo y cuando le dejamos en su cama nos dirigimos al chamizo. Hendrik no mostraba interés en evaluar los daños ocasionados por la tormenta. El sol se iba elevando, el suelo arenoso absorbía el agua y el calor terminaría de secarlo así como a todo el campamento. A mí me corroía la idea de la desaparición de la estatua pero no creí oportuno preguntar a Hendrik que se mostraba muy silencioso y preocupado por su tío. Nos sentamos en un banco e intenté romper su hermetismo.

—Le quieres mucho, ¿verdad?

—Es mi segundo padre.

—Si te apetece —le sugerí—, puedes hablarme de él.

—Sí, quizás me venga bien —dijo mientras suspiraba profundamente—. Mi tío era mayor que mi padre, siempre estaban juntos. Un día que jugaban en el jardín de mis abuelos mi padre lanzó una piedra con tan mala fortuna que hirió a mi tío en el ojo y como consecuencia quedó sin visión. Esto provocó en mi padre un insoportable

sentimiento de culpabilidad. Pero mi tío lejos de tenerle animadversión le quiso aun más y el desgraciado accidente les unió con más fuerza. Cuando nací, mi padre quiso que me llamase como su querido hermano Hendrik. Al morir, siendo yo muy joven, mi madre cayó enferma, confiando a mi tío mi educación. Ante la pérdida del hermano, que nunca ha superado, se refugió en su soltería, en sus trabajos y volcó sobre mí su cariño que ya era grande. Yo le respeto, le admiro y le quiero. A mí tampoco me gustan sus métodos, su trato con la gente, su manera de obrar; aunque su comportamiento es sólo fachada. En el fondo es un hombre íntegro y, aunque no lo parezca, bueno, sensible; también, en muchas ocasiones, bromista. Nada le mueve por interés, al contrario, es un filántropo. Entre otras cosas, gran parte del presupuesto de las excavaciones llevadas a cabo en este territorio, la ha sufragado a su costa.

—No quiero ser indiscreto, pero su economía le permite...

—Mi padre y él obtuvieron una considerable fortuna por la venta de la fábrica que mi abuelo tenía en Solingen, heredada de mi bisabuelo y dedicada a la fabricación de cuchillos, tijeras y reproducciones de espadas antiguas. Mi tío siempre dejó la administración de nuestro patrimonio en manos de mi padre, ahora tenemos un administrador. A él no le gustan las cuentas, ya te he dicho que nos es nada materialista. Hasta cierto punto, le comprendo y tiene motivos para su actitud.

—¿Qué quieres decir?

—Se han aprovechado de él, algunos colegas sin escrúpulos se han arrogado méritos a su costa y han usurpado teorías, hipótesis y algunos hallazgos, dado su desinterés y bondad. Por eso se ha vuelto huraño e incommunicativo, no quiere prensa ni publicidad, no le hace falta. Tampoco exagero al decir que mi tío es un hombre formidable. Además de la materia que ha impartido en la universidad, es un dibujante excelente, como ya has comprobado. Ha escrito varios libros sobre sus descubrimientos. Conoce varias lenguas muertas como el hebreo, arameo, sumerio, griego antiguo, jeroglíficos; además de otras vigentes. Ha excavado en Egipto y en otros países, y como reputado profesional le pidieron examinar y dar su opinión sobre los manuscritos del Mar Muerto, los que se encuentran en Ammán y los del Museo de Jerusalén.

—¿En Israel? Pero, Alemania...

—Sí, ya sé que pueda extrañarte pero sabrás que las buenas relaciones con mi país llevan manteniéndose varias décadas. Mi tío es muy bien recibido porque conocen su reputado historial académico y, sobre todo, personal. El Mossad tiene constancia de que mi bisabuelo Hendrik fue obligado por el régimen nazi a fabricar para el ejército cuchillos, navajas y en menor medida bayonetas. Pero al tiempo ayudó a muchas familias judías a huir del país, esto llegó a poner en verdadero peligro su propia vida. En cuanto aquí en Jordania igualmente es bienvenido, hace años dio clase en su cátedra a un miembro de la familia real cuando gobernaba el Rey Hussein. Por eso le dejan moverse a su antojo en los territorios arqueológicos al otro lado del mar Muerto y aquí.

Mientras hablaba mantenía entre sus manos el precioso reloj, al preguntarle sobre el mismo me dijo que su abuelo había regalado a los dos hermanos sendos relojes de oro cuando acabaron sus respectivas carreras. Ahora él poseía el de su padre.

—En fin, ya le conoces un poco más.

—Llevabas razón Hendrik, nunca debí juzgarlo tan a la ligera, lo siento y te pido disculpas.

—No te preocupes, ocurre con todo el que no le conoce suficientemente.

—Es cierto, recuerdo el día que despidió violentamente a los periodistas. Mesut se reía como si aquello le divirtiese.

—Mesut le entiende bien, conoce su humor fino y agudo, bromeaban cuando se pasaba por la cafetería de la universidad, él siempre le preparaba el café o algo de comer.

El tiempo se nos pasó hablando, Hendrik, más animado, se puso en pie para dirigirse a la tienda de su tío, quería comprobar que se encontraba bien. Pero antes de que lo hiciera, le pregunté impaciente sobre la estatua.

—Hendrik, ¿qué piensas de la escultura?, ¿qué puede haber ocurrido?, ¿no es posible que la hayan robado, verdad?

—François —me dijo con resignada sonrisa—. Nosotros profanamos su descanso. Ahora ha vuelto a la tierra de donde nadie, nunca jamás, volverá a sacarla... Piensa, no es tan difícil, será más interesante que descubras por ti mismo lo ocurrido.

Tan pronto como se fue, me dirigí a toda prisa al almacén. Quedé pensativo durante unos minutos y...de pronto, el corazón me dio un golpetazo. Estúpido de mí, no haber caído antes. Cogí del cajón la manta aún empapada, estrujé un poco sobre la palma de mi mano y probé el agua con la lengua. Había descubierto el misterio: ¡¡Aquella estatua era de sal!! Y tras unos instantes otra idea me asaltó...Corrí a la cocina y pregunté a Cheung de donde había sacado la sal para las últimas comidas. De un estante cogió un bote de cristal, lo abrió y puso ante mí dos trozos de unos siete centímetro de largo que enseguida identifiqué como partes de la estatua. Tomé uno de ellos y lo palpé con la lengua, Cheung pronunció las mismas palabras ininteligibles del día anterior cuando celebrábamos su comida, luego las tradujo para que yo las entendiera: «Esta sal es muy buena». Estaba muy orgulloso de haberla descubierto. Cuando quedó solo en el almacén retirando las mantas de la escultura, tres fragmentos se habían roto, posiblemente de los ropajes de la parte trasera. Descubrió que la figura era de sal y pensó que nadie daría importancia a aquellos pedazos. Como un niño que no sabe calibrar los daños de su travesura, se los guardó para la cocina. Trituró una de las porciones en el mortero y la utilizó en las comidas del mediodía y la noche. Nuestros parabienes los entendió como un acierto al llevarse los pedazos de estatua, para él simples porciones de sal excelente. Por primera vez daba importancia práctica a algo descubierto por la arqueología. Pero poniéndome muy serio, le dije que aquellos dos pedazos debía de entregármelos. Le conté lo ocurrido, haciéndole ver que era lo único que quedaba de nuestro descubrimiento. Muy a pesar suyo me los entregó, sintiendo que se hubiese perdido un bloque de sal tan excelente para las comidas. Guardé los fragmentos en un bolsillo lateral del pantalón y me dirigí hacia el exterior. Ahora pensaba en algo inconcebible, absurdo pero... si aquella estatua era de sal...

Hendrik venía acompañado de su tío, no había podido convencerlo para que se quedase más tiempo descansando. Según el profesor ya se encontraba bien y quería

descansar bajo la sombra del chamizo, pero además deseaba charlar conmigo. Se sentó en su mesa de trabajo y me invitó a hacer lo mismo frente a él. Hendrik se marchó con los peones para reorganizar en lo posible el campamento. El profesor se quitó el salacot y lo dejó a su lado. Quizás resignado por la pérdida pero tranquilo y casi sonriente, creí ver al verdadero profesor que Hendrik me había descrito. Al fin se dirigió a mí. Pero lo hizo, para mi sorpresa, en un francés si no perfecto, totalmente entendible. Aquel hombre era un pozo de ciencia.

—¿Qué tal, muchacho?, vaya nohecita. No es muy frecuente pero yo he presenciado, en alguna ocasión, tormentas como las de anoche. Cosas de la meteorología en territorios secos y desérticos. Espero que mi francés no sea tan malo, hacía mucho tiempo que no lo hablaba. He visitado en muchas ocasiones el Louvre, posee piezas fundamentales en el arte y arqueología mundial. Ya sé por Hendrik que eres un privilegiado, tienes acceso a todo el museo.

Yo asentía a todo sonriendo, quizás pretendía romper el hielo o dar un rodeo verbal. Y continuó.

—En fin, aparte de estos comentarios insustanciales, quiero pedirte disculpas por mi comportamiento y actitud hacia ti quizás por un injustificado exceso de secretismo.

—Bueno, se las acepto aunque he hablado con Hendrik y entiendo, hasta cierto punto, que quisiera actuar de esa forma. También yo le ruego que acepte las mías por juzgarle tan solo superficialmente.

—De acuerdo, y ahora charlemos de la estatua. ¿Qué crees que ha ocurrido con ella?

—Puede que la terrible granizada la despedazara y el agua hiciera el resto disolviéndola como un azucarcillo en el café, pero no porque fuera de azúcar sino de sal

—Contesté sin dudar.

—¿Una estatua de sal? —preguntó con fingido asombro.

—Sí, cometí la negligencia de no haberla palpado con la lengua... Me reprocho no haberlo descubierto, hice el ridículo con mi disertación sobre posibles materiales para su labrado pero, sinceramente, nunca pensé que fuera de sal. Aunque he de decirle que al cargarla y descargarla la noté menos pesada que el mármol.

—Efectivamente su densidad es menor, para que te hagas una idea, un decímetro cúbico de mármol pesa 2,8 kilogramos, mientras que el de sal son 2,2 kilogramos, diferencia de peso nada despreciable pues si hubiera sido de mármol o piedra, no hubiéramos podido levantarla.

—De todas formas tampoco usted me dio muchas oportunidades...

—Muchacho yo te autoricé a tocarla y, efectivamente, deberías haber hecho lo que dices y no hiciste.

—En cambio usted ya lo sabía.

—Por supuesto, en cuanto la vi, ha sido mi obsesión durante bastante tiempo, tenía fe ciega en que algún día daría con ella.

—Puedo preguntarle el porqué de su obstinado afán por mantener en secreto su búsqueda, al fin y al cabo es, o mejor dicho fue, una figura tallada en sal.

—Te equivocas, no fue tallada en sal sino alguien convertido en sal —me aclaró

remachando las últimas palabras.

—Pero...¿qué dice?

—No disimules, tú ya sabes dónde nos encontramos, no ignoras que estas tierras son el corazón de los relatos del Antiguo Testamento, supongo que habrás oído hablar de la Pentápolis bíblica, las cinco míticas ciudades del Génesis: Adma, Zeboim, Bela, Sodoma y Gomorra —estos dos últimos nombres los pronunció lentamente.

Quedé perplejo y atónito. ¿Hablaban en serio aquel hombre sabio? Quizás el golpe en la cabeza le había trastornado. Pero, por otra parte, era la idea que yo tenía incrustada en mi cerebro: Sodoma y Gomorra, su destrucción, la mujer de Lot, la estatua de sal...No obstante adopté una actitud incrédula para encubrir mi debilitado escepticismo.

—Me está diciendo que la figura se trataba de...

—Efectivamente, era ella y tus preguntas sobre el misterio de la excavación han quedado contestadas, ahora estás condenado a que nadie te crea, cargarás con un secreto que será inútil dar a conocer, te tomarán por loco o fantasioso si lo cuentas como quizás tú has pensado de mí.

—Pero, oiga, yo no tengo por qué aceptar que la figura fuese...

—Entre nosotros puedes decirlo claramente, era la mujer de Lot o *La señora del desierto*, como yo la llamaba. Con el tiempo te convencerás cada vez más y si dudas será peor porque arrastrarás un dilema que jamás podrás resolver.

—Pero... debe haber una explicación, seguro que la hay.

—Si tienes alguna plausible la aceptaré, pero te convencerás que será mas difícil encontrarla que dar por ciertos los hechos.

—¿Y cómo puede estar tan seguro de lo que dice?, ¿qué pruebas tiene?

—¡Ahora ninguna! —exclamó riendo con fuerza—. La tormenta me arrebató la única que tenía.

—Ya sé, pero quiero decir en qué se ha basado para llegar a su descabellada conclusión.

—¿Descabellada dices, muchacho? ¿Crees que yo podría hacer una afirmación de tal calibre a la ligera?

—No, por supuesto, pero la mujer de Lot convertida en sal es un mito, se han llevado a cabo representaciones iconográficas de todo tipo y no pocos turistas estúpidos identifican la estatua bíblica en un bloque de sal en el Monte...

—En el Monte Sodom, la colina de sal en Israel. Efectivamente, además de otros pilares deformes con aspecto terroso y de varios metros de altura, formados por los efectos de la intemperie. Te das cuenta, ¿qué habrían pensado esos papanatas si hubieran tenido el privilegio, como tú y yo, de haber podido ver nuestro hallazgo?

—Claro, pero comprenda mis dudas —dije temiendo que al profesor se le acabara la paciencia—. No obstante, he leído algo sobre Arqueología bíblica, de los importantes descubrimientos llevados a cabo basándose en los Textos Sagrados.

—Así es, al igual que mi compatriota Heinrich Schielmann descubrió en 1873 el tesoro del rey Príamo de Troya, consultando los escritos de Homero.

—Es cierto pero realmente el estrato donde fue encontrado no coincide en el tiempo

con la Troya homérica.

—Estás bien informado pero coincide o no, fue descubierto gracias a dichos textos. Tampoco la Biblia da fechas, sólo hechos y lugares pero ha sido de suma ayuda en multitud de hallazgos y posteriores estudios históricos.

—Entiendo, pero la estatua de sal es otra cosa... Es como hablar de la lanza de Longino, del Santo Grial, del Arca de Noé, del Candelabro de los Siete Brazos o del Arca de la Alianza.

—La lanza de San Longino se menciona en un texto bíblico apócrifo que yo he leído e indica dónde poder encontrarla. Respecto al Santo Grial, se afirma que, tras el peregrinaje por algunas ermitas iglesias y monasterios del norte de España, está custodiado, desde 1437, en la capilla del Santo Cáliz de la catedral de Valencia, en aquel país. En cuanto al Arca de Noé, sí sabrás que se llevan a cabo rastreos, bien es cierto que por ahora sin resultados satisfactorios, en el Monte Ararat, Turquía. El Candelabro fue llevado a Roma y como prueba de su existencia, quedó grabado en el arco de triunfo en honor al emperador Tito Flavio que fue quien ordenó la destrucción del Templo de Jerusalén. El Arca de la Alianza es la que ha dado lugar a más especulaciones, unos la sitúan en una comunidad cristiana de Cimbabue, otros en una iglesia de Etiopía y otros enterrada en el monte Nebo cerca de Madaba, a pocos kilómetros más al norte de donde nos encontramos. Y no dudes que de ser más joven quizás hubiera investigado a fondo sobre ellos. Pero de los objetos que has mencionado no viste ninguno, en cambio la figura de sal estuvo ante tus ojos y la tocaste, ¿o es que piensas que fuimos presa de un espejismo colectivo?

—No, no, pero me asaltan muchas preguntas... ¿porqué la enterraron?, lo normal es que se quedase allí y fuera destruida rápidamente por los elementos al igual que ocurrió anoche.

—Acaso tú no hubieras hecho lo mismo al tratarse de un familiar que de manera tan extraordinaria dejó de existir.

—Es posible, pero en la Biblia que yo he leído dice que fue convertida en un bloque de sal.

—En la mía dice que en estatua, pero eso es una nimiedad. ¿Te parece poco el portento de una persona convertida en sal?, qué más da el texto, nosotros hemos descubierto que fue estatua y no bloque.

—Pero una estatua de sal puede tallarse.

—¿Para luego enterrarla en medio de la nada? ¿Para qué? no tiene sentido. En Egipto descubrí algunos sarcófagos con momias dentro pero nunca con esculturas de piedra. Por otra parte, yo visité, a propósito, las minas subterráneas de sal en Wieliczka, Polonia, donde pueden verse multitud de esculturas realizadas en sal gema por los mineros. Pero no podrían haberse comparado, ni de lejos, con la nuestra; son mucho más toscas y de color tostado por los minerales en su mezcla, la nuestra era de sal blanca y purísima. Una figura que ningún escultor hiperrealista hubiera podido llevar a cabo, es imposible que ninguna herramienta realice con tal minuciosidad aquellos detalles: la textura de la piel, la trama de las telas en el ropaje, la finura de la fíbula con la que se sujetaba el manto, la expresión de terror cuando ella se giró ciento ochenta

grados para presenciar la terrible hecatombe... La estatua no se parecía en nada a ningún tipo de escultura clásica o moderna ni de ninguna época. No era comparable a la terribilidad de Miguel Ángel ni al virtuosismo de Bernini, pero no porque fuera superior sino distinta, esa estatua no tenía valor artístico porque ningún escultor la realizó. Por cierto, ¿te fijaste en sus sandalias?

—Sí, eran perfectas como usted ha descrito la figura.

—No me refiero a eso, es que el calzado tocaba el suelo directamente. De las muchas esculturas de piedra que haya en el Louvre, ¿viste alguna de esa forma?

—Es cierto... no tenía peana.

—Efectivamente, todo escultor deja en la base del bloque una altura de quince o más centímetros y a partir de ahí comienza a esculpir. De tal forma, la parte reservada será la base de la escultura que le dará resistencia y un apoyo firme. Una escultura en piedra con los pies directamente en el suelo tendría poca estabilidad. Por tanto, la figura de sal carecía de ella porque fue trasmutada tal y como se encontraba, con los pies en el suelo. Por eso nada más dibujarla y fotografiarla se construyó el cajón para guardarla en posición horizontal.

—Entonces si la estatua es quien dice usted que es, o mejor dicho quien fue, hemos estado excavando en...

—Dilo muchacho, ¿Sodoma o Gomorra? Nuestro hallazgo dice algo al respecto pero tú, siendo parte importante en el mismo, deberías sacar tus propias conclusiones.

—No, no, ya fue bastante con mi opinión sobre el material de la estatua.

—Es normal equivocarse, en este trabajo son más frecuentes los errores y fracasos que los aciertos. En cuanto a nuestra excavación, como tú opinabas, no era el pretexto sino la premisa para el hallazgo principal, si no teníamos vestigios de emplazamiento humano no habría estatua. De todas formas la situación de esas ciudades ya es un tema secundario para mí, no gastaré un minuto en polemizar sobre ello.

—Y dígame, ¿cómo sabía usted donde buscar?.

—Sería muy prolijo relatarte mis pesquisas pero he realizado prospecciones al otro lado del mar Salado, en Israel. Busqué en Bab edh-Drha, en Numeria, en las inmediaciones de Masada y otros lugares que luego fueron aprovechados por mis colegas. Siempre se obtuvieron materiales interesantes, pero me convencí que estaba en la orilla equivocada y decidí cambiarme a esta. Busqué más al sur en la península de Lisan y fui desplazándome hacia arriba. Se ha especulado mucho sobre la situación de Sodoma y Gomorra e incluso que ahora se encuentran sepultadas bajo el mar, nunca di una opinión al respecto porque es muy difícil asegurar nada. Me limité a trabajar en silencio, ayudado en mis investigaciones por el Libro Sagrado, libros apócrifos, textos anteriores a la Biblia, parte de los manuscritos de Qumrán y otros documentos arcanos que muy pocos conocen, por no decir nadie.

—Pero ese material bibliográfico que posee supongo que no sería suficiente...

—Los descubrimiento ya efectuados ayudan a los siguientes, e incluso los fracasos para rectificar o seguir en la línea. Pero además la búsqueda debe ir acompañada de experiencia, interés, obstinación, entusiasmo, intuición y paciencia.

—Por cierto, y perdone que le diga, esta última estuvo a punto de perderla.

—Llevas razón muchacho y me arrepiento de haber traspasado en algún momento los límites de la ortodoxia arqueológica y obrar como un buscatesoros. Pero a mi edad el tiempo es menos, no veía justo la carencia de resultados con los esfuerzos llevados a cabo por mi parte, a sabiendas que esto ocurre en muchas ocasiones. De todas formas estoy cansado, abandonaré los trabajos de búsqueda. Me dedicaré a ordenar mis escritos, mis dibujos; quizás seguiré escribiendo sobre mis experiencias.

—Será muy interesante todo lo que usted diga. Oiga, ¿y qué pensaba hacer con la estatua?

—Lo normal, entregarla al Museo Arqueológico de Ammán. Hubiera sido la pieza mas importante de sus fondos, la peregrinación turística habría sido mundial y hubiera ayudado a la economía de este país que no es muy boyante.

—Pero quedan las fotos...

—La única cámara que fotografió la estatua fue la de Hendrik pero me ha dicho que la olvidó en el almacén, el granizo la deformó y el agua la ha inutilizado por completo. Pero sería igual, quién podría demostrar con fotografías que la escultura era ¿quién era?, solo la propia figura hubiera sido prueba fehaciente del formidable hallazgo, y ni aún así...

—Hubiera sido un bombazo mediático, su fama hubiese sido inmensa.

—Te equivocas, muchacho, todo ha terminado, en el tiempo que he estado descansando no he dormido nada y meditado mucho, he puesto mi mente en orden y he llegado a la conclusión de que es mejor lo que ha ocurrido. Te imaginas los quebraderos de cabeza que me habría acarreado. Por eso pretendí que nadie se enterase, quería que toda la responsabilidad y consecuencias del hallazgo recayesen sobre mi persona: acoso mediático, charlas, conferencias, dudas, bromas, incredulidades; hubiera sido objeto de envidias, tratado como un reputadísimo arqueólogo o de farsante y embaucador. Por eso me doy cuenta del peso que había supuesto para mí, ahora estoy satisfecho de haberla descubierto, de haber conseguido mi propósito y nada más.

—Puede que lleve razón, además no ha mencionado otras consecuencias fuera del ámbito arqueológico...

—Sé a lo que te refieres, efectivamente, además el hallazgo hubiera suscitado largas e interminables polémicas, disquisiciones teológicas, quizás enfrentamientos religiosos y un sin fin de situaciones impredecibles que no podemos calibrar. Como ves, más razones para estar conformes con lo sucedido.

—Profesor, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

—Puedes hacerla, otra cosa es que yo te la conteste, y por favor muchacho, puedes llamarme Hendrik.

—Gracias señor Hendrik, bueno... ¿tiene alguna creencia?

—Buena pregunta y además capciosa —dijo sonriendo—. Eres muy astuto, sé a donde quieres llevarme, pero la verdad es que nunca dediqué mucho tiempo para analizar mi postura en ese aspecto. Por otra parte yo me limito a sacar a la luz hallazgos que por la propia esencia de la ciencia arqueológica deben ser tangibles. Pero piensas que precisamente la materialidad de este hallazgo y mi convencida opinión de auténtico,

nos abocaría indefectiblemente a plantearnos cuestiones de tipo teológico, ¿verdad?

—Así es, señor Hendrik.

—Bueno, podría haber otra explicación... Sabrás que, según la Biblia, Dios envió a dos ángeles en ayuda de Lot. Bien, pues Enoc en su libro describe a estos seres como enviados, mensajeros o mediadores entre la Divinidad y los hombres, dotados de poderes extraordinarios. Los sumerios, babilonios y egipcios ya conocían la existencia de ángeles y los grabaron en relieves de piedra

—¿No me dirá que cree en esos seres con alas en la espalda?

—Por supuesto que no, como tampoco los artistas que los representaron, ellos simplemente les pusieron alas como una metáfora para indicar que eran seres procedentes de otros mundos o dimensiones...

—¿Quiere decir alienígenas o extraterrestres?

—Más o menos, y con una tecnología tan avanzada que podrían aniquilar lo que se les pusiera por delante, como una ciudad; también cambiar la naturaleza de las cosas o, lo que es lo mismo, transmutar la materia a su antojo, siempre con el permiso de una inteligencia superior...

—Pero, ¿está hablando en serio? ¿Usted cree de verdad que...?

—Que yo lo crea o no, carece de importancia, y aunque es cierto que la arqueología siempre ha desestimado con desdén estas elucubraciones, hay que reconocer que forman corrientes de opinión cada vez más importantes. Aunque no te lo parezca, con la edad me he ido volviendo más tolerante. Respetemos esas teorías aunque no creamos en ellas, sólo te ofrecía otra posibilidad.

—Lo que usted pretendía era salirse por la tangente para no contestar a mi pregunta.

—Bueno, si tú lo dices —comentó sonriendo—. Verás, nunca he dedicado demasiado tiempo a estas cuestiones pero es posible que este descubrimiento me haga reflexionar con más detenimiento. Pocas veces me he detenido a pensar sobre la existencia del alma, si ésta existe o no y si sobrevive al naufragio del cuerpo. En cuanto a la inmortalidad sería cosa extraordinaria de ser cierta. Aunque de todas formas sólo puedo decirte que ni creo ni dejo de creer, sin afirmar con esto que sea agnóstico, ecléctico o ateo. Hay infinidad de opciones, puntos de vista diferentes, múltiples creencias todas, como te he dicho antes, respetables. Tema este arduo y muy complejo que nos llevaría a interminables discusiones bizantinas. Pero resumiendo, no sabría que decirte, aunque nunca dejaré una puerta totalmente cerrada.

—Lo cual no aclara mucho, señor Hendrik.

—Así es muchacho —volvió a reír—, pero no puedo afirmar otra cosa. Y volviendo al tema, has hecho de un pésimo abogado del diablo, no has aportado nada para refutar mi opinión sobre nuestro descubrimiento.

—Es cierto, pero de todos modos permítame que mantenga mis leves dudas y que el tiempo decante esta experiencia tan difícil de digerir.

—¡Muy bien muchacho! Es la postura más sensata que podía escuchar de ti.

—Una última cuestión, ha pensado en los peones, contarán lo sucedido.

—Nadie les creerá, como te dije al principio. El abuelo de los muchachos beduinos

sí y puede que se entristezca por la pérdida, pero quizás luego opinará como yo.

—Es posible. Ahora señor Holtzmann quisiera hacerle un regalo —le dije mientras sacaba del bolsillo los dos fragmentos de sal y se los ponía encima de la mesa.

El profesor con gran sorpresa los cogió, los examinó detenidamente, por supuesto los tocó con la punta de la lengua y mirándome muy serio, con su ojo de águila, preguntó:

—Muchacho, ¿de dónde has sacado estos fragmentos? No quiero pensar que los cogiste sin mi permiso, que fracturaste la estatua para apropiártelos.

Y le expliqué brevemente lo sucedido en el corto espacio de tiempo en que Cheung había estado sólo en el almacén, de cómo el chino, sin meditar lo que hacía, se llevó aquellos pedazos desprendidos de la figura para condimentar las comidas que, por cierto, resultaron exquisitas.

—Así que, ¡aún tengo en mis manos parte de la señora!

—Efectivamente señor Hendrik, lo que ha quedado de ella.

—No voy a entregar esto a las autoridades, sería una tontería pero tampoco puedo quedarme con ellos yo solo ya que de no ser por ti, aunque casualmente, todavía estaría pateando este territorio. Toma, puedes quedarte este trozo y hacer con él lo que más te plazca —dijo mientras me entregaba una porción de sal.

—No sé si debo...pero muchas gracias, aunque poca cosa puedo hacer con esta prueba y por supuesto sería una tontería ir por ahí explicando su procedencia. ¿Verdad?

—Es cierto, y quién nos creería si le contásemos que hemos tomado en las comidas parte de la Mujer de Lot —y comenzó con una risa entrecortada acabando en francas y sonoras carcajadas que terminaron por contagiarme.

Hendrik se llegó a nosotros con los peones. Sorprendido de nuestra actitud y al ver a su tío sonreír de tan buena gana, se le iluminó el rostro de satisfacción. El profesor le mostró el pedazo, y le explicó brevemente lo ocurrido. Maravillado del suceso, preguntó a su tío qué haría con aquella porción salina. El profesor se puso muy serio y adoptando la pose de estar muy enfadado, mandó a Mesut en busca de Cheung al tiempo que le guiñaba su único ojo. Cuando el chino llegó a nosotros, Mesut ya le había anunciado que el profesor estaba irritadísimo por el hurto de los pedazos de la estatua. El pobre Cheung venía secándose las manos con el delantal y muy preocupado, por primera vez la sonrisa de su rostro había desaparecido. El profesor le miró severamente y con voz de trueno pero de forma histriónica, comenzó a hablarle en alemán, traducido por Hendrik al inglés mientras Mesut hacía lo mismo, en árabe, a los beduinos. Le dijo que se había apropiado sin permiso de material de un yacimiento arqueológico. Aquello era un robo y estaba duramente castigado por las leyes de aquel país, se había llevado parte muy importante de información y tendría que pagar las consecuencias de forma muy severa. Además le exigía explicaciones sobre su reprochable actitud. Cheung asustado dijo que ignoraba que aquello tuviera tanta importancia, que había devuelto parte de lo sustraído y que prometía ir al mar y recoger todos los pedazos de sal que el profesor le pidiese. Este conteniendo la risa concluyó con una solución que nos sorprendió a todos.

—¡Está bien! Perdonaré tu incalificable acción si me prometes que la comida que estás preparando la condimentas con esta sal —le dijo al chino mientras relajaba su

rostro y sonreía—. Al menos habremos obtenido algún pequeño placer culinario de nuestro descubrimiento.

Y lanzando el pedazo de sal sobre la mesa, volvió a prorrumpir en carcajadas estrepitosas; todos reímos mientras aplaudíamos. Cheung gritaba entusiasmado: «¡Es una sal excelente, muy buena, la mejor de todas!» Yo levanté el brazo pidiendo silencio y la palabra.

—Propongo que la sal del profesor sea para guisos, fritos y asados, y la mía para sopas y ensaladas —y lancé mi fragmento que fue a caer junto al otro.

Nuevamente continuaron los aplausos y vítores, Hendrik ordenó traer cerveza y refrescos. Durante la comida, continué conociendo al profesor y disfrutamos de su humor inteligente y perspicaz.

Pero el señor Holtzmann había decidido suspender los trabajos, para él ya no tenían sentido. Podrían continuar en el yacimiento otros grupos que lo solicitasen. Hendrik me dijo que era libre de marcharme pues sólo quedaba dismantelar. Pero decidí quedarme para ayudar a embalar lo que habíamos descubierto y a desmontar el campamento. Al cabo de dos días habíamos terminado. Hendrik pagó a Cheung, Zaquib, Rawi y Mesut lo correspondiente al contrato completo, sin descontar los días que dejarían de trabajar.

El día de la despedida en el aeropuerto, el profesor sacó de su mochila el bloc de dibujo, garabateó en uno de ellos y tras arrancarlo me lo entregó. Era el apunte que un día me hizo, furtivamente, en el campamento. Su letra era firme y bien trazada: “Para François, gran muchacho, afectuosamente. H. Holtzmann”.

—Muchas gracias señor Hendrik, estará enmarcado y expuesto en un lugar preferente de mi casa.

—François —me dijo, utilizando mi nombre por primera vez, mientras estrechaba mi mano firmemente—. Espero y deseo que tengas grandes éxitos en tu carrera de arqueólogo.

—No lo tengo muy claro señor Hendrik, quizás dé un giro a los proyectos sobre mi futuro...

—Entonces por cualquier camino que tomes, que supongo no estará alejado del arte, llegarás a lo que te propongas.

—Ojalá profesor. Bueno, para mí ha sido un placer trabajar con Hendrik y un honor hacerlo con usted.

Me despedí de Mesut y abracé a Hendrik, éste me propuso mantenernos en contacto, en lo que estuve de acuerdo.

Querido François:

Te agradezco sinceramente tus condolencias por la pérdida irreparable de mi madre y la felicitación por el nacimiento de Hendrik. Ya sabes que su salud siempre fue débil, pero ha tenido la dicha de conocer, antes de marchar, a su segundo nieto, parece como si hubiera aguantado hasta que naciera. Dos acontecimientos importantes en mi

vida, uno triste y otro alegre.

Supongo que ya serás un reconocido restaurador en el Museo. Será muy gratificante para ti seguir los pasos de tu padre y abuelo. Ojalá yo pueda algún día ocupar la cátedra de mi tío pero no es fácil, aunque seguiré trabajando para ello. Muchas gracias por tu acuarela, es magnífica. Ya veo que compaginas el trabajo de restauración con la pintura, no debes dejarla nunca.

Mi tío no está mal, todavía muy lúcido, soporta con humor los achaques propios de su edad. Ahora casi no trabaja, pasea, escribe, oye música, dibuja y babea cuando la pequeña Erika, que pronto cumplirá tres años, le llama abuelo Hendrik, él así se considera. Está loco con el bebé dice que nuestro nombre perdurará por generaciones. Ahora escribe un relato y dibuja unas magníficas ilustraciones para él mismo. Dice que se titulará *La princesa del desierto* y al parecer, pues no quiere darme detalles, trata de una pequeña y traviesa princesita que por desobediente quedó convertida en estatua, por supuesto piensa que lo dedicará a Erika y Hendrik. Ha visto tu pintura y dice que es muy buena, ya sabes que es un entendido. Me pregunta, con cierta sorna, si te acuerdas de nuestra aventura en Jordania, si piensas en la Señora del desierto o ya la has olvidado. Le he dicho que posiblemente vengas este verano a visitarnos, cosa que le ha alegrado sobremanera.

Bueno, Zelma y yo esperamos que cumplas tu palabra y nos veamos en vacaciones, un abrazo de todos. Tu amigo Hendrik.